



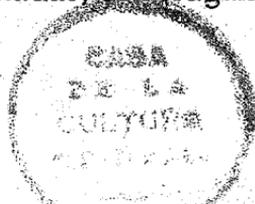
LA ALCOBIA  
DE  
LOS EXTASIS



# La Alcoba de los Extasis

---

**M**I LIBRO, mi primer libro de crónicas y cuentos, lo he llamado "La Alcoba de los Extasis". Muchas almas medrosas, innumerables espíritus burgueses, se inquietarán acaso ante este título desparpajado y sonoro. Pero, en el fondo, talvez deseen sinceramente y esperen con secreto encanto la aparición de páginas con historias de perversa delicia, con fulguraciones refinadas, con fragancias de mujer,



## II

con palpitaciones de pecado, con vibraciones de voluptuosidad, con sugerencias de vicio. Si, en efecto. "La Alcoba de los Extasis" es todo esto y es nada de esto al mismo tiempo. Es mi libro de artista y es también mi libro de periodista: tengo diez años de labor en un esfuerzo de creación tenaz que ha florecido a través de toda la prensa de la República. Cuentos, poemas, ciencias, el artículo político y el panfleto agresivo, todo lo he ensayado con fervoroso amor y en cada página he procurado escanciar la miel de mi espíritu y la sangre de mi corazón. Como Baudelaire podría exclamar: Tomad "La Alcoba de los Extasis", leed, esta es mi sangre, un licor cordial. . . . .

Pero hasta ahora no se me había ocurrido recoger esas visiones de una hora, esos amores luego encerré en un cuento de trescientas líneas, esos alaridos apasionados de mi alma por lindas mujeres, que me hicieron llorar en las noches insomnes, y que más tarde

### III

fundí en la brevedad nostálgica de mis poemas taciturnos y ardientes. Ah! Y cuando acudió a mi mente el afán de compilar algo de lo mucho que yo había escrito, me encontré que en las peregrinaciones de mi vida de bohemio, jamás me había ocupado ni preocupado de guardar las frases de mis deliquios, los recortes de mis crónicas, los album de labor cotidiana, tal como hacen todos los escritores con ese exquisito cuidado que comunica a los corazones el divino amor maternal. Mis hijos han sido siempre carne de orfandad y la Inclusa su destino ciego. Y acaso, por eso, mi mejor poema y mi cuento inimitable se hayan talvez perdido o se pierdan después de poco para siempre "en el infinito negro donde nuestra voz no alcanza" . . .

Horacio aseguraba que, para ser artista, es necesario que en el cerebro se agite indispensablemente un grano de locura. Si yo hubiera poseído tan sólo el pequeño grano del alucinante mal, que reclamaba el latino,

#### IV

habría procedido con mayor cautela en mi vida y en mis obras y en este instante, sin disputa, me sonreirían las auroras, las mujeres y los versos que coronan a los victoriosos en forma de laureles. Pero ¡ay de mí! cuando traté de completar este volumen, resultó que no había escrito nada, que nada tenía ni yo valía nada. Así es como he hecho este libro: faltan aquí muchos cuentos bellos y seguramente mis mejores crónicas ¿dónde encontrarlas? Al azar, en cuatro días, he completado el volumen, con lo primero que hallé en las bibliotecas o con lo que me consiguieron manos amigas. . . . .

¡La Alcoba de los Extasis!. Y le he bautizado con este título desparpajado y sonoro a este libro multiforme y loco, audaz y soñador, forjado sin unidad y ayuno de disciplina, porque tiene un parecido enorme con mi alcoba y con la alcoba de todo el mundo. Nadie ignora que es en la alcoba donde se realizan y consuman los actos más humanos

y más férvidos, los más alegres y los más amargos de la existencia. En la alcoba transfunden alma y vida a nuestros seres errantes y en la penumbra fragante un buen día nos sorprende el sol de la tierra. Y, cuando llega nuestro turno, es en la alcoba tibia donde conjuramos a los dioses para que nos ofrenden la excelsa merced de continuarnos en la vida—la única y la más dulce de las inmortalidades—plasmando con la sangre de nuestras venas y con la carne de nuestros cuerpos a nuevos seres que llevarán por la vida fibras de nuestro pensamiento y palpitaciones de nuestro corazón. En la alcoba doliente nos despedimos del mundo y de las mujeres amadas y en la alcoba soñadora dejamos vagar nuestra imaginación por los cielos irrealles, fantásticos y bellos. . . . .

Oh! Las horas de inolvidables amores y de amarguras densas que han transcurrido en la alcoba! Cuando la luna, la viajera errante, va por los cielos azules infundiendo

## VI

en las almas los más delirantes deseos románticos, abrimos las vidrieras de nuestra alcoba para beber sus rayos, embriagándonos de blancura y de ternura, y con los ojos tristes y el alma buena, olvidamos de la vida subiendo por la escala de Jacob a los países del Ensueño. Cuando en las noches capitosas de primavera recibimos un billete discreto, perfumado y apasionado, acudimos, por el contrario, a cerrar las vidrieras, para olvidarnos también de la vida en los brazos eternos y en los besos infinitos de la Amada. Pero hay noches oscuras, en que la dulce amante no viene y la vidriera permanece cerrada, en que la luna no asoma y no hay tampoco como abrir la vidriera . . . . . ah! entonces, nos envolvemos entre espirales de humo y nos dedicamos a cazar adjetivos para nuestras rimas y prosas líricas para nuestros poemas . . . . .

En la alcoba escribimos nuestros más queridos hijos y en ella forjamos nuestras mejores páginas. Por eso, a este volumen loco

## VII

y desigual, mediocre y taciturno, alegre y profundo, frívolo y burlesco, amplio y local, vulgar y artístico, a este libro que lleva en sus páginas el alma encantadora de mi alcoba y la gracia cautivante de la de Irma Leal, mi amiga y colaboradora, lo he puesto por título "La Alcoba de los Extasis". Leedlo, esta es mi sangre, un licor cordial. . . . .

**Carlos H. Endara.**

*(Dilettante.)*

Guayaquil, febrero 1° de 1924.



# El Perfume del Pasado

---

A Julio Moncayo, con gran cariño, dedico este cuento que tiene toda la divina melancolía de lo Irremediable.

## I

**U**NA palabra, no más, para relataros una breve anécdota personal que acaso ponga los puntos sobre las íes en este escabroso asunto. ¿Existe el amor? — Pudiera no existir, pero en el corazón de la mujer se alberga aún la pureza de un sentimiento tan delicado de ternura, un hondo perfume de delicadeza, la melancolía de una vida perdida por el destino ciego, el anhelo de no manchar blancas horas pasadas, la nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue. . . . que si el amor no existe, debiera existir.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Nos hallábamos en el bar, frente a una batería de cerveza, discutiendo sutiles sentimientos y extrañas teorías. Y como la mujer había sido cruel con muchos de nosotros, negábamos ardientemente la existencia del amor. Fue ese momento cuando interrumpió nuestra animada controversia Alfredo Roca. ¡Qué hombre tan inquietante y paradójal ese Alfredo Roca! Distinguido, de gestos brummelianos, palidez nazarena, tenía displicencias de gran señor. Después de cinco minutos atacaba lo que más frenéticamente había admirado. Parecía un hombre incapaz de amar, pero esa noche de seguro había bebido rayos de luna y estaba sentimental. Continuó así:

--En aquella época tendría yo doce años y ya conjugaba el verbo amar y algún otro más grave con una doncella de mi casa. Vamos, la eterna historia abominable: la bondadosa mujer que sin inquietarse por la infancia, abre el lirio de nuestra virginidad con la ardencia innominada de ver si somos hombres....

Entonces fue cuando me enamoré de ella. Callo su nombre, porque todos, en el silencio de su *boudoir*, habréis podido admirar la línea impecable de su cadera. La llamaré Gardenia. Y esta impúber halconera de mi corazón, me amó con la misma locura con que yo la asediaba. Pasábamos todo el día juntos: ¡ah, la fragancia de nuestros amores infantiles!

Gardenia era bonita. Siempre habéis dicho después, al paso rumoroso de ella: «He

aquí una mujer *chic*. Pero en aquella época, ya se insinuaba en la gracia de su rostro una pena doliente y tenía su cara el prestigio de la melancolía. Ahora, cada vez que la veo, tengo la sensación de estar mirando a una virgen suplicante de Murillo que tuviera algo del pincel de Leonardo de Vinci....

¡Pobre Gardenia! Sufrió mucho: nació y creció en un ambiente de vicios y abyecciones. Era hija de una Venus alcohólica, con sombras de lejana belleza, que habría atormentado algunas horas la vida de Poe. Ah! ya lo creo: la botella de *brandy* se habría terminado en menos de la mitad del tiempo necesario..... Pero consumida por el licor y los años, que ajan toda hermosura, en el cuarto de esa lesbiana marchita, auu se hacían carne los sonetos del Aretino. De allí nació Gardenia. No podía, pues, conocer e ignoraría siempre al hombre que era su padre. Y muchas veces he pensado que ésta fue la causa para que mi amada virgen del arroyo se alejara de mí. ¡La ley de la reacción, señores, es invulnerable y fatal!

Alfredo Roca calló un instante. Nadie le interrumpía. Le escuchábamos intrigados en silencio.

—Yo me había enojado con mi iniciadora y me torturaba la nostalgia de extraños espasmos. Mis doce años precoces tenían ansias voraces del cuerpo grácil de Gardenia. Y el

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

hecho ocurrió así: una noche lunada y romántica, entre besos, largos besos sabios, le propuse:

—Gardenia, qué noche tan linda! En estas noches mi alma busca delirante la sola contemplación de tus ojos. Quiero estar lejos de aquí, distante a todo aliento, a toda voz, a todo rumor humano. ¿Quieres? Vamos a pasearnos al bosque amarillo de retama.

Mi voz temblaba en el silencio mientras mi mano se crispaba sobre el leve busto impúber.

—Vamos, Gardenia, que nuestro amor será más hondo en el misterio del bosque, bajo la divina iluminación de las estrellas . . .

Convulsa, como impulsada por un maleficio redivivo y ancestral, se puso de pronto en pie. Y triste, con una mirada de infinita desolación, me quedó mirando en los ojos. . . . tan largamente y en tanto silencio que su mirada parecía ir hasta el fondo del alma en busca de no sé qué ignorados alivios.

—¿Por qué me miras así?—la dije con voz de mi corazón que vagaba ya descentrado en la pureza tierna de su mirada. No me mires así. ¿Qué tienes?

—No hables. Calla: Mi alma ha caído en un abismo. Ya no podré amarte jamás. Vete de aquí y no vuelvas nunca.

—Pero ¿qué pasa? Tú sabes. . . .

—Todo es en vano. Tu cariño era mi solo encanto. Era el dulce sedante en mi vida de angustias. Creí que tú al conquistar mi

corazón me librabas también de ese hogar. Eres un infame ...eres como todos los hombres....

Y la vi alejarse en la silente noche. Nunca supuse que la había perdido definitivamente, cuando a lo largo de la senda florida de retamas, paseaba más tarde mi fracaso a la luna y añoraba el sabor de sus besos.... Ah! Algo muy caro, señores, perdí esa noche melancólica que pasó en las horas que no retornan jamás.... Mi corazón ya está viejo, señores, y créanme que desde entonces las retamas no tienen fragancias para mí.....

## II

Alfredo Rocá sorbió un poco de cerveza. Estaba conmovido y un tropel de recuerdos parecía arrugar su frente.

—¿Cuántos años pasaron? Talvez ocho, acaso nueve. Durante ese tiempo, sólo muy de tarde en tarde la veía. Nos encontrábamos al cruzar una esquina, hacíamos esfuerzos por no vernos y en la fingida indiferencia, continuábamos nuestros distintos caminos, nuestros destinos locos, como dos seres infinitamente extraños. Sin embargo, en estos bruscos encuentros, mi alma palpitaba siempre....

Caramba, y como se ponía de bella! Pero ya empecé a adivinar el porvenir que le aguar-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

daba. Los Jesucristos se extinguieron y ella tenía que vivir y morir de María Magdalena auténtica e irredimida.

¡Rogelio Flores! ¿Ustedes si le han tratado a este don Juan sentimental y burlón? Pues el me dijo una noche:

—¿Conoces a la mujer del día? La bella Gardenia! Chico, real hembra, caderas espléndidas, ojos negrísimo, elegancia, aristocracia, supremo *chic*. Pero también te confesaré que estoy admirado: es una inalcauzable. Van tres meses de asedio, noches de juerga, mi amor hecho canción a su oído a toda hora y apenas si he logrado hurtarle un beso.

—Ya caerá. Como su madre, tendrá hijos de padres desconocidos.

—Vente hoy con nosotros. Será una noche más en blanco. Pero no importa...

Rogelio Flores y toda su banda de mozos audaces y guapos, audaban "sorbidos el seso" por mi ex-amada. Yo me negué siempre a acompañarles a sus fiestas en que una sonrisa, una mirada, una insinuación breve, un amago de beso eran un cielo de esperanzas que se abría a su anhelo delirante. Un oscuro sentimiento que no he tratado de descifrarlo me hacía resistir.

Alfredo pidió una copa de whisky que la vació de un trago, sin detenerse a probar. Los paladares refinados catan y saben lo que toman sin recurrir a la plebeya acción de saborear

el licor. Sacudió luego la ceniza de su cigarro y prosiguió:

—Hacía ya largo tiempo que no había visto a Gardenia. No me importaba aquello ni me llamaba la atención. Era la Perdida. Pero parece que las gentes ponen siempre especial cuidado en hacerle conocer a uno vidas que no le interesan, cosas que «no le van ni le vienen». Fue así como una tarde, un desocupado indiscreto, vertió en mis oídos atentos, las venturas, aventuras y desventuras de mi pobre amor infantil. Había acaecido ya otra de las eternas historias de amor. Gardenia sucumbió en brazos de Rogelio. Se amaron, vivieron juntos, vino un hijo que, entre paréntesis, nació muerto . . . y finalmente, llegó la hora del olvido. Rogelio la abandonó. Y ella siguió entonces el camino de antemano trazado por su destino. Ya os dije: todos vosotros, señores, debéis conocer la impecable línea de su cadera. . . .

Sencillamente, es eso todo lo que supe. Pero había de llegar el día: la casualidad ¿qué otra cosa? la casualidad que tiene a veces bondades de Celestina, me condujo hacia ella. La tarde de un sábado—la cerveza mediante—en que mis veinte años hilaban canciones de alegría y el divino niño sagitario, como nunca, me asechaba con sus flechas frenéticas, organizamos la fiesta.

Interrumpióse un momento Alfredo Roca para interrogarnos:

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

—¿No les fatigo?

Como la respuesta fuese negativa, murmuró "Naturalmente" y luego siguió.

—Bueno. En el tumulto que formaban aquellos rostros maquillados, de bocas eurojeadas por el lápiz, de cabelleras multicolóras y pupilas agrandadas por la atropina, la distinguí a la primer mirada.

Ah, Gardenia! Como la vi aquella noche, no la olvidaré jamás. Una pena aun más obscura vagaba por su rostro y se asomaba en ondas de dulce ternura a la inmóvil y misteriosa transparencia de sus ojos, diamantes infinitamente negros. ¡Cómo la adoraba en aquel instante!

Cuando me vio, un temblor profundo hízola cambiar de actitud, una oleada de sangre soñó sus mejillas, que luego se tornaron tan lívidas! ¡Cómo lucían sus ojos en aquella divina palidez de muerta! Yo aparenté no haberla visto.

... Las guitarras empezaron a desgranar una música que encendía los ánimos, pero en cuyo fondo vibraba un ritmo doliente, una armonía de añoranzas y recuerdos de alegres cosas irremediamente perdidas. Las parejas abrieron el baile, una danza vertiginosa que terminaba en lasos desfallecimientos. Me acerqué a ella, sereno y displicente.

—Señorita Gardenia, la dije, incliniéndome en una reverencia de cortesanía exquisita ¿Me hace el favor de una sola vuelta?

—Gracias, muchas gracias, Alfredito.

—Qué dulzura de voz, con qué dulzura habla usted! ¿Se acuerda usted de mí?

—¡Acordarme! Si nunca lo he olvidado.

—Ah! Gardenia mía!

La emoción me hizo callar un momento, pero luego repuse:

—Quisiera hablar un momento a solas contigo, Gardenia. Quieres salir?

—Está bien. Espérame afuera.

### III

Hasta llegar a mi garçonniere no habíamos desplegado los labios. Y estábamos tan tristes que me arrepentí de la invitación.

—Una taza de té, Gardenia.

—Gracias, Alfredito.

Transcurrieron unos minutos de inquietante silencio, un silencio tan hondo que torturaba nuestras almas en una ausia desesperada de alejarse, de escaparse, de separarnos nuevamente y para siempre.

—Dime, Gardenia, en verdad, ¿no me has olvidado?

—Jamás. Eres tú mi recuerdo perenne. Y cada vez que a la distancia te he mirado pasar como un extranjero a mi corazón, tú no puedes explicarte las emociones torturadoras que crispaban mi sér. Pero esperaba con vehemencia que llegue este día, este rato. . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

—Deseabas hallarte a lado mío, Gardenia? Tú ignoras cuál ha sido el gran dolor mío de esta noche? ¡Hallarte a tí! ¿Y cómo? Ah! no quiero ni pensarlo: mi amor que hubiera ido a cualquier sacrificio, esta pasión que habría puesto en mi mano la espada de los conquistadores que rindieron pueblos para sus amadas. Yo que anhelaba en mi niñez subyugar reyes para ofrendarte vasallos! La vida me ha hecho un gesto burlón: ¿a cuántos hombres te has entregado, amor mío? ¿Para qué ha servido nuestro amor? Yo te adoré cuando tenía doce años....

—No me hables así, Alfredo. Lo que tú dices y mucho más lo he llorado ya. Yo moriré de tristeza, martirizada por este suplicio violento, eterno y perpetuo de lo que pudo haber sido y no fué ...

Gardenia dejó escapar un sollozo leve. Estaba lánguida y tenía para mí tales encantos de belleza, de melancolía y de nostalgia, que me esforcé para refrenar los ímpetus que me asaltaban, que me empujaban hacia ella, en deseos frenéticos de besarla desde los negros ojos hasta los pies rosados.

Ella abandonó una trémula mano entre las mías. Leda, dulcemente, la besé.

—El pasado ha muerto, Gardenia. Es preciso sepultar el pasado. Olvida. Gardenia. Yo debo hablarte ahora en nombre de la vida. Vivamos en un momento todo el largo tiempo que no hemos vivido. Gozaremos. No hay minu-

to más feliz que el que se vive plenamente. ¿Cuándo serás mía?

—Por Dios, Alfredo, calla—me interrumpió la pobre con un extraño horror en la faz y en los ojos. Calla. Tú fuiste el primer hombre que amé y por lo mismo ya no seré nunca tuya. Amame, Alfredo, en la pureza inmune, en el recuerdo tierno, cordial y triste de una novia muerta. . . ¡Oh jamás, jamás!

Era tal la amargura de sus palabras que conmovieron íntegramente todo mi sér.

—Nada puedo ofrendarte, Alfredo mío. ¿Por qué no decirlo? La crueldad de nuestras vidas me ha traído cerca de tí hecha un miserable despojo humano. Ah! soy una piltrafa. . . una piltrafa, corazón mío. . .

La cabeza inclinósele sobre el pecho en la fatal actitud de lo irreparable. Se le cayó una peñeta y el pelo libre se le deshizo en largas guedejas, enmarcando su pálido rostro doliente.

—Tu alma, murmuré a su oído, quiero tu alma, ofréndame ese tesoro de virginidad y de ternura, dame tu alma y con ella tu pasión, nada más. Tú sabes que fuera del bien comprendido amor de dos seres, nada es verdadero sobre la tierra. . .

Volvió a repetir con un ritmo de infinita desolación:

—Jamás, jamás! Mi alma siempre ha sido tuya . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

—¡Gardenia, Gardenia! ¿por qué no? Mi amor, como decía Marión Delorme, puede rehacer tu virginidad Oh! esquiva incomprensible!

.....Mis ojos te vea siempre hermosa,  
A despecho del tiempo destructor,  
Porque es eterna tu beldad radiosa,  
Por ser eterno mi constante amor.

Gardenia calló un momento:

—No, Alfredo. Pierde toda esperanza. ¿Para qué romper el encanto dulce del sueño largo que ha sido nuestro amor? Jamás seré tuya, porque soy de todos. Hay algo más íntimo, más hondo y sagrado que está sobre todas las palabras, sobre toda humana idea. Renuncia a mi, pero recuérdame siempre. Y pon en tu recuerdo un poco de ternura, que tu recuerdo se halle siempre iluminado por el fulgor de una lágrima... Ya he hablado contigo, mi dulce amor imposible y eterno, ya estoy contenta y me siento dichosa y tan feliz que me inquieta tanto derroche de felicidad...

Alfredo Roca estaba pálido y trémulo:

—Vean, señores, lloro como un niño.

# EL SUPPLICIO DEL RECUERDO

---

## HORA BLANCA

**H**E permanecido largo tiempo echado sobre un *chaise-longue*. Hasta mí llegaba el perfume de las margaritas. Y en mi cuerpo se aljofaraba la luna que bruñía de lividez mis manos abandonadas. Abrí los ojos cerrados bajo el peso del ensueño y he visto una luna enorme y tan blanca como las margaritas. La noche navegaba con su astro en medio de una albura inmóvil y suntuosa.— He abierto el balcón, y por horas, minutos, noches—¿cuánto tiempo? no lo sé —me he embriagado de perfumes y rayos de luna. Mis ojos ¿qué han visto?—Mis oídos ¿qué han escuchado? — Una fuente cantaba la vida que pasa. . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

«Noche para amar y ser amado. Y para qué?—Nuevamente nos besará la querida que se fué» . . . .

Y mi alma de pronto ha llorado las torturas del recuerdo. Y vuelto al *chaise-longue* he delirado tenerte muy cerca de mi, tan cerca, que tu cabeza repose sobre mi pecho y tu oído sobre mi corazón. Pero a la súplica de mi orfandad doliente brotaron dos lágrimas del corazón profundo de la noche . . . .

### I

#### EL ADIOS

L' heure hereusse  
M' a dit: chante moi  
J' ai suis morte

HENRI DE REGNIER.

Tus negros ojos sortílegos brillaban dentro de mi alma. Qué tiempo indefinido, dime, qué corto tiempo así permanecemos? Yo estreché tu mano, y aspiré el perfume de tus senos y sentí que tu cuerpo se moldeaba con el mío. Mis brazos te habían esperado: y cesó tu amor a mi amor . . . Se oyó tenue batir de alas y un rumor de besos misteriosos que pobló la maga soledad de aquella única hora

feliz de muda locura. El fiel relicario de mis ojos guarda toda la dulzura de tu éxtasis y la tristeza honda de la despedida . . . —Luego te he buscado a lo largo de los caminos, en las noches claras. Jamás te he encontrado, ni he visto tus brazos extenderse y después enroscarse al redor de mi cuello. Y este es el cotidiano minuto que tú oyes un sollozo lejano. . . .

I I

DESESPERACION

—Dulce amada, amiga buena que besé:—  
—¿Me adorabas?

Ya no canta en mi pecho la alegría y mi corazón viste de luto.

—Dulce amada, amiga buena que besé:—  
¿Me piensas?

Mi vida es un camino florecido de recuerdos.

—Dulce amada, amiga buena que bese:—  
¿Dura en tus labios el sabor de mi boca?

Aun cuando el sol se haya hundido y en mi cabeza agite el viento hilos de plata, si vuelves a tocar mi puerta, aún será temprano para que mi corazón vista de rojo. . . .

# LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

## III

### ELLA

Et cette soir la je ne sais,  
ma douce, a quoi tu pensai  
toute triste.....

ALBERT SAMAIN.

Por qué tan inmóvil permaneces ante el mar inconmesurable?—El instante es tierno y crepuscular. Apenas la sombra fugitiva de las gaviotas hace vibrar la infinita serenidad azul—El mundo ha muerto: nada se agita.—Pero tu pecho ondea tenue y tus ojos abiertos hacia tu alma están lejanos. ¿No oyes latir un corazón extraño junto a tí? Vuelve la cabeza, oh inmóvil desesperada! y fíjate: Hay sangre y lágrimas en el mar inconmesurable.....

# LA EXTRAÑA

Para las tres cartas que guardo  
de ELLA.

**A**SOMÓ la desconocida.... Lorenzo Rizal la miró fijamente y por sus ojos conturbados pasó una suave oleada de ternura. Avanzaba despacio la bella. Lo había visto ya, pero caminaba llena de indiferencia, con las pupilas lejanas. Al cruzarse, ya no pudo resistir más, y le envió una mirada furtiva. Pocos pasos después, ávida de los ojos conturbados, volvía la cabeza. Lorenzo Rizal empezó a seguirla.

¡Mujer ensoñada! Era alta y elástica, con felinos movimientos de mimosa. Y su rostro melancólico y pálido, en el que se abrían las profundas ojeras violáceas como dos flores del mal, tenía no sé qué hondo encanto sutil: desazonaba y alucinaba. ¡Divina cara de virgen pagana! Su boca breve y dulce en las horas

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

de amor, seguramente debía escupir crueles palabras de infamia en los raptos de enojo. Y al asomarse a las mausas aguas verdes de sus ojos, su alma irradiaba al fondo como una pobre ave cautiva.

...Principiaba el idilio... ¿Cómo nacía? Lorenzo Rizal recibió un día el mensaje inesperado y discreto: Luisa María le amaba. Se había primero enamorado de su libro «Los Labios Ingenuos» y había tenido más tarde la delirante obsesión de conocerle. Ah! Se contaban de ella las cosas más extrañas. Acaso era una Salomé rediviva, insensible y cruel; pero como la gloriosa virgen judía habría talvez pedido frenética y loca la amada cabeza de Yokanaan y luego habría besado, mordido, con besos de sirena, con besos vampirescos, los labios fríos, los labios yertos del Bautista.....

Pero Lorenzo Rizal no guardaba ningún recuerdo de ella. Apenas si recordaba que una noche a la salida del teatro, cuando el *foyer* se había quedado casi vacío y silencioso, un crujir de sedas muy cercano le llamó la atención. Al regresarse a ver, una linda mujer le miraba atenta, sonriéndole, en apoteosis de belleza.

—¿Quién es?—preguntó a un amigo.

Y entonces conoció a la admiradora loca. ¡Luisa María! Y aunque estaba seguro del placer que venía hacia él, en los brazos suplicantes de élla, no le preocupó la pasión de la ojerosa. Su corazón incanto de poeta de veinte años ardía en las caricias voraces de una mo-

rena exhuberante que iba para la serena edad que aconsejaba Balzac. Pero las insinuaciones no cesaban de venir: Luisa María le amaba siempre. Buscaba con febril ansiedad las revistas y periódicos donde se publicaba algo suyo. ¡Qué amor! La Insensible que arrastró lentamente al suicidio a aquel muchacho varonil de Augusto Bernales, privándose por un poeta alfeñicado e inexperto! . . .

Pero ese día el joven había resuelto seguirla por primera vez. Una ruptura escandalosa y violenta con la morena balzaciana le había liberado. ¡Y cuánto había llorado él! Amaba con todo su mozo fervor esa divina alba otoñal de mujer. No podía vivir sin el refugio cálido de esos brazos. Pero era ya demasiado. La amante abusaba de su cariño para otorgarse ciertas prerrogativas e imponerle otras . . . Se separaron. Y entonces fue cuando el poeta pensó en la apasionada solitaria. Sería una manera fácil de olvidar el resquemor de los besos abandonados y aplacar el recuerdo perenne de la querida. Aquella tarde caminó tras Luisa María por largo tiempo. Fue la persecución monótona y cotidiana de un enamorado que tiene ya citas pero que le está vedado, no obstante, acercarse a conversar con la amada en plena calle. Luisa María regresaba la cabeza a cada instante y le sonreía con los ojos y la boca. Parecía decirle: «Bien. Ya sabes que te amo. Escríbeme». Y la verdad era así: Lorenzo Rizal comprendía perfectamente

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

que el madrigal de este amor, no podía permanecer un día más, en el mismo estado. ¿Para qué? El accedía y Ella tenía que entregarse dulce y palpitante. . . .

El poeta le dirigió a la mañana siguiente todo un enorme poema de pasión: «Luisa María ¿sabes? te adoro». Y en un estilo de rapsoda sentimental le cantaba todo su amor insólito. La contestación vino fría e inesperada: también le quería Ella. Pero antes que nada deseaba la amistad del exquisito poeta. Quizá más tarde le amaría. Por ahora se abandonaría al delirio de su corazón, dejaría que su alma siga el camino de sus deseos: — ¡le idolatraría seguramente más tarde!

La respuesta puso en guarda al poeta. ¿Era esto lo que debía venir después de tantos mensajes y de una constante imploración de amor? Lorenzo sintió un oscuro rencor por la mujer. Ah! es preciso no amarla, no amarla nunca! . . . .

El idilio siguió enredando la araña de oro de los sueños. Luisa María le dio una cita. Se vieron una tarde de gloriosa agonía. El crepúsculo terminaba en medio de una música armoniosa de rosas y de oro. Se hallaban sentados bajo la sombra rumorosa de un árbol y Luisa María levantaba las hojas secas con la sombrilla. Lorenzo, junto a ella, le miraba en un éxtasis de encanto. Pero de luego a luego, le pasó el brazo por la cintura, mientras sus labios barrían un rizo de la frente pálida.

Y el beso fue bajando lentamente, por las enormes ojeras, por los ojos verdes, por las mejillas soflamadas, hasta venir a estallar sonoro y voraz en los labios leves.

Ella, esquivá y graciosa, le dijo:

—No me bese. ¿Me ama acaso? — ¿Está seguro de amarme siempre para que así me tome?

Lorenzo entornó los párpados y no atinó qué contestarla:

—Sí, sí, la amo, la adoro... la adoraré siempre. ¿Por qué me pregunta? ¿Por qué se empeña en romper el encanto de este minuto?

—Si lo supiera usted! Ah! Tengo que contarle el drama horrendo de mi vida, la infinita tragedia de mi corazón. Y si así me ama, le amaré también yo. Pero antes de que lo sepa usted todo, absolutamente todo, sea un buen amigo... un amigo fraternal, que va a tener un poco de piedad y otro poco de ternura, para oirme y compadecerme.

El joven se hallaba triste y atónito ante las palabras dolientes de su enamorada. Guardó silencio un minuto, un minuto largo y abominable como un suplicio. Y luego, con voz tenue, oscura, velada por la emoción, Lorenzo la animó, meloso.

—Corazón mío... por qué se recela?—Te quiero a tí... a tí!... ¿Qué me importa lo que hayas sido o lo que seas?...

Ahora ella era la que callaba... Se arrepentía talvez de haber ido muy ligero. Luisa

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

María miró al suelo, una ráfaga de viento agitó una guedeja de su cabellera. Él volvió a besarla en la boca y ella murmuró en seguida:

—Tú supiste mis amores con Bernales?—  
Y sin dejarle responder, continuó:—Le amé locamente. Todo lo que la gente dice de nosotros, es como todo lo que de ella proviene: falseado hiperbólicamente. Yo no he causado el suicidio de Augusto. Le amé, sí, con esa ardencia tan profunda, en que el amor se enlaza con la muerte. . . . Nos veíamos en el cementerio, al amparo de un ángel de la paz, de tutelares alas desplegadas. ¡Oh! tiempo de inconsciencia y de pasión delirante! Una tarde me entregué a él, mi iniciador, frenética y procaz, entre las cruces funerarias de los altos cipreses taciturnos. Bajo la tierra que hollaban nuestros cuerpos, en la apoteosis alucinante de la carne, los esqueletos debían bailar la zarabanda epiléptica de la lujuria. No, no! Si parece que un sér extraño y atrabiliario vive en el fondo incognocido de mi alma. Algunas noches, junto a la intimidad de una suave luz rosada, confundidas nuestras cabezas, leíamos versos de Baudelaire o novelas de Lorrain:—¿Conoces estos autores?—También nos inyectábamos morfina y pálidos hasta la lividez, desconocidos a nosotros mismos, con febriles ojos inmóviles, llenos de no sé qué monstruosas luces misteriosas, nos amábamos . . . nos amábamos una, dos, tres veces entre rugidos diabólicos y besos crueles. . . . Augusto, indudablemente, ponía un pie, cada

vez más adelante, en el borde vertiginoso de la locura. Muchas veces, con ademanes inquietantes y exacerbados clamaba cosas que jamás comprendí.....

Luisa María calló bruscamente y le alzó a ver. El poeta apenas si la miró, pero volvió a besarla silenciosamente en los labios. Ella, aún prosiguió temblorosa y tierna, con todo el recuerdo en los labios:

—Y así vivimos seis meses, horas de amor de dolor y de vicio. Ya para entonces, yo era el terror de las mamás honradas y de las chiquillas vírgenes que aun no tienen hijos. . . BERNALES me idolatraba más cada día, pero, el placer, «ese vérdugo sin misericordia», nos mataba rápidamente. Augusto era ya una sombra lívida y vagorosa, como el fantasma de una pesadilla. Sólo los ojos fabulosamente grandes, vivían en esa cara muerta, espectral, como hechizada. Pero sin embargo, estaba bello y aún más que antes. Ya por su rostro vagaba esa suprema belleza que transfigura a las almas que se inclinan sobre la muerte . . . A mí me daba a veces la terrible, la escalofriante sensación de encontrarme frente a aquel príncipe magnífico que se llamó Wladimiro Noronsoff. Ah! Y es que Augusto debía tener algo de él. . . Yo nunca podré olvidar ese delirio que en sus ansias se adivinaba por destrozarse su vida, por acabarla, por extinguirla. ¡Cruel cautiverio irremediable! Se ensañaba en placeres y abusaba de drogas que después ya no le restituyeron

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

su dolor de vivir. Agotado, insensible, irremisiblemente perdido, ya no sentía nada y ni mi amor podía salvarlo. Fue entonces cuando me sentí enferma. ¡Un hijo! ¡Un hijo! Sólo la idea me horrorizaba: ¡Cómo! ¿no era pues yo virgen? Imposible! Bernales también se asustó. Y sin embargo mi preñez debía de ser de tres meses—: Será necesario arreglar... arreglar todo... todo... eso, me dijo él.—Y esa misma noche, una poción... palas... bajadas al jardincillo... usted ya comprende...

Luisa María enmudeció. Estaba triste y más bella que nunca. La cortina de los párpados había caído, escondiendo la líquida esmeralda de los ojos, pero parecía mirarle con los enormes livores de sus ojeras profundas. Lorenzo también callaba, y sólo de rato en rato le estrechaba silencioso y amoroso las bellas manos transparentes, finas y sutiles.

Ella dijo de pronto:

—Vamos! —Y abrió los ojos, velados por el llanto, semejantes a dos brumosos lagos de ensueño:

Era ya casi de noche. Una luna enorme y rosada como un fruto maduro, vertía la infinita consolación de su luz. La cabeza de Luisa María tenía reflejos áureos en la sombra, como esos bellos atardeceres de los cines, en que dos amantes se besan. Se puso el sombrero.—Lorenzo Rizal sentía una extraña angustia, estaba desazonado. Le pasó el brazo

derecho por la cintura, mientras su mano izquierda le enredaban los dedos liliales:

—Te amo . . . . te amo . . . .

—El resto debías ignorarlo siempre. ¿Para qué te voy a contar? Es el más doloroso epílogo la escena que pasó desgarrando mi pobre corazón. Una mañana, al despertar, Augusto estaba como siempre—naturalmente—junto a mí. Su lividez me asombró, una lividez que se destacaba mortal sobre el cabello negrísimo. Le pasé la mano por la cara, tan bella. Pero mis dedos se crisparon sobre el rostro frío como el mármol, blanco como el mármol. ¡Un gramo de morfina! ¡Había dormido con un cadáver! ¡Cuántas horas había permanecido así?—Ah! ¿Alcanzas a figurarte la crisis que luego me sobrevendría? Traté de suicidarme . . . . Lloré, rugí, pedí que me mataran . . . . .

Luisa María escondió su rostro, lleno de no sé qué hondo encanto sutil, entre las felinas manos. El pecho le ondeaba sin ritmo: ¿sollozaba?—Lorenzo Rizal iba cansándose ¿a qué venía todo eso? Iba él acaso a atormentarse de celos retrospectivos? No, no! Y ahora mismo, podía ella tener los amantes que quisiese—no le importaba.—Pedía muy poco, lo que ella quisiese darle. Bah! Cuestión de puntos de vista y el punto era ahora—y siempre era el mismo el suyo—gozar, gozarla, sin literatura, sin preocupaciones, sin la bestialidad de los celos. Y nada más . . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Ella rompió el soliloquio, ávida talvez de borrar el recuerdo e interrumpir que el pensamiento del poeta vaya tejiendo su red por el amargo cauce de sus confesiones.

—¿Has leído tú a Claude Farrere?

—Sí.

—¿Te acuerdas del nombre de sus obras?

A Rizal le molestaban las preguntas, mientras un desasosiego súbito se apoderaba de todo su sér hasta entonces en reposo. ¿Acaso estaba amándola ya?—No era amor ¡amor!: aquello, naturalmente, debía ser el despertar de su deseo. . . . Pero eso no obstante le contestó:

—Y a qué vienen, Luisa María, tus preguntas?—Para qué preocuparnos de los demás, si aún no nos bastamos a nosotros mismos? . . .

Caminaban por una avenida de bojés. Se oía brotar al silencio como una leve voz unánime del corazón del parque misterioso y blanco. La luna enorme reía en el cielo como una clownesa fantástica. Se acercaba la hora de la despedida y en el alma de los amantes debían ya agitarse como dos gaviotas los pañuelos que claman el último adiós:

—¿Dónde nos veremos mañana?—le preguntó Lorenzo.

—No sé . . . Tú lo verás . . . Te esperaré yo.

Lorenzo le extendió los brazos, que parecían dos súplicas. Ella le estrechó contra sus senos voraginosos y cálidos. El joven estaba trémulo.

—Déjame mirarte los ojos. . . . quiero verme en ellos. . . . ir bogando en ellos hacia no sé qué irreales playas de olvido en que he soñado, pensando en tí. . . . Le hablaba dentro de la boca de ella y los dientes desgranaban una sinfonía tan leve, tan silenciosa, que casi no se oía, pero que ocultaba algo de trágico.

Ya al irse, el poeta la dijo:

—Te adoro. ¡Ah! ¿Llegarás amarme tú así? . . .

Luisa María le envió un beso con las manos marfilinas, ustoria flor de cinco lises albos...

## II

Lorenzo Rizal y Luisa María se habían visto cinco días seguidos, los mismos que duraba su idilio, después de la primera cita. Pero el incauto poeta había caído en brazos de una tristeza oscura y doliente. Ella le había dicho: Te adoro ya. . . . Mi alma ávida de infinito ha volado hacia tí. . . . Mi anhelo desconocido y perpetuo eres tú. . . . Ya no deseo nada. . . . Te amo. . . . Te he buscado y te he encontrado. . . .

Pero, incontestablemente, si la verdad existía no debía dormitar en el fondo de aquellas palabras. Lorenzo se acordaba del verso:

.....En cambio, pecador arrepentido,  
Yo te confieso mis amores muertos.  
Mi rumbo era hacia tí; pero he tenido  
Que ir en el viaje visitando puertos.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Y es que el poeta adivinaba nó sé qué oculto e ignorado sabor tras de los besos de la ojerosa. Talvez cuando le besaba, élla seguía el camino del muerto, llamaba al amante que ya no volvería... Empero, Luisa María se presentaba ante el poeta con una belleza que quería ser cada vez más radiosa y fresca, llena de extraños y temibles matices, que vibraban a lo largo de todo su cuerpo. El la hacía sentar sobre sus rodillas y luego le besaba las manos finas, las esmeraldas alucinantes de los ojos, el profundo valle del pecho desnudo. Y entonces Luisa María, ya trémula, voraz, palpitante al conjuro de los desconocidos maleficios que dormían agazapados en sus más hondos senos, describía con la mano armoniosas curvas en el aire, como acariciando formas lejanas, vaborosas, extinguidas o que vivían tan sólo en el relicario de sus ojos.... Lorenzo pensaba hallarse ante una histérica. ¡Qué le importaba, después de nada! Y quiso poseerla, violentarla. Pero cuando iba a hacerla suya, vió de súbito, exasperado y triste, la senda recién recorrida. Ella enamorada del «exquisito poeta» y no del hombre. ¡Hubiera sido la bárbara devastación de un jardín en flor!—Era necesario que el tiempo corra y él funda sus brazos en el supremo abrazo. ¡Ah! Lorenzo pensó que no podía proceder brutal e impetuoso como todos los hombres: debía tomarla a Luisa María, fatalmente sin remedio, en un claro de luna, entre dos sone-

tos y un risueño, el pájaro poeta, vertiendo la dulzura de su música en medio de la intensa pero fugaz, armoniosa pero repugnante locura sexual....

... Aquella tarde una misma melancolía tiranizaba a los dos amantes. Se sentían extraños, ignorados a sí propios, con la hostilidad de las almas en los ojos. Un leve desencanto rutilaba en el rostro de Luisa María. Debía pensar ese momento que Rizal era una desilusión más en su vida: ¡la abominación de la desolación!—Qué no era el poeta que había soñado en sus cruentas noches insomnes, en su anhelo delirante. ¡Era demasiado humano!

¡Demasiado humano!—E improvisadamente se abrazó a él, como obedeciendo a una sortílega fuerza que resurgiera de las más extremas profundidades de su sér.— Y loca, con la maguífica cabellera flotante, teñidas las mejillas de un suave perla rosa, le besó largamente, como una faunesa implacable, con besos que subieron hasta la cumbre del espasmo....

Pero ante el ataque violento e inesperado, Lorenzo permaneció sereno hasta lo grotesco, en medio de una sensación indefinible e inditnida.... Y cuando ya iba a corresponder con creces e *in crescendo* a las enloquecedoras caricias súbitas, Luisa María recuperó su anterior actitud, en tanto que su rostro se inclinaba aún más doliente hacia una melancolía como de arrepentimiento y de renunciación. ¡Ah! «el placer, ese verdugo sin misericordia»!....

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

....El silencio se hizo más hostil y la tristeza más aguda. Y ellos se sintieron más extraños, más lejanos, dos almas anónimas que ni siquiera se engañaron y que no debieron encontrarse jamás. Lorenzo tenía oprimido el pecho y le dolía el corazón....

Mi rumbo era hacia tí....

### III

Luisa María deshojó el silencio:

—¿Has leído las «Claudinas»?

Una tenue sonrisa rizó los labios de Lorenzo:

—Oh! mi poeta!—la contestó en seguida —¡Las Claudinas! Creo que sí las he leído.

—Bueno, «gradullón mío», ¿te acuerdas de aquella «Claudina Sola», cuyo autor es el mismo que el de «La Ingenua Libertina», por haberse ya deshecho la razón literario-matrimonial Henry Gautier Villars-Colette-Willy?

—Estás erudita—¿Qué revelación me preparas?

—Casi nada. Me acordaba de aquel episodio ingenuo y perverso, pero lleno de tan misterioso encanto, en que Anita, aquella, ¿recuerdas?, la de los «ojos, color de la flor de la achicoria silvestre», fue amada. ....violada brutalmente por un desconocido....por un ignorado, por un hombre cualquiera a quien no volvería a ver más. Dime ¿no te parece bien? Ella se había ya acostado. De pronto se abre

la puerta, penetra un hombre, sí un hombre de bestial belleza, de musculatura bien acusada de cabellos relucientes y con exceso rizados. Después... sólo al contacto de sus manos, perdió toda la noción de su sér: ya no le preocupaba ignorar el nombre. Luego cerró los ojos para gozar mejor... y cuando volvió a abrirlos, se halló atravesada en la cama, resbalando con la cabeza muy cerca del suelo... ¡Sepa Dios lo que hacía con Anita en aquel momento...!

Lorenzo estaba asombrado, conturbado. Se burlaba acaso de él y le increpaba irónica y cínica no haber procedido así con ella?

—Te has aprendido—le repuso galantemente,—te has aprendido «Claudina Sola» de memoria. Pero no ignoras que aquel hombre era un ladrón. Se llevó una valiosa perla rosa.....

—¡Una perla rosa! Bah! ¿Qué importa?— Y Luisa María prosiguió balbuciente, temblorosa, procaz:—Amarse, inclinarse en el vértigo voraginoso del placer sobre el abismo de la muerte, sentirse vivir un minuto en pleno olvido... en una infinita desolación del alma y de las cosas. ...olvidar el tiquete que nos reconocemos, la marca o collar que nos distingue de los demás, que nos ata cruelmente al pensar de miles de gentes. Ferritos falderos, prestos a ser vapuleados por el amo... Ah! Libertarse! Y todo con un desconocido, con un extraño, que ya puede ser un ladrón, un asesi-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS.

no, que ya puede llevarse junto con nuestro placer nuestra diadema o nuestra vida.

Calló la mujer. Su boca se contrajo un segundo en un mohín desdenguado y prosiguió:

— Pero la realidad, — esta realidad algo dolorosa e imposible para las mujeres cuyas pieles montaraces no comprenden que se pueda ser de más de un hombre, — tiene una sugestión de maleficio: aquel intruso con quien gozamos, ya no volverá nunca, no le encontraremos ni le reconoceremos jamás . . . su posesión como nuestra violación, quedará olvidada, perdida, será como si no hubiese sido . . .

El poeta le escuchaba absorto. Cuando ella dejó de hablar apenas sí dejó escapar un «ah» que le liberaba como de una maza: había caído en ese estado en que no se puede fijar una idea, en que los manubrios del cerebro no funcionan, el pensamiento y el corazón quedan inmóviles. Luisa María le miraba atenta, con una sonrisa indescifrable en los labios leves. Y sus ojos, que parecían dos diablillos verdes, grotescos y bufones, se reían aún más escandalosamente que su boca. Pero repentinamente se puso seria— y como la vez pasada— se abrazó al iluso con un abrazo que parecía un adiós. Y luego, enlazándole por los hombros, con la liana blanca de sus brazos, le retiró un poco hacia atrás, como para verle mejor, como para admirarle en la plenitud de sus facciones: —o élla verse un segundo en los ojos del amado. Después tuvo una mirada entre piadosa y

rabiosa, le besó en los labios y de un salto se puso a tres pasos del hombre. Entonces le dijo:

— Me voy. ¿Sabes? Me voy. Hasta mañana.... Hasta nunca! Hasta nunca!

Y desapareció en el ímpetu de una carrera sin ritmo.

Lorenzo, con los ojos desmesuradamente abiertos, quedó prendido al último sitio por donde había desaparecido la visión esbelta y elástica. Y cuando su mirada fija cambió lentamente de sitio, extraviada y loca, él también, entre extraviado y loco, se pasó un pañuelo por los ojos. Las lágrimas los amagaban ya....

El corazón le latía estruendosamente y en sus oídos, implacable y perversa, la frase seguía cantando:

—Hasta mañana ...Hasta nunca! Hasta nunca!....

# LA VIRGEN PALIDA

(HOJA DE UN DIARIO)

---

J'ai fais souvent un réve étrange et penetrant  
D' une femme inconnue que j'aime et qui m'aime  
.....  
.....

PAUL VERLAINE

**E**STA tarde, como la que me recuerdas, gris y lluviosa; esta tarde que rina un verso armonioso con mi alma desencantada y doliente, he leído tu mensaje. Oh! Incógnita amaute, sensible desconocida ¿quién eres? ¿dónde estás?—Hace tiempo, en esa hora crepuscular, en que las rosas agonizan exhalando su vida en aromas por los parques, tú pasaste ignorada junto a mí.

En tus ojos de aciano brilló una mirada suplicante. Y yo pasé sin comprenderla. Una noche ya lejana, yo soñé contigo. Y tú no debes haber sentido mi sueño. En las no-

ches próximas, en los días vecinos, en los años que vienen, quizá algún minuto te inquiete mi aspiración a tí y mi sueño desmesurable de anhelos.....

La culpa será tuya, Luisa María. Mi alma que ya lloró la pena romántica de los veinte años, que sabe la inconstancia frágil del idilio, que conoce la leyenda aleve del amor, gozaba en el silencio de una calma plena de melancolía. No digo triste, porque las ilusiones que se bebió la Luna que iluminara nuestros besos iniciales, no tienen derecho a trocar nuestra vida en el valle bíblico de lágrimas....

Mi alma te digo, dulce amor, estaba tranquila y melancólica, invadida, eso sí, en los momentos largos de soledad, de la impalpable presencia del pasado, del vivo relente de lo muerto, de la ternura intacta de los recuerdos que no se borran. Y ha llegado a mis manos la carta mensajera de tu cariño. Mi corazón ha despertado. Ah! No era posible que el Destino me dejara sin un tormento! Ahora ya resides dentro de mí y mis sueños se confunden con tus sueños: por ellos ya no me abandonarás jamás, como tampoco mi presencia desaparecerá de tí. Acércate, virgen desconocida, y conversaremos. Bajo mi mano sentiré palpar tu corazón, mientras tu cabecita, olvidada de la vida, delire sobre mi hombro.— Háblame, habla del primer día que me conociste, del gesto que hizo latir tu alma; habla de la página mía que derramara tu emoción, ha-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

habla de las primicias de tus ansias, del despertar de tus quimeras; habla de la primera flor que deshojaste. . . .

Me he reprochado varias veces mi exigua voluntad, insuficiente a reprimirme. Por qué en seguida de leer tu mensaje he exclamado: ¿quién eres? ¿dónde estás?—Dices llamarte Luisa María. No sé. Pero comprendo que estás henchida de mí como yo siento ya la obsesión de tí. Hora a hora, han ido leyendo mis veinte años, en los dulces corazones que dijeron amarme, el Libro de la Tristeza. Hubo pasión que fué un perfume. Hubo cariño que fue una onda. Y existe un amor lejano que aún pone la blancura lívida de su recuerdo en mi horizonte esmeralda. Pero sobre ese sudario del pasado estás ahora tú. Te amo porque eres el presente, la vida que puedo vivir. Y te amo también, porque eres la Desconocida, la dama velada, que es dable no conozca jamás, pero que me atrae por ese mismo maleficio, por este encanto del misterio que tan hondo me cautiva.

Me das la sensación de la mujer que un día me sorprendiera con su belleza maravillosa y que al intentar seguirla, luego de haber salido del éxtasis de asombro en que me hundiera, desaparecido hubiera ya para siempre.—Eres la Virgen Pálida para quien nací con esta capacidad infinita de soñar, y a la cual buscarán mis ojos extraviados la noche que la

Muerte acuda a la cita del beso tan frenético que las bocas no tornan a separarse. . . .

Pero te amo, más que nada, porque cuando me abandona mi propio sér y la soledad que me rodea colman de frío mi alma, creo que bastarías tú a consolarme. Porque cuando dudo de mí y veo próximo el día que apuraré el cáliz hasta las heces y que la Vida me fatigará, creo que podré llamarte. Porque cuando la angustia me ahoga y a flor de mis labios surge aquella frase de Macbeth: «Ya estoy harto de mí mismo», espero que llegue el milagro de tu mirada a llenar mi desolada llanura y la piedad acariciadora de tus manos a borrar de mi frente todo el horror de mis dolores. Quizás tu alma, dulce desconocida, no cante el *never-more*, el «nunca jamás» trágico que rompería con toda la armonía de lo que fuí. . . . de lo que soy. . . . de lo que puedo ser. . . .

Te amo, porque acaso es tu alma, el alma gemela que mis ansiosos crepúsculos en vano aguardan. Talvez eres la virgen predestinada, hermana y piadosa, cuyos senos busca inútilmente mi cabeza, mi cabeza causada y ávida de reposo y que tiene la esperanza de olvidar con el perfume de ellos, el suplicio cruel de sus torturas: Ah! mi cabeza piensa, quiere y desea . . . . .

Y como sé que unos labios rojos pueden dar a beber el filtro que hace desdeñar todas las filosofías, como sé que los brazos ardientes al unir los amores, son al mismo tiempo un.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

sedante glorioso al afán que nos enloquece, cuando llegue a tí, dulce amor, el ritmo doloroso de mis súplicas, debes preguntarte si eres dueña de tu corazón. Abre los ojos dentro de tu alma y fíjate si me amas y me seguirás amando. Tengo el pueril anhelo de querer llevar hasta muy tarde la luz de vagas ilusiones, pues que me sobran ya las cruces que se levantan sobre mi corazón. Ah! Y deliro porque si en mi cabeza se agita la primera caua, mis ojos sepan todavía llorar un amor que se va, un idilio que se aleja, el minuto de los adioses, con la misma frescura de hoy, con igual desesperada y tierna pureza. Si algún día vienes, es preciso que estés segura de que jamás, a lo largo del tiempo y al dar la vuelta un minuto, te encontrarás con que se halla nuevamente baldío tu pobre corazón.

... Oh! el horror de los cálices vacíos! . . .

Eres la Desconocida, pero mis noches, a lo largo de la caravana de mis sueños, te han sorprendido mirándome. La fatalidad, empero, hace que todas las mañanas se desvanezca mi quimera en los inmensos ojos piadosos, en los grandes ojos misteriosos, en los infinitos ojos suplicadores, de una Magdalena que preside mi lecho. Es una Magdalena de Carlos Dolci. Y debió ser pura, «casta como la luna», bella y exangüe como la virgen de los Dolores. ¿Se te parece en algo? ¿Quieres conocerla? Cuando la miro, mi mirada atrae el rebaño de mi pensamiento hacia tí, como si ella fuera un tra-

sunto de tu beldad, un reflejo romántico de tu belleza. Cruza su rostro una onda de anhelo y en el fondo de sus pupilas oscuras se recoge la Espera. ¿Qué aguarda, a quién aguarda esta mujer? —Y la tristeza profunda de sus ojos parece cantar un *leit motiv* de melancolía en toda esta cara de blancura pálida y de líneas afinadas por el sufrimiento, aristocratizadas por este mago de las purificaciones que se llama Dolor.....

En las noches lunadas, cuando te asomas al balcón y un rayo lívido de la errante viajera aureola la mata de tus cabellos e ilumina la grácil escultura de tu cuerpo, debes adquirir la misma gracia doliente, la misma elegancia taciturna....tu expresión debe cobrar todos los relieves de melancolía, todos los prestigios de esperanza y ventura que se aduerme en este pequeño cuadro de Carlos Dolci.

Ya estás en mí, enamorada quimérica, que esfuérmome en dar realidad, ungiéndola con la visión de pinturas amadas; pero no me basta tu amor lejano, ni la mirada que no me llega de tus ojos que no conozco ¿vendrás algún día?

Tu carta es una lágrima que titila perpetuamente sobre mi corazón.

.....

## LA GATA BRUNA

---

*Las cinco de la tarde.—Lluvia, lodo, poca gente en las calles.—La alcoba penumbrosa en donde el encantador desorden de los diez y ocho años ha puesto su nota sugestiva.—Lilí se halla derribada sobre un sillón bípodo, demasiado grande para una persona y exiguo para dos.*

*Lilí medita sobre la última tempestad que hubo entre ella y él.*

**E**N verdad, se fué él enfurecido? ¿Me olvidará? Acaso no me ha sentido toda de él? ¿Cumplirá con su amenaza de abandonarme para siempre?—(Sobre los ojos de Lilí se cierne un amago de llanto).

Lilí sueña.—¡Oh! Si viniera este rato!..  
( Tac-tac, Tac-tac, la puerta )

Boris (entrando) ¡Lilí!

Lilí.—Ah sí! ¿Eres tú?

Boris.—No me esperabas ¿verdad? (*Y va a sentarse junto a ella, estrechándole la mano*)

Lilí.—Es cierto. No te esperaba.... Creí que ya no volverías.

Boris.—Si. No pensaba regresar más. ¿A qué? Ya no eres tú la de antes. Eres otra. Acaso se extingue el fervor de tus ilusiones? Empieza un nuevo amor a florecer en tu pecho?

Lilí (*con ímpetu*).—No. Soy la misma de siempre. El cambiado eres tú. Ya en tí no existe esa abnegación en tu amor de otros días, ese deseo delirante de estar perpetuamente junto a mí, ya no eres el loco de horas pasadas; en tí sólo vibra una pasión vulgar, fría, casi viciosa, como impuesta por el recuerdo de un amor extinto....

(*Una gata bruna se arquea perezosa sobre un cesto de encajes abandonados por Lilí, estira rampante sus patas y empieza un rabioso jugueteo con los trapos*).

Lilí (*dirigiéndose a la gata*).—Fátima, ¿qué te pasa? ¿Piensas enredar mi labor como Boris nuestro cariño?

Boris (*ciñendo a Lilí por la cintura*).—Estás más picarita que otros días, Lilí.

Lilí.—Tan sutil te vas volviendol (*enojada*) Ya no oyes una frase mía sin discutirla; te empeñas en no creer en mis palabras de amor; de todo dudas y cuanto se refiere a mí ves con indiferencia. Ya nada te im-

LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

porto. Y después dices que me amas como antes, que quien ha cambiado soy yo, que ya no te amo. ¡Oh cruel! ¿Dónde fugó tu amor? No te pido que seas enteramente mío, pero sí algo mío, que dediques algunos minutos a verme, que no desaparezcas del todo, que pienses en mí...

Boris.—Calla! No te creo. El amor es acción y no palabras. Y tú sólo haces lo último. (*Fátima al revolcarse sobre los trapos, dejó imprudentemente descubierto un retrato*).

Boris (*cogiéndolo con prisa, se dirige hacia la luz de la ventana*).—Lilí, me dirás quién es el de este retrato? No es mayor que tú...

Lilí.—¿De qué me hablabas? (*conturbada*). Ah, sí! Es un retrato...

Boris (*levantando la voz*).—Pero me dirás de quién es?

Lilí (*melosa*).—No me explico tu exigencia! (*acercándose a ver el retrato*). ¿Quién lo habrá traído?... Ah! Es el retrato de mi padre cuando tenía 20 años. ¿Te parece elegante? (*mirándole a Boris en los ojos imperiosamente*). ¿Estás celoso de mi padre?....

Boris (*furioso*).—¿Te burlas, quieres engañarme? ¡Perversa!...

Lilí (*enrojécida por una ira insólita, con voz anhelada y sin mirarle*).—Veo que ya no nos comprendemos. Cada minuto se ahonda más el abismo que tú, cruel, consciente-

mente, has abierto. Pero a tí qué puede importarte nuestra separación si tú la has buscado? Más valiera que acabáramos! . . .  
 Boris (*reprimiendo un gesto de pasión, un ademán de amor y reconciliación hacia Ella*).  
 —Tú lo quieres. Está bien. ¡Adiós!

I I

Diciendo ¡adiós!, Boris bruscamente lanzóse a la puerta. Ya en ella, una garfa invisible le detuvo en el umbral, en tanto bajo su cráneo, congestionado de sangre, anonadado de amor, su pensamiento volaba orgulloso, tenaz en la despedida, mientras el corazón de Lili era un imán para el de Boris . . .

¿Volver? . . . ¿Abandonarla? . . . Sufría una lucha intensa entre la idea y el sentimiento.

Boris, como despertando, recién se dió cuenta de lo que pasaba. Levantó los ojos y su mirada buscó a Lili.

*La lluvia y la tarde igualmente terminaban.*

Lili quedó en éxtasis, frente a la ventana, en donde la había dejado Boris. Inconsciente del paisaje, ni pensaba, ni sentía; apenas si se percibió de que Boris furtivamente había desaparecido.

Volvió a surgir su primera idea: ¡Ya no volverá más! . . .

## LA ALCOBA DE LOS ÉXTASIS

Y al tiempo que la fuente de lágrimas se desbordaba, nublando la nitidez de sus pupilas, Lili interiormente repetía: ¡Boris! ¡Boris! Ya no te volveré a ver! . . . .

La Fátima Bruna, como esclava de harem, recelosa y confiada, trepó sin ruido, de un salto elástico, al silloncito bípedo, finamente tapizado de damasco.

Con pasos felinos, de animal que busca la presa, Boris regresaba. . . . se acercó, y sus brazos, como dos sierpes negras, se arrollaron con leve voluptuosidad en el busto griego, del mármol palpitante de Lili. . . .

### III

Boris (*apasionado*).—Lili

Lili (*volviendo la cabeza, sus labios se encuentran con los de Boris, fundiéndose en un perenne beso*).—Boris mío!

Y la pareja, en confuso lazo, cayó sobre el silloncito bípedo, demasiado grande para una persona y exiguo para dos . . .

Huyó la gata bruna y en sus enormes ojos, de mar fosforescente, se retrató la envidia. . .

## El Sueño de una Noche Romántica

---

LA revelación súbita de esta alma divina me tiene maravillado. Es una sensitiva exquisita, nacida por no sé qué absurdos, bajo los cielos impuros de la Tierra. ¿Acaso mis ojos serán dignos de reflejarse en los suyos y mi alma de embriagarse en el tesoro inmenso de sus piedades infinitas? Oh! Yo bien comprendo cuán tristemente humano soy para ser dueño de las cumbres inaccesibles de su corazón.

Dulce, tierno, profundamente bueno surge el fantasma de esta mujer. Si su alma no se hubiera despertado al grito de mi desgracia, vertiendo en mi suplicio la inmensa consolación de su ternura, mis noches sombrías y mis noches dolientes, serían hoy pasto del Dolor y mis carnes estarían desgarradas por las dentelladas de la Desesperación. Pero esta maga aparición, que ignoro donde se halla, que no sé cómo se llama ni dónde reside, me ha prestado fuerzas para resistir y anhelos para amar la Vida. Porque en el delirio de mi pena, había estibado ya una barca misteriosa para perderme en los ignotos mares de la Nada. Y Ella, al tenderme sus brazos y ofrecerme su alma,

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

parece que me ha dicho:—«Ten ánimo. Confía en la Esperanza».

El otro día que miraba a la luna pensé, pero no supe como decirla, que se acordara del solitario triste. Y es que en la soledad que me rodea, la única visita que tengo es la de la eterna viajera, que en su errancia interminable no deja de acercarse calladamente hasta mi celda en las noches blancas. En su rodar por los cielos azules, nunca he podido mirar a la luna impunemente: el latigazo innumerable de las emociones me sacude y el tropel de los ensueños empieza a cabalgar sobre los corceles del recuerdo. Y me quedo horas y horas mirándola y soñando en la incógnita virgen. Más tarde, cuando la realidad torna cuerda mi locura, me he dicho: Cuando la vea, le contaré mis delirios y le diré cuánto la amo. Oh! tu, mujer, que nunca he visto, amada ignota, virgen que acaso no existes, he soñado que una noche enferma de blancura, nuestros corazones se contaban sus más recónditos secretos... que tu rubia cabeza se inclinaba sobre mi hombro, mientras bajo mi mano tu corazón moría... que tus ojos iluminados de amor me miraban embriagándome... y que tus manos deshojaban una rosa que te juraba la pasión que mis labios callaban... que un instante la luna se escondió tras una nube y que mi boca se posó dulcemente sobre tus pupilas.....

Pero ahora creo que nunca podré decirla lo que he soñado.....

# ARTURO BORJA

---

Fue como un cisne blanco,  
(Fue como una  
Aparición nostálgica y alada  
entrevista ilusión de la fortuna....

*Arturo Borja.*

VAMOS a cantar un responso sobre una tumba perennemente humedecida por la herida honda que dejó la fuga de ese peregrino fugaz de la vida, ese Arturo Borja que jamás entrará en el olvido.... Harto le ha seguido mi pasión a este poeta atormentado, que un día abrió «el manto imperial de su tristeza» para contra su pecho cobijar extrangulando a la tiniebla. —¿Habrà encontrado la Luz en la incognoscida ribera? Quién sabe. Por lo menos, ya dormirá tranquilo este niño exquisito, a quien se ha mediocratizado llamándole poeta. Porque en el corazón de Arturo Borja se agitaban múltiples alas y sus visiones iban más allá de la humana retina, porque tuvo demasiado talento para claudicar y someterse a la

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

clepsidra de la vida, su imagen emerge en una claridad más luminosa y más azul que la de cualquier otro poeta.

Pero desgraciadamente no existe la palabra que distinga la superioridad de esta alma curiosa. Y tendremos que decirle poeta. Y poeta fue en su obra doliente, «colmada de exquisitos males», de sonrisas que apuntan lágrimas y de melancolías que esconden desgarraduras profundas. Y poeta fue en la leve curva de su vida vertiginosa e instantánea, pero que columbró todas las madureces. (Sólo mediante paradojas podré hablar de Arturo Borja). Y poeta fue en su muerte magnífica, devastada en plenitud, como un jardín lunado, delirante de flores. Los griegos decían que era necesario saber morir... que una muerte bella vale por toda una vida. El desesperado adolescente que cinceló «*Vas Lacrimae*» cuando nació, traía ya una privilegiada sabiduría para vivir, para cantar, para morir...

Todo lo hizo en belleza. Ante sus ojos precoces e interrogantes se presentó el espectáculo del mundo como un enigma grotesco, indescifrable y pródigo en espigas que le hacían llorar balbuceando risas. Comprendió la inutilidad de todas las cosas y la vanidad de la vida y por eso la gracia azul de su sendero se pobló de cipreses taciturnos. Y ese esfuerzo por desentrañar el misterio acaso llevó a su corazón un sexto sentido que le elevó sobre la cotidiana comprensión de la humana comedia.

En la sinceridad armoniosa de sus poemas irradiaba la fría estrella del desencanto, en su obra se escucha una melodía que se alarga sollozante, que resbala sobre sus amarguras y sutiliza el desengaño de las ilusiones de su juventud dorada, anticipadamente madura.

Oh! espíritu delicado, sutil, frágil y musical! Me conmueve la belleza de su melancolía, la aristocracia de su verso, la fina distinción de su arte. Todos los poemas de Arturo Borja son de una elegancia suprema. Iban sus versos como por un camino de rosas. Iban las líneas a través de ciuceles. Iba su vida por el destino de los predestinados. E iba su alma por la senda de los que llevan una estrella en la frente. Su dolor jamás se torna llorón o sensiblero, su alegría jamás se rompe en la mueca de una loca risa de la que estuviera ausente el dejo de su tedio. Jamás tampoco clamó contra la vida: sonreía o lloraba, pero nunca blasfemó. Oh! espíritu leve, elegante, delicado, sutil, frágil y musical!

\* \* \*

¿Cómo queréis que una alma que era una llama consumiéndose, que era un lirio destruyéndose en perfumes, no se extinga al tramontar su «rojo crepúsculo de pena?» A los veinte años — ¡divino destino! — derramada, comprendida, llorada y reída la vida, hechos sueño y canción sus dolores, rota la "copa sacra" de su corazón, el poeta se perdía por el camino de sus quimeras....

## Sueños de poeta

---

EL poeta Rodolfo había acabado de leer por centésima vez aquella novela delicada, llena de mimos y sentimentalismos femeninos, que Pierre Loti la llamó «Las Desencantadas».

Y Rodolfo murmura:

—¡Ah! ¿Te figuras... Alcanzas a figurarte la divina sensación que debe uno sentir al saberse amado por las mujeres al través de los propios libros? ¡Cómo he envidiado a ese Andrés Lery que supo encender la más frenética pasión, la locura más loca de amor en las bellas damas de Estambul, en las lindas incognoscidas tras el misterio encubridor del *charchaf*... Yo he tejido el más romántico de los cuentos, un cuento suntuoso y azul, a lo largo de esas páginas sublimes de Loti. La mosca invisible del ensueño ha hilado la más primorosa de sus redes dentro de mi alma para procurarme el goce más delicioso de las ensueñaciones....

—¿Y cuál es el cuento? —interrogué a mi poeta.

—Lo escribiré más tarde. ¿Quieres que te diga el argumento? ¡Oyelo! No es más que un cuento. ¡Si fuera verdad! Mi vida entera ofrendaría a la dulce mujer que se llenara de mi pensamiento, que viviera anhelándome, que su linda cabecita de muñeca me amara a través de mis libros y me deseara a través de sus quimeras. . . . Pero yo me he forjado un cuento, he construído un castillo en el aire, para indemnizarme del mal de soñar . . .

—Te escucho.

—Había yo por entonces empezado a publicar mis primeras crónicas y mis primeros versos. . . . Una tarde, la desconocida o tal vez la deseada inexistente, encontró unos artículos míos. Los leyó. . . . Y luego, me buscó por todas partes, buscó mi mirada en el corazón de mis libros y buscó mi amor que sentía palpitar en las entrañas de mis versos. Pero no me hallaba y me seguía amando, amando. . . .

—Es decir que actualmente te adora y que tú eres el poderoso dueño de una esclava sumisa, de una amante ideal, de una virgen loca. . .

Rodolfo, el poeta, no contestó a mi pequeña ironía, parecía no oírla y continuó lleno de una insólita ansiedad:

—Cuando publico un libro siento en mis ojos el milagro de su mirada, que con la más desesperada avidez, desea entrar en posesión de mi espíritu, medir el palpar de mi alma. . . . como si se hallara atacada del presentimiento de que en medio de sus páginas va a

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

encontrarse con mis ojos, requiriéndola, deseándola, llamándola . . .

—¿Y Ella quién es? . . . Y no haces en alguien realidad de este fantasma?

—No! A Ella, a la Inexistente, la adivino. Me la he forjado. Es grácil, de un cuerpo espiritualizado por el ensueño, de una alma fina y divina que entristece su vida, porque no halla sosiego ni placer en la monotonía ininterrumpida de las horas actuales. Y sufre mucho. Y vive sola en su alma, cuya vida irradia a sus ojos verdes, de un verde indefinido, como hecho de ópalo y olas, de ese fulgor, de ese extraño color, que en vano buscó a lo largo de una peregrinación apasionada ese otro amigo mío, el señor de Phocas. . . .

—Búscala! Quizás la encuentres.

—Para qué? Es más fácil que ella llegue hasta mí que yo ir hasta su amor. ¿Esperaré que me escriba?

—Ah! Ese es otro cuento. Yo también lo he forjado. . . . Recibir un día cualquiera un billetito perfumado y delicado como un pétalo, sobre el que una mano blanca haya escrito las palabras más vibrantes de amor, luego releídas por los ojos más lindos. . . .

—Sí. . . . Con qué incomprensible avidez espero cada día la llegada del amado sobre humedecido por el beso más tembloroso y ligero. Pero no llega; tarda mucho. Tal vez no llegue jamás. . . .

—Las Djennauas son muy pocas, querido poeta, concluí desesperauzándole.

## Edmond Rostand

---

HABRIAN faltado a su amable obligación de fijadores de un instante de vida, habrían pecado gravemente a su deber de plasmadores de las horas que fugan, los cronistas que en los últimos veinte años no hubieran escanciado la cornucopia de sus elogios bajo el trono culminante de Edmond Rostand. Y ello no podía ser. Los cronistas modernos son historiadores *au jour le jour*, que esconden en la frágil gracia de una columna llena de la intensa palpitación de las cosas y los hombres del momento, los anales para el futuro escritor meditabundo. Los Renan de mañana comprenderán la exquisita psicología de este siglo en los Gómez—Carrillo actuales. Los Taine del futuro encontrarán su orientación filosófica y el hilo para analizar nuestro espíritu en el delicioso bazar de flores, sonrisas, trapos, hom-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

bres, teatros y nervios que es un libro de Ventura García Calderón. Por eso, al penetrar con los ojos ávidos a uno de estos bazares, lo primero que descubre nuestra mirada es la silueta elegante del gran poeta francés. Todos los cronistas han reservado el rincón más memorable, colmado de encantadoras alegorías, de perfumes dulces y de muelles sonidos para colocar al elegido. Y olvidemos las revistas y los periódicos que arrojaban a millares los retratos del poeta, vestido así, paseando así, gesticulando de este modo, de brazo de su esposa, acariciando a su hijo, jugando, conversando, bailando. Olvidemos las anécdotas, las declaraciones, las frases, las paradojas, lo que hacía y respiraba a toda hora, siempre al alcance del ojo de un kodak furtivo o del oído indiscreto de un periodista, que al otro día alcanzaba el gran honor de brindar todo ello como el más rico manjar a la insatisfecha curiosidad del público parisiense, luego francés y en seguida universal. No acabaríamos nunca, porque una gloria de veinte años no es dable reducir a las proporciones de un artículo fugaz. ¡La gloria de Rostand! En pocos días—exclamaba M. de Vogüe admirado y con una hipérbole fantástica por su ausencia de ironía en una alma de parisién—en pocos días llegáis a ser rey de la escena, emperador, mesías, poeta nacional y luego poeta universal. M. de Vogüe no mentía, como no han mentido todos los *chroniqueurs* que exaltaban su talento, que

envidiaban sus victorias, que contaban sus millones, que exageraban su felicidad, que cantaban a su linda mujer. Oh! qué suerte la de Monsieur Rostand! El pobre Rubén Darío, enterado de las intimidades amables que rodeaban al poeta, se lamentaba: «Sus muchas docenas de admirables camisas son las camisas del hombre feliz». Y luego escribía varias páginas nutridas revelando el sufragio de dones que había derramado la dicha sobre la melena del creador de «Chantecler». Era Rostand el tipo del hombre feliz. Millonario pero con talento, poeta pero con automóvil, célebre pero sin divorciarse, había nacido seguramente de pie..

La crítica le consagraba, los Brisson de la prensa de los continentes cazaban los adjetivos de más armonía para ocuparse de «Francia, la cuna de Corneille, de Víctor Hugo y Rostand». Y hasta era bello y cuando la humanidad aún no levantaba efigies a sus Hindenburgs' sangrientos, una hermosa estatua de cera, vociferaba la grandeza de Rostand desde el Museo Grevin. Indudablemente existían motivos graves para envidiarle y pocas esperanzas para desbaratar tanto derroche de felicidad sobre un solo hombre. El único consuelo que podía quedar a los tristes poetas sin camisas admirables, sin automóvil, sin esposa bonita y amante, sin sillón en la Academia y otras cosas no menos brujas que encantan la vida era, por cierto, un consuelo menguado. Todos somos tierra y en el fondo de la tumba todo concluye.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Acaso esto pensaba Darío cuando en el anhelo de indemnizarse del mal que nos hace el júbilo de los demás, exclamaba: «Que aproveche de su vida, bella comedia; mientras, como para todo el mundo, llega la mano invisible que baja el telón».

Y esa mano invisible ha llegado ya. Sus dedos descarnados y huesosos se han extendido para apoderarse de un poeta que talvez nunca llamó a la Muerte, a semejanza de los tristes devorados por el «mal del siglo» y por el «mal de vivir». Pero ella, irrespetuosa de la felicidad, desconocedora del talento, ha hundido con la misma inpiidad al cantor del «Cyrano» como si fuera un anónimo vagabunbo roído por profundas penas. . . .

\*  
\* \* \*

Edmond Rostand inició su carrera triunfal en el teatro con «Les Romanesques», comedia en cuatro actos y en verso. Cabalmente hace pocos días leía esta obra del Rostand de los veinte años. *Les romanesques* son dos muchachos llenos de ensueños, rebosantes de novelería, que intentan vivir su vida conforme a los idilios de las novelas de amor. Su espejo es Julieta y Romeo, Abelardo y Eloisa, Francesca y Paolo y todos los célebres amantes que vivieron amando y murieron de amor. Ignoro la explicación que hayan dado

al simbolismo de esta obra los críticos de allende. Pero «Les Romanesques» me ha parecido una destrucción en poesía de la poesía de la quimera y del ensueño. Bajo la música de los versos palpita la ironía sangrienta y el estilete demolidor de la sátira queda vibrando al final de cada acto. ¡Mueran los romanticismos candorosos! es el grito que aflora a los labios al terminar «Les Romanesques». En efecto, ya se extinguieron para siempre, asesinadas por la cruenta realidad, las escenas de pasión que antaño idealizaran los poetas romancescos y que la juventud recogiera como locuras probables de vivir. En vano dos almas enamoradas como en «Les Romanesques», perseverarán en su deliquio anhelando resucitar un «claro de luna», en que al tañido de la mandolina de él, surga ella, blanca cual un nardo nocturno, al balcón florido. En vano, él aguardará la rubia cabellera como una escala de milagro para subir hasta los labios amados. Los moldes de la vida son distintos y los sentimientos han variado por completo. Y ser un *romanesque* no es más que eso: un novelero cándido. Porque resulta demasiado pueril soñar en ser un Romeo y aspirar al amor de una Julieta en una época en que el refinamiento ha creado las más extrañas y amables teorías sobre el amor. Fueron irreales visiones con que se divirtió una juventud inocente, como actualmente se divierte un chauffeur con la lectura de un folletín de Raffles, mientras sueña en trans-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

formarse en elegante gentil hombre, ladrón por sport y desfacedor de entuertos y violadas purezas como Nuestro Señor Don Quijote....

Ampliad esta burla, haced extensiva esta ironía de «Los Noveleros» y tendréis el simbolismo de la obra de Rostand. Es necesario reír de todos los romanticismos. Reír de los que aspiran a ser Romeos, a ser Platones y sueñan en su República. Reír de los que quieren vivir libros viejos y sueñan las lindas aventuras de un Rolando de Bretaña. Reír de las que deliran en raptos fantásticos, con estrépito de hojas toledanas, fulgor de ropas de oro, bajo la caricia lunar, desmayándose sobre los brazos amados, a los cuales no puede ir de otro modo, por ser tal la voluntad de su padre, un Capuleto cualquiera ...

....«Les Romanesques», fue un triunfo. Tenía Rostand veinte años y vislumbró la gloria. Luego siguieron las otras obras: «La Samaritaine», «Princesse Containe». Mas tarde, el famoso «Cyrano de Bergerac» y después «El Chantecler». ¿Todavía os acordáis de la propaganda de esta comedia? Es algo de leyenda: Rostand dice que va a dar su última obra. Los periódicos anuncian. Gran revuelo. Gran espectación. Y los comentarios perseveran muchos meses, durante los cuales el autor es la cumbre avizorada por el mundo entero. Cuando empieza a decaer la curiosidad, un periódico publica varios fragmentos del «Chantecler». Inmenso escándalo. El periód-

dico es sumariado. Sigue la intriga, el *bluff* y sigue la propaganda y sigue la gloria de Rostand abriéndose más camino. Al fin, cuando ya nadie se acordaba de la obra—a los dos o tres años—vuelven a anunciarla de nuevo. Esta vez definitivamente. Y el «Chantecler» fue puesto en escena con el costo de medio millón de francos y dejando atrás toda una huella luminosa de leyenda dorada. ¿El éxito? Oh! el éxito! No tuvo para Rostand nombre de mujer, pues se colgó de su brazo con una fidelidad insospechable. Pero en el canto unánime de los cisnes, que extendían los cuellos para elogiar al poeta creador del gallo, no faltó, desde luego, la nota de algunos gansos.

Y desde entonces, desde su primera obra hasta la última, el éxito le rindió vasallaje y la gloria cubrió su cabellera con la corona heráldica del mirto y el laurel, blasones admirables de una aristocracia que no se compra ni se vende. No se divorció nunca con ellos, como tampoco con su esposa, detalle verdaderamente raro, increíble y extraño en un dramaturgo victorioso de París, según aseguran los más probos, honrados y honorables cronistas de Lutecia ...

## Su corbata y Yo

---

VENIA a verme cotidianamente. Ya casi huía su presencia, pues su conversación desgranada con voz monótona y lenta daba vueltas y más vueltas sobre un mismo tema: la literatura. Aún no bien entraba solía preguntarme:—«Fíjese en este artículo. Le parecen buenas las citas?». O bien: «Anoche escribí esto. Hágame el favor de corregir».

A veces, cuando me sorprendía reposando la comida en un amplio sillón que heredé de mi abuelo, leía lo que aquel joven abandonaba a mi talento. Otras veces, una disculpa banal, me libraba del ya conocido:—«Oh! esto es admirable!»

Un buen día aquel joven de ojos lánguidos no vino. Me causó extrañeza y hasta sentí pena. —Luego me repetí «Oh! Esto es admirable» y me puse a trabajar tranquilamente.

Pasarían dos meses. Una noche vinieron a verme los ojos lánguidos, pero tenían un brillo menos amortiguado. Charlamos un rato y el joven, de improviso, principió a gesticular. Me decía:

—¿Ha visto usted mi último poema? Lo publiqué con seudónimo. Ahora preparo un libro árduo que lo titularé: «Génesis de la tristeza de la carne».

—Perfectamente. Y aquella novela que tenía empezada?

—La rompí. Era una ridiculez sin pies ni cabeza. Figúrese que la escribí hace tres meses.

—Le parece mucho tiempo?

—No sabría decirle. Pero, a propósito: leí su último libro. ¿Qué ha pasado por usted? Ya no me gusta su estilo. Está dislocado y flébil.

No pude resistirme. Le alcé a ver. Y me expliqué todo: una enorme corbata de artista colgaba de su cuello...

## La suprema tiranía de la Moda

---

LA Moda es una tirana omnipotente exenta de piedad y esquivada a dar cuartel. Si queréis vivir siempre conforme a sus últimos edictos y a sus cánones rigoristas, debéis resolveros a esclavizar vuestra vida a un solo empeño: vivir a la Moda. Porque nada hay más difícil que hallarse perennemente a la *derniere*: es una existencia de ocupaciones constantes y de preocupaciones terribles. Es necesario cuidar desde el cabello hasta los pies con exquisita minuciosidad, sin olvidar jamás ni un detalle ni un matiz. Una «mujer a la moda» no puede hacer otra cosa que officiar de la noche a la mañana en el templo de su tocador y en la iglesia del arte suntuuario. Cada uña requiere innumerables procedimientos de arreglo, cada vello urge que no se le olvide... Calculad, pues, el tiempo que necesita una bella para ser

elegante. El peinado por sí solo requiere tan vastas manipulaciones y tan hondos estudios cual la construcción de un alcázar o la creación de un poema. Y en verdad, no son otra cosa que lindos versos los bellos peinados. ¡El poema de las cabelleras! Lucrecia Borgia, la mujer más elegante de su época, necesitaba de varios días para lavar la mata preciosa de su pelo. En los interminables viajes a través de Italia, la caravana inmensa de Lucrecia tenía frecuentemente que detenerse por varios días en medio de las campiñas desoladas. ¿Qué sucedía? Lucrecia había decidido limpiar su inda cabellera....

La moda ha sido en todos los siglos la misma déspota. Emperadora sin entrañas, ha inventado los vestidos más exóticos, los detalles más extravagantes, las costumbres más raras en uno como delirio cruel de martirizar a sus víctimas indefensas e inermes. Y ellas ni siquiera pueden revelarse contra tan horrendas imposiciones ni protestar contra el dudoso gusto de ciertas invenciones. La moda es.... la moda. Está dicho todo. Que este traje es feo, bueno; que este detalle es horrible, bueno: la moda lo manda así.

Hace poco surgió en París la moda femenil de las medias color de piel. Las mujeres llevaban cubierta sus piernas ágiles y lindas con frágiles mallas de seda.... que fingían inexistencia. Exacto. El color era tan semejante a la carne y la seda tan fina y transpa-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

rente que podía jurarse que las piernas iban desnudas. Pero como en cuestión modas, los gustos tienen la aspiración de llegar a su más alta manifestación, o lo que es igual, extralimitan el detalle, de la media color de piel se ha pasado a la ausencia total de ellas. Sí, bellas señoras, en Europa las lindas mujeres ya no usan esas divinas cárceles de seda que tan preciosamente moldean vuestras pantorrillas, prestando no se qué misterioso encanto a la carne que se trasparenta a través de esa funda bruñida de tela fina. . . . Las mujeres lucen ahora por los bulevares sus lindas piernas. Nada las cubre ni las comunica misterio. Y como consecuencia de esta moda, los trajes han tenido también que cortar sus dimensiones compatibles con el deseo de enseñar las pantorrillas. La gran tirana manda hoy que las mujeres lleven sus vestidos sobre la rodilla para que de ese modo la bella desnudez de las piernas pueda lucirse a la contemplación extática de los adoradores del divino arte escultórico que aman locamente la suprema perfección de formas de la Venus manca y más todavía de las que tienen brazos y palpitan de vida y de deseos. . . .

Un periódico local reprodujo en su edición de ayer una crónica de Juan Yankee en la que habla con frases aceradas de ironía de la nueva moda. Yo no veo el motivo de burla en que las mujeres lleven las piernas desnudas. Además, si fuéramos a reirnos de esta moda,

lógicamente tendríamos que hacerlo de tantas otras. Porque la moda nunca detiene su análisis para averiguar si a los profanos les parecerá sus invenciones buenas o malas, feas o bellas. La moda para los doctos maestros en arte suntuario, es siempre bella. Y la moda .. es la Moda. Y no porque se builen unos cuantos ignorantes, las encantadoras caprichosas van a sacrificar su anhelo de hallarse siempre según los últimos mandatos en cuanto a vestidos. Y se vestirán—mejor dicho—no se vestirán con medias . . . .

Pero hay una tendencia acentuada a hermanar las indumentarias: los hombres buscan puntos de contacto con el vestido de las mujeres y viceversa. De allí proviene la extravagancia de ropas como la falda-pantalón o los pantalones acampanados que fingen faldas . . . Por eso, no es de admirar que los hombres sigan frecuentemente las modas masculinas, y mucho más cuando se trata de fáciles detalles como es la ausencia de medias. Sí, hermosas damas, no sólo las mujeres llevarán en adelante sus lindas piernas al viento, también los Vulcanos velludos se han propuesto imitar ahora a la «hermana mujer» que no lo es. . . .

Acabo de ver en una revista a varios Petronios redivivos lanzando la nueva moda. Se trata, nada menos, que del Vizconde André de Fouquieres, uno de los más elegantes boulevardiers parisienses, quien aparece en el fotografiado vestido de gran parada. Bajando de los

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

pies a la cabeza, lleva impecable sombrero de seda, la proverbial chistera con los fulgores clásicos, preciosa corbata y gran leva imperial, guantes, bastón y luego—¡admiraos!—un elegante calzón—pues ya no es pantalón—un elegante calzón de fantasía que termina precisamente sobre la rodilla. Sigue—naturalmente—la pierna desnuda y termina este conjunto armonioso en un par de finísimos zapatos de charol....

¿Qué os parece? Y como el delicioso cronista Fouquieris otros elegantes han tenido a bien seguir esta última exigencia de la Gran Tirana. Sagcha Guitry, el chispeante caricaturista Sem, tantos, tantos, se pasean a estas horas por los bulevares con las piernas completamente desnudas. Pero ignoro si los hombres seguirán a las mujeres—siempre las hemos seguido—en los detalles de enhalajar los tobillos con ajorcas, relojes de talones (cual los de pulsera) o cadenas de cascabeles que perlen melodías al andar rítmico de las bellas....

Las mujeres siempre han tenido loca pasión por los adornos. Hay algunas que han resucitado el tatuaje para cubrir sus peronés y sus tibias, las hay que se pintan paisajes y amorcillos, las hay que acaso dibujan sobre el blanco muslo—un poco más arriba o un poco más abajo, poca es la diferencia—el retrato del enamorado o del novio. Las piernas, gracias a esta circunstancia, se han convertido en la parte más interesante del cuerpo humano. Pero

el pudor, en cambio, sale perdiendo con la nueva moda, pues las mujeres han procurado siempre comunicar un nuevo misterio a su maravillosa desnudez llevando las piernas ocultas en largas medias. Parece que en ellas residiera todo su pudor, como en las turcas lo está en el rostro, que cubren graciosamente con el *charchaf*. Ay! del hombre que viera sus lindas caras! En Occidente, por el contrario, podemos exclamar: Ay! del hombre que mirara las pantorrillas! Resulta, pues, de todo esto que las mujeres que han acostumbrado vestirse de desnudas, con excepción de las medias, de hoy en adelante se vestirán íntegramente con el bellísimo traje de nuestra primera madre, la señora Eva de Adán....

He aquí la gran moda, la gran tiranía que subyuga actualmente a todas las Forzanes y las Sorel, a todos los Fouquiers y Montesquieu de Fezanzac de la soberbia Capital de la Moda, Lesbos y Cisteres: París!

## Un poeta político

---

**S**OLO nos había sugestionado hasta ahora el supremo poeta. El Valencia que nos enloquece con el ritmo transparente y brujo de su verso tallado en pórfidos y mármoles. Amábamos al Valencia que nos tocó en los más recónditos nervios del espíritu con la música selecta e imponderable de su corazón. Admirábamos la inquietante prodigalidad de sus ideas colmadas de una tenue melancolía y de una leve amargura que afiaba aún más el suelto contorno altamente aristocrático y elegante de su arte. Pero no conocíamos al Valencia político, al Valencia orador, al Valencia pastor de multitudes....

Y la verdad es que en el recinto de su cerebro, «asilo de todos los libros» se fusionan los más privilegiados dones. Valencia no tiene *turris ebúrnea* como otros rui señores. Canta unas veces y otras se da todo entero al im-

perio de sus ideas, libre de ambiciones y de pasiones personales. Para él no quiere honores ni anhela los triunfos de los políticos mediocres. «De los altos puestos—ha dicho desdenuado y con cruel amargura—de los altos puestos sale el hombre convertido en bagazo y la reputación enferma de lepra».

Le atrae la política porque se considera útil. Y acaso tiene la candorosa gracia y el vigilante ahinco que en la creación de sus obras maravillosas. Tal vez no sea un admirable político porque tiene demasiado talento para tan limitada esfera de acción. Y sería peligroso que sus ensueños patrióticos los dejara vagar por la ruta de las visiones que sus ojos magos cristalizan en formas divinas. Ah! si Valencia consiguiera hacer de Colombia un verso de su lira! . . .

¿Habría sido Platón un buen Jefe de República? Quién sabe, pues que el romanticismo de sus ideas alucinadas se cernía sobre la realidad de la vida para creer en la eficacia de una acción tan bellamente soñada. Y Valencia si no es un gran político, será por su excesiva superioridad a la grandeza monótona y sin perspectivas que requiere la «ciencia de conducir naciones». Ciencia práctica, sin especulaciones ideales ni de alto vuelo, ciencia para los Maquiavelos y para los Talleyrands, mas no para la dignidad de un poeta, incapaz de las

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

intrigas de recámara y del constante fastidio de las altas «cuestiones administrativas»....

Empero, Guillermo Valencia es un político y es un orador. Es político por tradición, por temperamento, por ideas. Jamás puede someterse a que se insulten o se calumnien sus principios. Surge su *yo*, e instintivamente salta a la lucha, con el dolor en el brazo que hiere, pues es generalmente el hermano el adversario contra quien va a disparar. Oíd lo que ha dicho: «Apenas habrá habido obra mía en que no haya tenido el pensamiento de servir mis ideas. Y si un día, en hora mala, nos volviesen a retar a campos de hierro, allá iría de guerrillero».

Decid si no tiene derecho de ser político quien tiene tan fervoroso el culto de su mentalidad dilecta, pletórica de las ideas—fuerzas que llamaba Fomillé.—Decid si no tiene derecho de ser Presidente de la República quien tan apasionadamente siente la vehemencia de hacer de su Patria una democracia alumbrada por la lámpara de sus ideales ardientes....

Alguien que le ha escuchado a Valencia, me decía:

—Es más grande como orador que como poeta.

En mi alma se hizo la duda. Rebase los límites de lo creíble que se supere en la elocuencia el engarzador bizantino de joyas preciosas en «Palemón el Estilista», el esteta sunatunoso y melancólico en «Leyendo a Silva», el

C A R L O S     H.     E N D A R A

pulero cultivador de flores místicas, aromadas de santos perfumes, en «El Caballero de Emaús», el bardo de libres libérrimas rimas en «Anarkos» y tantos otros pentélicos joyeles, vibrantes de inspiración, de gracia, de arte, de música, de reflejos multiformes, cual si en su verso hubieran sido derramadas la luz de las estrellas lejanas, las mieles helenas, el vaivén de los ritmos del mar, el perfume de flores que no conocemos . . . Y sin embargo, Jorge Ulloa dice: «Oírle es escuchar rumores extraños, nunca oídos ni jamás soñados». Será preciso huir del presente y volar hacia el futuro en busca de las preeminencias que forman a este poeta para valorar su vasta figura que culmina sobre el rebaño ambulante de los poetas alfeñicados y sobre las charreteras de los bruscos Generales que son Presidentes, o aspiran a serlo, en «esta América nuestra, que aún cree en Jesucristo y habla en español» . . . .



## La Balada del Amor Imposible

---

**M**I juventud es la enfermedad que más me atormenta. ¡Extraña y cruel dolencia! Pero ¿por qué ante dos ojos verdes, ante dos ojos negros, ante dos ojos hechos de zafiro que tienen resplandores aterciopelados de turquesas, ante dos ojos claros con fosforescencias felinas, ante dos ojos con vibraciones de acero, ante dos ojos espolvoreados de oro; ante un cuerpo suntuoso que es la escala que conduce al cielo de un rostro bello; ante una muñequita nerviosa y elegante, ante una sensitiva que tiene por boca una linda amapola ensangrentada; ante una griseta de pupilas ojerosas y líneas lánguidas, pero de menudo andar y de estirado garbo; por qué, en fin, ante toda mujer bonita que enseña al reir la blanca pincelada de nieve

de sus dientes, mi alma ha de sentir un deseo indefinido y confuso, un vago afán, un amor de amor. . . . mi alma ha de querer abrirse a todas las pasiones y una ansia loca ha de melancolizar sus horas? . . . . ¿Por qué? Ah? Allí está el corazón que con obstinada tenacidad quiere poseer a todas las mujeres que admira y adora un minuto, por la ventana de los ojos, que quiere que todas Ellas sean tuyas, esclavas tuyas, amadas tuyas. . . .

. . . . Y es esta la enfermedad: esta emoción dulce y algo amarga a la vez, deliciosa pero algo dolorosa, que no sé si sea común a la edad de ciertos espíritus, desde luego refinados. Pero, sin embargo, qué distante se halla del amor esta extraña palpitación sentimental que surge siempre furtiva aunque uno se halle soñando bajo el opio dulce y exquisito de un amor hondo y loco . . .

Sí! Porque puede Amor haber encendido sus teas más candentes y enloquecedoras; pero el latir de la sensibilidad es siempre el mismo ante la linda virgencita que sólo deshoja a nuestro paso la flor de su sonrisa o manda hasta nuestro corazón el fulgor de una mirada fugitiva . . . y deja al final el anhelo luctuoso de besar sus labios, nido de caricias, llave de emociones y el perfume de su cuerpo oliente a juventud y a gloria. . . .

Tampoco podría decir—naturalmente—si a toda edad se siente el mismo fervor donjuanesco, el anhelo alucinado de querer que todas

## LA ALCOVA DE LOS EXTASIS

Ellas nos amen. Pero, casi podría asegurar, que quien sufrió la desoladora revelación que dice: Ya empieza a florecer el lirio blanco en tu cabello, el viento de los años empieza ya a rizar tu rostro triste—vuelve a sufrir el mismo sentimiento extraño y turbador que inquietó algunas horas de sus veinte años tentadores, que despertaron a la vida con una avidez de caricias infinitas. . . . Porque sentir que la vida se va, que la juventud loca desapareció hace mucho tiempo. . . . presentir que la muerte empieza a cantar su elegía nocturna y macabra al pie de su alfeizar, es comprender que la mujer murió ya para su corazón y es saber también que el corazón es un mueble inservible, pero que con todo no hay cómo quitarlo del salón del pecho porque desentonaría y porque sería renunciar a otras predilecciones que forman el resto de emociones pueriles de la vida . . .

. . . . Pero yo que tengo veinte años, vibrantes de juventud, locos de amor, siento ahora la cruel dolencia, el afán imposible de querer que todas las mujeres correspondan a la dulce mirada que les dirijo cuando, incognoscido, paso junto a Ellas. Oh! triste enfermedad del despertar de la vida, del alma que se abre igual que la eclosión de una crisálida! . . . .

¡Mi vida! En estos días, cuántos imposibles he amado, cuántas imágenes fugitivas, cuántas cabelleras amasadas con el abenuz de la noche, cuántos ojos divinos, han formado el delirio de mis ensueños. . . .

Pero no con sueños ni con ensueños se es feliz. Y qué fuera de nosotros si del rutilante brillo de las miradas, de las flores enormes suspendidas en los corpiños de las Inaccesibles, de las sonrisas endiabladas y diabólicas de todas las mujeres, no hiciéramos un marco divino para en él poner a la propia amada, a la de carne y hueso, a la tangible, a la posible, a la que nos hace gozar, a la que nos hace sufrir y en todo caso vivir....

Ah!.... Si yo fuera poeta! Del decorado de estas líneas románticas haría florecer un soneto ...

## Francisco Andrade Marín

---

LA muerte nó tiene lugar sino en el corazón de los vivos, porque quien muere no ve la muerte ni la comprende. Es necesario vivir para sentir infinitamente toda la angustia del vacío, todo el horror de la nada. Cada hermano que desaparece, cada amigo que se va, es una tumba que se abre en el alma y una cruz que se eleva sobre nuestro pensamiento doliente. . . . .

Y hoy, en este cementerio triste del alma, donde reina la suprema desolación y las miradas se abaten llorosas frente a los jirones de recuerdos y las amadas memorias que colman el pasado, acaba de abrirse con crueldad inmisericorde una nueva sepultura. Mi amigo más íntimo, el espíritu más fraterno, el hermano más querido acaba de morir.

¡Acaba de morir! Con cuánta facilidad se reúnen estas palabras que ocultan el dolor que no se calcula, no se supone ni se mide y la desesperación que enloquece y se agita en tanto pasan los minutos y viene la lucidez del desastre irremediable. Francisco Andrade Marín ha muerto! . . . Ah! Qué bueno y qué dulce y qué consolador es llorar . . . llorar con ímpetu, con frenesí, con delirio, con locura, hasta que los ojos se causeñ y el alma se fatigue . . . llorar para que el corazón no estalle de amargura . . . llorar hasta que la fuente de lágrimas se agote y del mismo dolor nazca ese reposo denso que nos hunde en el aleve olvido de la inconsciencia . . .

La vida es una llama tan frágil que se apaga a los soplos más leves. Y el Infalible Balanzario no tiene derecho a extinguir las vidas que están en floración cual primaveras pródigas. La vida es de la juventud. Los hombres de veinte años se pertenecen al Futuro y a su Destino. Por eso, no comprendo la horrible paradoja de una vida arraucada cuando empieza a enguirnardar el porvenir de flores y de aromas y a forjar su destino en el crisol de la voluntad y en la realización de esperanzas amadas . . .

Y este amigo inseparable, este compañero de horas oscuras, que unía siempre su cabeza a la mía para ayudarme a llorar mis eternida-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

des dolorosas, que enlazaba perennemente su sendero con el triste sendero de mi vida, acaba de extinguirse así, lleno de juventud y cuando la vida le cantaba como un celeste pájaro dentro del corazón. Lindas auroras, mirajes de encanto, ensueños de rosa, distinguía en las perspectivas del porvenir y su alma insinuaba breves sonrisas cuando ha llegado la Segadora ciega e inmisericordiosa....

Francisco Andrade Marín V., muere en plena juventud. La crisálida se ha apagado antes de la eclosión reveladora. ¿Comprendéis este horror? Es un misterio que se aleja y el enigma irresoluto que se extingue.... porque nunca podemos suponer lo que podía sellar esta alma tan lúcida y tan diáfana: Toda juventud que muere es una esfinge que se lleva su secreto. Y Andrade Marín era un espíritu altamente inteligente, nacido para dar vida a obras de maravillosa belleza y de hondo pensamiento. Pero la Intrusa se adelantó a sus sueños y hoy enseñoorea su desolación en la más recóndita profundidad de nuestros seres .....

No he conocido cerebro más claro que el de este muchacho admirable. Pequeña muestra de su talento es un centenar de artículos que quedan regados en revistas y periódicos. Era un espíritu demoledor que había arrasado con todos los prejuicios; pero sufría inten-

samente la inutilidad de las ideas amadas y de las convicciones más hondas. Y si el sentimiento las atacaba, nada quedaba en pie. Una exquisita sonrisa a floraba a sus labios frente al espectáculo del mundo. Todas las cosas hacían burbujear una ironía en sus palabras. Y esto, no obstante, sufría por todo y se amargaba de todo. Se burlaba del amor y fue una víctima de nuestra enemiga, la mujer. Y es que poseía, como nadie, la exquisita facultad de amar y el dón de sufrir. Ser inteligente, dice Barbusse, es saber explicar su corazón con palabras. Y Andrade Marín pertenecía a esa estirpe real de los hombres que penetran en su propia alma con desusada fuerza. Se torturaba despiadadamente con la introspección y el análisis, hasta hacer «palabras de su corazón». Y vivía, por lo mismo, en un constante suplicio, destrozando perennemente el alma con el estilete florentino de su pensamiento.

Hoy descansa ya. Pobre amigo mío. Acaso la muerte, con dulce piedad, comprendió toda la amargura que en él despertaba la vida y le ha abierto el camino que conduce a la paz perfecta, a la tranquila felicidad de un *más allá* que talvez sea una vida más pura, aunque incognoscida, inquietante, aunque buena. . . . Y en tanto llegue el minuto de unirnos en lo Ignoto, nosotros lloraremos su partida con desolada ternura.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Mi hermano,—era mi amigo—ha muerto. La noche entenebrece mi vida y el grito doliente de Catulo es el que lanza mi corazón. «Oh! hermano mío, qué desgracia para mí la de haberte perdido. Contigo se disipó toda la dicha que me procuraba tu dulce amistad; contigo toda mi alma está enterrada... ¿No podré ya hablarte ni oír el timbre de tu voz? Oh! tú, que para mí eras más caro que la vida misma! Oh! hermano mío! ¿No podré ya verte más? ¡Al menos me quedará el consuelo de amarte toda mi vida!»

## De la Inmodestia

---

SI se nos exige la sinceridad en todos los actos, en todas las obras de nuestra vida, a nadie debe herir la inmodestia de los espíritus superiores. La modestia es un velo grotesco que cubre la soberbia y oculta la vanidad de los mediocres. Y es también una máscara tras la cual se agazapa la falsía para facilitar las combinaciones del engaño. La modestia sirve únicamente para esconder la propia ineptitud y aparentar una grandeza inexistente.—No vale nada, no valgo nada, responden con una sonrisa de asentimiento los escritores ensoberbecidos que reciben el elogio servil de un amigo. ...

En la sombra de un buscado silencio se refugian las almas que tuvieron el insólito sentido de conocerse a sí mismas y que saben que asomándose a luz su prestigio se desvanecería y su nombre quedaría hecho pedazos en

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

la senda. A cada instante veo encumbrarse a hombres que no han hecho nada y cobrar relieve a estupendas mediocridades, que gozan de renombre, porque heredaron un apellido sonoro. Cuando miro estas glorias falsas, parodio a los economistas de siglo XVI: Dejadles hacer, dejadles actuar. Reside aquí el peligro: los grandes prestigios y los nombres inmotivadamente claros se derrumban al ponerse en evidencia, cuando el genio burlón del destino les presenta una coyuntura de ejercitar sus «grandes facultades» y desarrollar sus «talentos poderosos». Pero hay otros que tal cosa comprenden y entonces, frente al espejo, buscan para su rostro un gesto de seriedad meditativa, y cual momias egipcias, permanecen eternamente silenciosos, como si el talento fuera sinónimo de enigmática mudez. Toman al pie de la letra la frase piadosa: «Al buen callar llaman Sancho». Siempre para ellos es el momento de callar. . . .

Y admiramos, consecuentemente, mucha gente que llamamos modesta porque calla, que calificamos de humilde porque se esquivo. Oh! Farsa! ¿Existe, por ventura, la modestia y la humildad? La vanidad es un sentimiento tan profundamente arraigado en el corazón del hombre, que si aspira el maldito perfume del elogio o acepta el licor fatal del adulo que en copa de oro saben ofrendar las manos serviles, su espíritu se transfigura como por encanto y cuanto es débil se torna audaz y cuanto es

cuerdo se vuelve loco... El vértigo de las cumbres es una borrachera divina que sacude a todos los hombres con iguales espasmos, arrojándoles a los más oscuros abismos de la suficiencia, el despotismo y la torpeza!

La modestia a menudo se hace infinitamente repugnante y es cuando el orgullo toma actitudes de humildad. La frase de Sócrates siempre se halla en labios impuros: «Sólo sé que nada sé», exclamó el vanidoso inmortal. Y muchos hombres han tomado esta frase como una doctrina, a la cual aplican su conducta: el orgullo, la vanidad, la codicia, la ambición, todo lo encierran en el fondo del alma putrefacta, que luego doran, adornan y envuelven con los oropeles de la humildad, la modestia, el desprendimiento y otros sentimientos igualmente fantásticos, irreales, fabulosos e inexistentes....

Pero esto no es sinceridad. Si tenemos el alma colmada de preciados tesoros, si nos sentimos poseedores de una inteligencia superior, ¿por qué engañarnos a nosotros mismos?—Valdelomar tenía razón cuando señalaba la regla lógica de la comparación, para penetrar en nuestro propio arcaño. Por comparación medimos nuestras facultades, por comparación, descubrimos el puesto que merecemos, por comparación, sabemos quienes deben estar sobre nosotros y a quienes nosotros debemos dominar. Y seguros, por lo mismo, de lo que valemos, de lo que somos y de lo que podemos

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

ser ¿para qué engañar doblemente a nuestra alma, ocultando el orgullo con la modestia y nuestra convicción con la falacia?....

La inmodestia es sinceridad. La inmodestia es conciencia del propio valer, es la divina certidumbre de la capacidad de nuestros ímpetus. Pero debo decir que nada requiere más talento y un concepto claro de las cosas que la manifestación de la inmodestia y el orgullo. Hay que ser inmodestos, pero cautivantes, hay que ser orgullosos, pero encantadores. Porque si algo hay grotesco es un inmodesto imbécil; porque nada es más repugnante que un orgulloso cretino....

El arte de manejar la inmodestia es complicado y sutil. A cada momento, se corre el grave peligro de caer en la antipatía circundante y, lo que es peor todavía, en el más terrible y escandaloso de los ridículos. ¡El ridículo! Yo os diría que temáis al ridículo más que a la muerte. Y os diría también que junto a la inmodestia de vuestro escudo grabéis en los cuarteles de vuestros blasones la frase de aquel inglés puritano, que aconsejaba a su heredero sea el tipo de la corrección británica. Lord Chesterfield le decía a su hijo: «Soporta todo, menos el ridículo. Cuando te hagan quedar en ridículo, mata» Sin embargo, no todos poseen este dón exquisito y junto a su vanidad llevan aparejada la sonrisa frenética con que el mundo recibe sus gestos torpes de orgullo y sus muecas estúpidas de vanidad.

C A R L O S      H.      E N D A R A

Es necesario tener la inteligencia del talento y saber descubrir la oportunidad para las poses: D'Annunzio, con ser el "divino", cuántas veces no se ha detenido al borde atroz del ridículo y ha sorteado hábilmente las circunstancias, para salvar su loca inmodestia de la carcajada unánime? Pero lo más frecuente es encontrar hombres d'annunzianos que parecen ciegos a la burla que encuentra sus actitudes y sordos a la mofa que responde a sus gesticulaciones simiescas. Simiescas, sí, porque todo lo hacen por imitación, sus espíritus son copias falsas, sus obras son tristes calcos del fuego con que animaron sus propias esculturas otros artistas. Ninguno parece conocer el armonioso mandato,—que ampliándolo dice: "Mi personalidad es mía en mí, quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal; y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea"....

## Evocación de Gustavo Flaubert

---

EN la revista «La Esfera», que se publica en Madrid, el fecundo escritor Andrés González-Blanco se anticipa a rendir un recuerdo a la memoria de Gustavo Flaubert, con motivo del aniversario de su muerte.

Tal día como hoy, empezaría diciendo el cronista matritense Luis de Oteyza, tan amigo de evocar viejos libros, de comentar frases célebres y recordar gloriosas siluetas — tal día como hoy, en el año de 1880, dejaba el inmortal autor de «Madame Bovary» esta vida de la tierra para hundirse entre las sombras de la vida de la muerte. Mayo florido y perfumado debe haber deshojado sus mejores galas, sus margaritas más primorosas, para engalanar la tumba del egregio escritor . . . .

Siempre es amable y dulce tornar los ojos hacia el pasado para hacer revivir siquiera un

instante la imagen de los Maestros que poblaban de encanto las horas vagas en que nuestra juventud buscaba sus libros, porque anhelaba caminos de emociones que condujeran al santuario divino de la Belleza. . . .

Flaubert es uno de los maestros que no se olvidan. Las páginas que devorara nuestra avidez perdurarán cuanto dure el corazón y mientras palpita un sentimiento de hermosura en el alma. Admirable normando, de anchos hombros y grandes bigotes de mosquetero, que escribiste tan bellos libros, en los que flota el más profundo sentido del arte y la más fuerte doctrina estética. En esta época de vulgaridad ambiente, en que el afán mercantilista se apodera de todo y extiende sus garras rampantes hasta lo más sagrado, sin detenerse ante la inmundicia de lo bello, en esta época de la mesocracia arribista que rinde culto a S. M. la Libra Esterlina y levanta efigies a la mediocridad enriquecida, es bueno y sedante para el ideal, aun no contaminado por las bajezas del aire y aun no pervertido por la influencia de la atmósfera, evocar las figuras puras, grandes y magníficas como las de Gustavo Flaubert. Hoy que se habla del periodismo por el dinero, a semejanza de aquellos falsos artistas, inflados de codicia, que niegan la grandeza del arte por el arte, una honda consolación entra en el espíritu al resucitar las amadas frases que fueron la norma de vida de genios como Flaubert. «Fuera del arte—exclamaba Gustavo con infinita

## LA ALCOVA DE LOS EXTASIS

sinceridad—fuera del arte no hay en el Mundo sino ignorancia». Oh! divinos artífices de la belleza, vuestros credos han sido extirpados de la tierra, porque el arte no produce el oro a borbotones que necesitan para conquistarse los títulos de artistas y señores todo el rebaño de imbéciles Shilocks de nuestro tiempo! . . . Pero felizmente la estirpe privilegiada de los Flaubert tiene todavía herederos. Y sería preferible que desaparezca el mundo antes que consentir que el señor *Parvenu* y el caballero *Snob* se enseñoreen sobre las altas cumbres y reinen absolutamente sobre el universo. . . .

Flaubert fue un artista maravilloso. Palpitaba de horror ante el vulgarismo que le exasperaba tan hondamente cual era la intensidad en cambio con que sentía las manifestaciones bellas del color y del sonido. Obsesionado de la forma, era un trabajador infatigable, pero que apenas alcanzó a dejar cuatro obras, sin contar los volúmenes de su correspondencia. Pulía la frase con un escrúpulo de miniaturista y repujaba su estilo con una constancia de benedictino. Corren mil leyendas sobre la manera de trabajar de Flaubert. Antes de iniciar la labor, acumulaba apuntes, acotaciones y preparaba sus notas como para escribir diez volúmenes. Luego, todo ese acerbo de conocimientos, apenas le servía para escribir una página. ¡Y el tormento del estilo! Era algo diabólico que le poseía, haciéndole desbaratar perpetuamente lo ya hecho. Volvía a reco-

menzar y siempre estaba rompiendo las cuartillas y despedazando los párrafos hasta alcanzar la suprema perfección de las páginas que debían surgir de sus manos cual mármoles preciosos. Cuando daba fin a una cuartilla, la leía en alta voz. «Las frases mal construídas, decía, no resisten esta prueba: oprimen el pecho, dificultan los latidos del corazón y de esta suerte carecen de las condiciones de vida». Fundaba esta creencia en la teoría que existe del acorde entre nuestra persona física y nuestra persona moral. Y así iba creando con inmensa lentitud libros para la posteridad y páginas bellas que son cual metales que resisten la acción disolutiva de ese ácido poderoso que se llama tiempo. Zola nos cuenta que con mucha frecuencia le había oído decir que una página de prosa buena era más difícil de escribir que una página de hermosos versos. No es de extrañar, por lo mismo, que luengos años hayan requerido la confección de sus libros. «La Tentación de San Antonio» le ocuparon 20 años de investigación y de retoque. Pensad en el esfuerzo que requiere la construcción de trescientas páginas, en que el convencimiento de la belleza de una frase viene luego de haberla hecho «pasar por las fauces». Y era este el procedimiento de este divino atormentado que sólo vivió para su arte. Ni las mujeres le robaron el tiempo. El mismo nos dice que al ver una mujer bella e incitante pensaba en su esqueleto. Apenas si logró apasionarle un

## LA ALCOBA DE LOS ÉXTASIS

tanto Luisa Colet, con quien mantuvo relaciones relativamente largas; pero su amor al arte era superior a todos los amores, dándose el primer caso de que sea más fuerte que la muerte, que dice el «Cantar de los Cantares».

Flaubert erró mucho por lejanas tierras. Para reconstruir su «Salambó» estuvo en el Asia. Visitó la Palestina, la Turquía, Grecia y Túnez. En su juventud había viajado con Máximo du Camp por Bretaña. De su errancia por aquellas tierras exóticas provenía su visión de ardiente colorista colmado de luz, de libertad, de perfumes y telas resplandecientes. A veces parece un oriental expatriado. Leed esa maravilla que es el primer capítulo de «Salambó», en que el esplendor del arte llega a una insospechada magnificencia, merced a ese dios todopoderoso que es el estilo del autor de «Madame Bovary», ese estilo que hizo exclamar a Rodó: «Y tu Homero es Gustavo Flaubert»....

En estas líneas sólo quiero rendir un recuerdo al Maestro que tantas emociones debó, que tantas sensaciones me ha hecho sentir, que por largos minutos me ha hecho quedar en éxtasis, con el libro entre las manos, sorprendido ante un golpe de belleza inesperado y sublime. Porque hablar de Flaubert en el molde de estas páginas es casi imposible. ¡Hay tanto que decir de este admirable romántico, pero que supo ser tan fuerte naturalista gracias al poder de penetración que poseyó para llegar hasta el fondo más sombrío de las obser-

vaciones! En sus obras se realiza esta curiosa divergencia de su temperamento en la que talvez haya influido su desequilibrio. Flaubert fue un enfermo, un enfermo como Goncourt, como Huysmanns, como Maupassant, que murió loco. Se dice que era epiléptico; pero otros aseguran que murió de histeria epileptoide, el mismo mal que inquietaba al Emperador Julio César. Su desequilibrio le inducía a cometer rarezas. Era paradójal y los amigos que le trataron aseguran que carecía de sentido común. Le gustaba buscarse los temas más extravagantes para discutirlos con voz estentórea. Se vestía también con trajes absurdos, ropajes estrambóticos de turco, mameluco y calabrés. Las gentes le veían con estupor y siempre el burgués estaba *eputado*...

Divino artista que murió en un día florido de mayo, atormentado por su arte y por todas las cosas, pues llegó a dudar de todo hasta de su propia duda....

## LA PIEDAD DE LA LOCURA

---

UN cronista nos ha hablado de los locos, de las quimeras que persiguen en su delirio, de las manías que morirán con ellos. . . .

Y un repórter informa que yace en la Policía un pobre iluso, un loco feliz, un loco artista, un loco soñador que desvaría con piedras preciosas, que contempla por todas partes la divina danza de los colores y de los reflejos que irradian de los topacios amarillos como las cabelleras que fingen oro antiguo, de las esmeraldas verdes como las pupilas de las vírgenes del Rhin, de los rubíes ensangrentados como la llama que se consume en los labios sensuales de las andaluzas, de los zafiros azules como las flores de aciano y los ojos románticos de las princesas que miraron al cielo. . . .

¡La locura! Una tarde melancólica, conversaba yo con un amigo. Se hallaba triste y desconsolado. La vida le pesaba ese instante como un mal irremediable. Es analista y

entraba en su dolor con zaña tan cruel, hiriéndose tan profundamente con el estilete florentino de su pensamiento, que era preciso acompañarle en ese suplicio cruento, en ese bárbaro desgarrarse del alma con la propia mano, en ese martirio inenarrable que ignoran Mr. Proudhon y los rebaños de Panurgo. Fatigado de tanto sufrir, me dijo:

—¿Por qué no habré sido idiota o loco?

Para la aristocracia de algunos espíritus, el mal de la vida está en el propio espíritu. Nacieron con el áspid de la inquietud o con el buzo del pensamiento. Y ya no tendrán paz ni reposo, eternos Asheverus de algo que no conocen, encadenados a un afán indescrptible, delirantes de un confuso anhelo que jamás sabrán lo que fue. . . .

Y la locura talvez es lo único que puede salvarles de ese tremendo maleficio que perennemente vigila el fluir del pensamiento para echar sobre él las flores venenosas de la introspección y la inquietud. . . . Acaso la locura sea la maga milagrosa, llamada a verter la consolación de la sin razón en las almas que sufren y lloran, porque tienen precisamente demasiada luz para caminar por el sendero unilateral de la Vida.

Feliz el árbol que es apenas sensitivo—Y más la piedra dura, porque esa ya no siente—Pues no hay dolor más grande, que el dolor de estar vivo—Ni mayor pesadumbre que la vida consciente—dijo el Magnífico.

## La divagación del periodista

---

Hoy es domingo. El domingo, por su mismo carácter de día especial, influye decididamente en el ánimo hacia las cosas amables. Las cotidianas inquietudes y las amarguras perennes, se alivianan y disminuyen al clarear la aurora de este día cual si recibieran un divino baño lustral. Y todo en la Naturaleza parece cantar con diferentes modulaciones, con modulaciones de alegría y regocijo ...

Por eso, todos los domingos siento la tentación de escribir solamente cosas amables con palabras bonitas. Es el urgente deseo de abrir un paréntesis a la monotonía de la vida semanal colmada de afanes y de sutiles análisis. Porque siempre es lo mismo: cada mañana, con doliente gesto, se desdeña al brioso Pegaso que nos llama piafante, para montar en el corcel sin poesía de los hechos cotidianos. La imposición de la vida es cruel y la necesidad de

continuar emprendidos propósitos y viejos empeños, se halla sobre la vocación espiritual y encadena el vuelo del alma que quisiera lanzarse a gusto por horizontes amados. . . .

Yo, por mi placer, cada mañana saldría en mi Pegaso a explorar regiones encantadoras de arte y avizorar bellas perspectivas de ensueño. Al caer el crepúsculo, el alma danzaría de júbilo con el encuentro de lindas piedras preciosas y las manos acariciarían sin término las turquesas y las esmeraldas de la poesía. Pero esto no es dable realizar. Pegaso queda en olvido hasta que lleguen momentos de ocio o días especiales en que la sugestión de su llamada es infinitamente tentadora. Ocurre ello de tarde en tarde. En tanto, la vida corre fugaz y veloz y todos los días hay que buscar el asunto trascendental, el hecho de relieve para marcarlo con el comentario indispensable. Somos los cronistas *au jour le jour* de la existencia y la existencia no se llena con versos ni los sucesos diarios se los puede comentar en odas y sonetos . . .

Y eucadenados a la dura faena, por más ingrato que sea el tema, la pluma tiene que tornarse ágil para escribir la página diaria que a lo largo de los días irá formando el libro de crónicas de la época. Y es el domingo, el día que Pegaso amanece piafante y brioso como pocas veces lo está. Las niñas guardan para el domingo sus mejores galas, los escribanos se cambian de camisa, cuello y puños y los

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

periodistas, con breve alma de poeta, nos buscamos un tema literario, para refrescar el espíritu de todos los asuntos opacos que nos obligaron la atención durante la semana....

Hoy es domingo....y por esta gran causa quiero hablar hoy de aquella escuela literaria que se llamó el simbolismo. En una crónica de esta semana, al ocuparme del libro de un poeta adolescente, decía que el simbolismo no existió nunca y si existió, murió en seguida. Es la verdad. Porque al simbolismo le cupo la misma suerte que a todas las escuelas literarias, cuya vida es tan fugaz que en el tiempo puede comparar su duración con los instantes que perdura en el espacio el esplendor de un aerolito. Fenecen inmediatamente, por lo mismo que son exacerbaciones de almas que buscan exóticos senderos para adorar la belleza. La Belleza es inmutable y eterna y se halla en todas partes y se la encuentra en todos los caminos y se la puede beber en todas las fuentes. Tanta hermosura palpita en la seguidilla de un clásico como en el soneto rimado de un poeta modernísimo. Pero llega un instante en que la inquietud mental busca nuevas formas, cansada de la monotonía de los moldes perpetuos y entonces surgen las escuelas. Los inventores necesariamente son hombres de gran talento y poetas de profunda alma lírica. Buscan sendas ignoradas y en la exaltación de sus almas, ávidas de bellezas exóticas, van a dar con bloques rarísimos para escauciar el te-

soro de sus corazones. Pero tan sólo ellos pueden especular sus creaciones artísticas, porque reúnen un cúmulo de condiciones especiales de que carecen naturalmente sus imitadores. Y mientras el creador es sincero, el retoño que le sigue es insincero. De aquí proviene el fracaso de las escuelas, muchas de las cuales bailan en la cuerda del ridículo debido a los discípulos de una corriente literaria que tan sólo puede ser bella en manos del artífice creador. Por eso, yo creo que sobre todo y a pesar de todo, la sinceridad en el arte es indispensable para salvarse del hundimiento eterno. El individualismo a todo trance! Porque aun dentro de la mediocridad, el artista personal realizará una obra bella y sobre todo propia.

El simbolismo fue Moreas. Fuera de él, no existe el simbolismo. El mismo lo dice: —“Son unos siniestros farsantes los simbolistas. . . . Con lo que yo he hecho en broma, ellos siguen edificando teorías nebulosas. . . . ¿Ha leído Ud. a Charles Morice? Así son todos ellos. . . . Más tarde, cuando yo esté cansado de lo que ahora hago, ellos imitarán mi *Eriphile*. Les gusta seguir la moda, pero a cierta distancia, como las señoritas provincianas. . . . ”

Y lo que dice Moreas pueden asegurar todos los creadores de escuelas. Góngora fue el gongorismo y Rubén Darío el rubendarismo. Consecuentemente, nuestra divisa debiera ser: ¡Abajo las escuelas! ¡Viva la sinceridad!

## Roura de Oxandaberro

---

**E**L día menos pensado recibí un telegrama: —«Hoy tendré el gusto de abrazarle». ¡Roura Oxandaberro que regresaba! ¿Sabéis quién es este viejo y genial amigo mío? Nos conocimos e intimamos cuando este raro pintor catalán estuvo en Quito:—Raro por su fisonomía, raro por su arte, raro por sus corbatas, raro por su enorme melena rubia, raro por su modo algo ininteligible de hablar, raro, en fin, por esa toda su vida apasionada y errante. Las veladas pasábamos siempre juntos. En aquel tiempo era yo un «chico de la prensa» en la redacción de el «Día» y todas las noches venía allí a verme. Sabíamos luego reír y charlar de arte.

—Dilettante, decíame, vamos un momento a mi cuarto: tengo algo nuevo.

Y una vez instalados en la *garconniere* el pájaro azul de la ilusión recamaba de ensueños las horas. Mirábamos y admirábamos cuadros, revisábamos caricaturas, leíamos, hacíamos *monos*, fumábamos y charlábamos, sobre todo charlábamos, hasta que haciendo gala de un mal gusto notable, solían sorprendernos los lejanos cantos de los gallos.

Pero un buen día, Roura partió, naturalmente sin despedirse. Es artista, pero esta vez me pareció una mujer. De Lima, no obstante, me escribió y me mandó periódicos. Lo mismo hizo de Santiago, de Valparaiso.

Yo, para vengarme, me dí el tono de guardar silencio. Pero en su gloriosa peregrinación artística le seguí con ojos de envidia. ¿Para qué negarlo? Ya anteriormente, ante un cuadro suyo, había sufrido la dolorosa y cruenta sensación de revolverse mi cabeza en un supremo vacío y que todo mi delirio artístico rugía de impotencia.—Y es que la pintura, a igual de la música, tiene un poder de emoción más intenso que cualquiera otra manifestación de arte. La retina recoge total y perfecta la visión, dejándola resbalar intacta hasta la más extrema profundidad del alma.

Una página suntuosa de D'Annunzio o un párrafo armonioso de Flaubert, acaso nos conmueven menos que una exasperada visión goyesca o un lienzo radiante de Sorolla. El pincel señorea en nuestro espíritu, en el mismo instante, el tiempo fugitivo de la mirada, el

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

color evocador y patético o la divina forma alucinante, en tanto la pluma ondulando radiosa y ágil, todavía en manos geniales, llega después a la conquista de nuestro mundo «sentimental, sensible y sensitivo».—Es la gloria triunfal de la Plástica sobre la Palabra.

El arte es inconmesurable e infinito, pero en su forma de expresión ha permanecido inmutable. Actualmente no tenemos arte moderno ni arte nuevo. Escribimos con los mismos elementos que en los tiempos de Alfonso el Sabio y Rubén Darío sutilizaba en el mismo molde de Góngora. Acaso se encuentran por este motivo más cerca del alma presente los cantores de las ciudades tentaculares y las «campiñas en marcha» que todos los poetas que encouan su herida con una inquietante introspección de espíritu, vaciando luego su mal en el eterno verso—¿épico? ¿lírico?—en qué cinceló la gloria de Ulises el genio de Homero.

¿Conoces, Hermano Artista, la escuela literaria que proclama «el paroxismo»?—Es innegable que ella está infundida de una vibrante alma moderna: a lo largo de sus versos circula el rumor voraginoso de las inmensas capitales, auna el ardor de la estrofa con la congestión de las calles, reconoce la belleza sombría de una multitud en huelga.

Se ha hecho, pues, la mitad del camino. Falta ahora algo más esencial en el sortilegio de la belleza: hallar una nueva forma, un nuevo vaso personal y proteico.—En alguna parte

recuerdo haber leído una teoría sobre el color de las palabras y las letras.— El poeta que tal pensó debía sentir la irremediable pequeñez del lenguaje y sufrir el tormento de vaciar su corazón en el mármol de una modalidad única, perdurable desde su origen. ¡Atraso incalculable, vergonzoso el del arte! Y de Barbey d'Aurevilly se cuenta que escribía con tinta negra las críticas, con azul los cuentos sentimentales y con tinta roja los cuentos sangrientos. ¿Pretendía así el maravilloso escritor exaltar la débil elocuencia de la palabra, ya que al armonizar el colorido pueril de las líneas con la línea augusta de su pensamiento, magnificaba toda la obra? Pero ello no basta.— Como el Condestable de las letras francesas, no solamente anhelemos cristalizar en cada libro todas las vibraciones recónditas de nuestras almas, las exacerbadas visiones de nuestros nervios, los soplos profundos de nuestras vidas. Es preciso, Hermano Artista, comunicar a cada sílaba un nuevo sonido inesperado, que en cada palabra se oiga el rumor del misterio, que en cada voz tiemble un ritmo del silencio de las cosas. . . . que cada página sea un poema de suprema perfección, un paisaje de supremo color, una partitura de suprema armonía, el relieve de un símbolo, una piedra preciosa, el pomo abierto de una embriagadora orquestación de perfumes. . . . .

Y si llega el momento en que una a una todas las palabras adquieran coloración y un

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

sentido al mismo tiempo claro y profundo, tú y yo, Hermano Artista, cinculemos en la arcilla del Ideal obras aparentemente de una deliciosa incongruencia, de una extraña demencia; pero en verdad llenas del alma del arte y de la llama inextinguible de vida asegurada para las cosas bellas.—Y como el arte es la expresión de la belleza, sólo debe preocuparnos la manera de llegar a ella en impecables perfecciones. Entonces seremos efectivos artistas. Y si una novela, por ejemplo, es incongruente, demente o indescifrable para la humana plebe, será en cambio para nosotros mujer, verso, flor....

¿Parece extraño este modo de pensar mío? Puede serlo. Pero he aquí precisamente la gloria de Roura de Oxandaberro. Hermano Lector: tú acaso no comprendas todas estas cosas. ¡Los cuadros de Oxandaberro me han hecho pensar y soñar!

\* \* \*

Con esta frase final está hecho el elogio del raro pintor. Pero aún no he dicho nada de su triunfo inquietante y rápido. El «clarín de la fama», como dicen los periodistas, ha tocado a asonada para recibirlo, Y ya es en la noble ciudad de los Virreyes, donde el arte tiene una exuberante florescencia de selva tropical, donde Alfredo González Prada, Abraham Valdelomar, Federico Moore y otros, se

reunen para exaltar al artista y agradecer las intensas horas de belleza que les proporciona. Y ya es en Santiago, ya es en Valparaiso, donde los periódicos levantan cátedra de elogios y los intelectuales dan señales de vida, pues que salpimentan su cariño con banquetes.

El arte siempre ha existido por sí solo; pero es necesario comer y beber. Vivimos en un siglo en que la admiración está en relación directa con el entusiasmo y el número de personas que se sientan ante una mesa. Pantagrúel a la izquierda de Apolo, pues que a la diestra se yergue Venus inalterable, alucinante y fatal, forman la divina trilogía que presencia ahora el triunfo de los poetas y deshoja flores sobre las cabelleras de los artistas.

Y nada de esto ha faltado a mi querido como antiguo amigo Oxandaberro.—Nada de esto, ya que en una época utilitarista como la nuestra, ni aun los discretos amoríos que insinúan las mujeres pantagruélicas, apolonidas y aedas, es tampoco todo....

Naturalmente, el telegrama que venía de Riobamba, me sorprendió, llenándome de una enorme alegría.—Y en la Estación del Sur abracé al gran pintor consagrado.—Las preguntas y las respuestas se atropellaban en el primer momento de tal suerte que no lográbamos entendernos. Muchas contestaciones suyas o mías correspondían a preguntas ya olvidadas.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Pero al otro día la cosa era distinta.

—Dilettante, ¿quiere Ud., como antes, fumar un poco de tabaco *capstan* en esta pipa?

—¡Oh! gracias, ya lo creo.

Me envuelvo en una densa y fragante espiral de humo y doy salida al mar de preguntas que bullen en mi pecho, que rebosan y se desbordan por mis labios.

—Fíjese Ud., querido Dilettante, vengo por pocos días. No he podido olvidar a este Quito tan tranquilo, tan hermoso, tan arcaico... a esta dulce ciudad de romanza que...

—Sí, sí, perfectamente—le interrumpo—ya le diera que viva Ud., como yo, veinte años en medio de la ternura quieta de su ambiente y bajo el añil purísimo de su cielo radioso... aburriéndose todo minuto entre sus calles llamadas y taciturnas y el Cine «Edén»... ya le diera que tenga cotidianamente la dulce expansión cerebral de leer sus diarios y codearse con la ferocidad de la gente honrada que la habita y la hermosura de sus chiquillas, tan gallardas, tan buenas, tan apasionadas, y sobre todo, tan poco murmuradoras...

Oxandaberro se sonríe amablemente enseñando sus dientes ribeteados de oro. Luego me hace callar con un gesto. Comprendo entonces que en mis frases hay amago de insulto, pues esbozo las verdades de mi suelo natal: ¡crimen abominable de lesa patriotismo! Opto, pues, por retornar a mi papel de juez instruc-

tor, o en otra palabra más sonora, de interviewer.....

Y Roura me contesta:

—¿Intenciones artísticas dice? Ninguna. Usted «ya sabe», lo acaba de decir por qué. No me animo siquiera a desembalar ese cajón en el que traigo algunos cuadros, aunque no de los más fuertes, de los verdaderamente míos.

Sus ojillos azules y burlescos se ríen con socarronería. ¡Imposible!—Manos a la obra, que ya vendrán algunos amigos, más por ver sus paisajes que su melena... ..

Y como le dije lo hicimos. Nuestras manos febriles transforman en un instante el impersonal y sombrío cuarto del hotel en una exposición desordenada y pintoresca.

\* \* \*

... Oh! admirable hora, insoudable éxtasis, fugaz encantamiento de arte!

Oxandaberro me va enseñando los cuadros.

—¿Y cómo se llama esta tela, maravillosa de sencillez, maravillosa de melancolía, maravillosa de expresión?

—«El Arpa de los Vientos».

—Exacto. Sí, Hermano Lector, era una larga hilera de árboles esqueléticos, grises, funerarios, como alargados por la sombra ..... una hilera que formaba una sola mancha os-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

cura y triste, sobre un fondo infinitamente doliente. Ni un rayo de sol ilumina aquel celaje desolado. Ni la voz del silencio, ni el batir de unas alas, nada rumorea, nada se mueve, todo se inmoviliza en medio de aquella quietud innominada. Las horas deben allí caer lentas, cavernosas, sin resonancias, sin nombre. Horas fatales, irremediablemente perdidas. Paisaje espectral, losa del sol!— De pronto, se agita levemente la atormentada mancha de los árboles! Las ramas se inclinan al viento que pasa. . . . . Es una tenue canción alucinante que solloza en cada hoja y a lo largo de todas las ramas ondula vibrante. ¡Arpa inasible de los vientos, alma musical del paisaje! Alma dolorosa, porque es una oscura sinfonía que se extiende en estertor como el soplo final de una vida.

A este cuadro lívido, pero sugeridor, al par-inerte y tembloroso, agonizante y tan lleno de vida; a esta sombría zarabanda en gris, se sucede la apoteosis de la luz.

—Y este, Roura, ¿cómo se llama?

—«El Templo de la Nereidas»

—¡Inconmensurable Padre Sol!—Roura, amigo español, ¿no tienes, acaso, entre tus abuelos un refinado inca idólatra?—Sólo Huaina-Capac, indio y rey, pudo adorar así el sol. Y sólo los descendientes de Atahualpa, en el suplicio violento y la ciega exaltación al suelo autóctono, al ser proscritos de él, debieron sentir en toda la plenitud de su belleza, el encan-

to de las selvas seculares. Un ocaso en una pirotecnia de rojo:—el rojo bermellón, el rojo flavo, el rojo pálido, el rojo que hiere y el rojo que se extingue—admirado a través de la fronda prodigiosa, rumorosa, hierática, tal este soberbio «Templo de la Nereidas». Es también el himno impetuoso y salvaje de la selva virgen, una embriaguez delirante de color, una infinita alegría de luz. ¿No veis por allí, Hermano Lector, la tentadora gracia de una ninfa loca o la implacable actitud de un silvano bravío?

—¿Y esta choza de ensueño que surge solitaria en medio de paradisíaca floración, de una floración ignorada, munífica y ardiente?

Roura; como atento a oír el efecto que causan sus palabras, me responde lentamente:

—Es mi «Choza Encantada». La que habité durante cuatro años en la selva Occidental del Ecuador.

Ah! mansión misteriosa, perdida entre los bosques, rodeada de árboles gigantes, oteada por flores extrañas, aprisionada por ramas iguales a garras rampantes! En la fascinación de este marco habría visto Baudelaire sombras macabras tomando relieves precisos en su atormentado cerebro para un cuento espeluznante. Pero también del alma exquisita de Lotti habría florecido una página, la más abierta a las perspectivas del ensueño y al amor de inadivinales nostalgias... porque es tal la maga virtualidad de este paisaje que al mismo tiempo que en mi corazón se prendía el fuego del ensueño, tam-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

bién algo trágico como una pesadilla diabólica de opio extraviaba mi alma en un largo temblor. . . . Y la verdad es que detrás de esta choza perdida en un bizantinismo salvaje de la naturaleza, palpita la inmensa desconsolación de la selva virgen, surge el fantasma de lo Impenetrable, se levanta el cosmos de vivientes seres desconocidos, nos invade el terror del misterio, llega en el eco jadeante el rugido de las bestias elásticas. . . . pero también se sueña en una vida intangible, de abandono alto y puro, de infinito ritmo con el propio sér, en un alejamiento exquisito del extraño corazón del hombre. . . . viene como en ondas el deseo de sentirse morir magníficamente en la inmensa soledad, luego de haber apurado con una hermana gemela, sabia en la euritmia de las actitudes, del ritmo y la belleza, el licor quintaesenciado de dos almas a través de sutiles amores y hondos soliloquios.

Y ante este cuadro, de mis labios han brotado silenciosamente aquellas palabras taumáticas: «Amarás todo lo que ame y me ame, el agua, las nubes, el silencio, la noche, la mar inmensa y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde no estés, la amante que no conozcas, las flores monstruosas, los perfumes que alteren tu voluntad y los gatos que maullen con voz ronca y suave, desfalleciendo como algunas mujeres desfallecen ante el piano».

\* \* \*

La crítica creo que sólo es sensación, emoción y apasionada comprensión. ¿Podré, pues, Hermano Lector, transmitirte el ritmo de toda esta gama cerebral y espiritual a que vibró mi alma? Tal vez Oxandaberro os hiciera sentir lo mismo, de lo cual dudo, pues no debes tener mi alma, Hermano Lector.

No tengo aspiraciones de «hacer crítica», y si la hiciera, ésta se reduciría a revelar la estela de luz dejada por una obra a través de mis nervios. Jamás en nadie estudiaré la técnica, la ingenua manera peculiar de producirse. Porque lo que tú y yo escribimos, Hermano Artista, es puramente nuestro: no se identifica a ninguna otra página, no se parece a ningún otro perfume. Un rayo de sol en tu alma se refleja en una gracia personal, en un ritmo único. Como mi vida será mi estilo: una sola, gloriosa, inalienable vida. Tú y yo, Hermano Artista, podemos exclamar: ¡Soy yo en mí! Que sea tu «técnica» como tu insondable corazón: solamente tuyo, cada momento floreciendo en bellezas hasta entonces para tí ignoradas, así como cada día te posesionas de algo nuevo en tu propio sér....

Aquel que es sincero, Hermano Artista, un sincero inconsciente como el genio, o aquel que siente el soplo creador de su conciencia,

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

será por fuerza, por ley ineluctable, libertario y rebelde. —No se comprende el arte con restricciones, ceñido a moldes y medidas, bloqueado por la concreción de antiguas formas.

El arte no tiene reglas y el arte irredento es una paradoja oprobiosa.—Porque si ha de vivir el arte esclavizado, encadenado como Prometeo a la roca de arcaicas usanzas, debería también existir un solo escritor que en un solo molde eterno, aprobado por los siglos y la mediocridad, funda el caudal de nuestro pensamiento.

Ah! pero mis ideas, mis visiones, mis alucinaciones, jamás podría ni el inmortal rapsoda de Esmirna cristalizarlas en el armonioso ímpetu de mis páginas . . . .

El clarín de todas las resoluciones reivindicadoras de la Belleza toca, Hermano Artista, dentro de nuestras almas, y es preciso levantar el pendón que ha de flamear sobre las ruinas de los campos desolados.

¡Libertad en todo! Libertad absoluta!— Es ya hora de hacer efectivas las libertades políticas y vivir plenamente nuestro destino con la mujer y con la belleza en una liberación inmune y luminosa. ¡Y sólo así, Hermano Artista, serán bellas también nuestras vidas!... «La realidad: hé aquí el fin del arte», dijo Guyau. Pero la realidad oscura y grotesca en inflorescencia en la obra de arte solicita de nuestros ojos la mirada transfiguradora y de nuestro espíritu la clara concepción que la ha

de purificar. La cotidiana vulgaridad ambiente, preñada de prejuicios, tradiciones, preocupaciones y absurdas leyes sociales, precisamente es la fuerza poderosa que extravía la neta visión de las almas y las cosas. La realidad: hé ahí el enemigo del arte. El artista que desee serlo grande e integralmente debiera vivir en lo posible en una completa renunciación de la atroz existencia general, rodeándose de un perenne encanto de armonías. Ya habrá ocasión, Hermano, para ocuparme de estos altos motivos que piden atenta delectación. Hablaré nuevamente, porque es muy posible que sólo por el bello camino de las lucubraciones, senda de quimeras, ruta de las íntimas complacencias ideales, vaya el arte avanzando hacia una cima de inabarcables perfecciones.

Esta pequeña disertación me ha sugerido un hecho breve: algunas personas que tuvieron la suerte de gozar con la impremeditada exposición de Oxandaberro, hablaron ante mí de la técnica del gran pintor. Ya he dicho mi opinión sobre ella: ¡Muera la técnica!

Roura es un vibrante pintor de paisajes, hallándose en consecuencia muy lejos de la universal comprensión, del plebiscito de admiraciones. El paisaje, culto de los contemplativos, es una Esfinge sin grandeza para las almas que no han presentido los ocultos simbolismos, la intensidad de vida latente, la interrogación infinita, el fuerte poder evocador, el misterio, la filosofía, el ensueño y la armonía

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

que en sus senos profundos divisan los ojos que han recogido el refinamiento de civilizaciones superiores.

Oxandaberro ha logrado arrancar al paisaje secretas líneas, puros matices de alma. Y nos ha dado con toda la poesía de la selva, el hilo de los sueños, la red de las ideas. Pero quién tuviera como él, el valor y la grandeza de aislarse cuatro años en los bosques en una lúcida convivencia con la naturaleza y en el amor de los pequeños animales y de las leves mariposas, adorándolo todo, el cielo, el árbol, el ave, la roca, la flor y la fiera con el dulce delirio del Poverelo de Asís. . . .

Incontestablemente el pincel fué inventado por comodidad por los primeros pintores. Será por eso un medio, nunca un fin. Insinúo esta idea, porque Roura en el frenesí de la creación pinta con la espátula y con los dedos. Y no puede ser de otro modo, ya que Oxandaberro coloca casi siempre en un mismo plano el paisaje y la paleta. Es lo que llamarán su «técnica». Consiste ésta en que a un incendio de luces en el cielo responde una exuberante cantidad de color en el lienzo. La visión va acumulándose lentamente en su alma, ahí se armonizan los colores como en un miraje de infinita sencillez. Luego viene la acción, la revelación del alma que se acusa instantáneamente. Cuando yo miro un cuadro de Roura me da la sensación de que se ha abierto el pecho y allá, en el fondo, irradia el paisaje. Pe-

ro si alguna vez Oxandaberro no exagerara su «técnica» sin ese apasionado y fácil juego de colores no nos daría la íntima emoción de una hora.

Emociones profundas, cuánta es la sencillez de sus cuadros! Mirad, hermano lector, esta aurora clara sobre las cumbres inhiestas, somnolientas, este áureo despertar sobre la esmeralda de los campos. La vida ya canta en la inmensa llanura tranquila. ¿Y ese bosque? Empero, en aquella arboleda, el alba apenas difumina las copas, abajo aún la noche reposa, se despepeza en los troncos, empieza a levantar la densa cabellera del sueño. . . . .

Ah! Mirad, Hermano Lector, esa nieve radiosa sobre la cúspide volcánica. Esa nieve «humana» que no es blanca ni es amarilla, de un suave tinte indefinible, que tú y yo hemos visto, brillando como inmensas cabelleras de plata sobre nuestros montes milenarios.

¿Conocéis ya, Hermano Lector, a este genial y antiguo amigo mío?

\* \* \*

Oxandaberro ha partido nuevamente a través de las Américas como obedeciendo a un sortilegio de interminables errancias. Ya se halla nuevamente sobre el mar «informe y multiforme» este gran artista de alma de Carabela y de Colón. Pero allá, en el horizonte azul, una mano blanca florecida de laureles le llama y le aguarda.

## Novelas de amor

---

**A**CABO de leer en un periódico extranjero un hermoso cuento del novelista francés Marcel Prevost. Es una historieta pueril y romántica, en que una chiquilla atiborrada de literatura, ha escrito una novela de pasión que lee a su amiga, ambas de diez y seis años de edad. Es candorosa y dulce la producción de la ingenua. Cuenta que una muchacha, enamorada de un militar, en el infaltable idilio que tuvo con el hombre, se besaron en la boca. Después ese don Juan de espada y charreteras doradas le abandona por otra. Pero lo deliciosamente niño y colmado de inocencia, está en el final de la obra. A la otra mañana de aquel beso, la chiquilla lanza un grito terrible: ¡jiba a ser madre!

Me ha hecho recordar esta escena la urdimbre de las novelas inglesas, las novelas más

puras y respetuosas del público que pueden verse. En ellas cuando se describe un estado amoroso y el asunto llega a la parte culminante, por ejemplo a la unión de los labios, el novelista echa a continuación, asustado y rápidamente, una hilera de puntos suspensivos. Y ahí se queda. Pero el siguiente capítulo comienza con estas indispensables palabras: «A los nueve meses, un rorró sonreía en el hogar de los novios» . . . . .

Es curiosa esta manera de hacer novelas y de salvaguardar el pudor de las muchedumbres. Así, por lo menos, no se corre el peligro de ser leído solamente por los hombres, lo peor que le puede suceder a un hacedor de libros. Porque los papás parece que tienen el monopolio de leer las cosas un poco verdes o rojas. En seguida que notan o creen que un cuento es algo subido de color, prohíben su lectura a los pequeños vástagos. Claro que con tal manera de proceder no hacen más que estimular el ansia de conocimiento y el anhelo de los hijos de saber lo mismo que los padres. Todo lo cual me parece muy bien . . . . . Pero el objeto de esta crónica no es hablar de literaturas ni de cuestiones morales, analizando lo que sea mejor o peor para la educación de la juventud.

Yo quiero tan sólo preguntar una cosa a las niñas de diez y seis años de Quito: ¿hacen ellas también novelas? Mis numerosas relaciones femeniles jamás me han enseñado nada.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

que proceda de su propio cacumen, de su propio corazón. Quizás haya varias chiquillas que escondan en el fondo de las carpetas novelas amorosas y revelaciones íntimas, pero hasta ahora nada se ha publicado de ellas. Nuestras escritoras han sido exclusivamente poetisas y sólo han compuesto libros llenos de tiradas de versos. A mí más me gusta, naturalmente, esta manera de ser. Las mujeres deben dedicarse antes que nada a vivir las novelas y no a escribirlas. Y no hay relación entre el placer que prodiga el sentir la emoción bien vivida de un amor que sentarse tranquilamente a urdir cuatro majaderías que aspiran a ser psicológicas, pero que no pasan de ser lamentables ficciones muy lejanas de la realidad.

Ay! Por esto, yo recomendaré siempre que las buenas mozas amen los idilios de carne y hueso, dejándose de las socaliñas literarias. En efecto ¿para qué escribir? La vida es para vivirla y no hemos de vivir nuestra existencia en una falsa novela de Felipe Trigo. Haced idilios con murmurio de besos, tejed capítulos con ansias de pasión, hilvanad cuentos con dulces traiciones y con caudales de lágrimas. Que toda vuestra vida sea un libro de amor. Amad siempre, que no hay placer más grande en la tierra que besar los labios queridos, como lo ha comprobado Liane de Pougy.....

## El Señor de las Indiscreciones

---

LAS damas, elegantemente ataviadas, esperaban al Señor de las Indiscreciones. ¿Quién es este hombre exótico?—Pues un hombre, encantadoras curiosas. ¿Queréis saber más todavía, después de todo esto? . . . .

El Señor de las Indiscreciones se presentó en el saloncillo rojo donde indolentemente desperezaban las señoras su charla cantarina, entrecortada de suspiros. Venía como siempre, estirado y pulcro. Sobre la blancura sin mácula de la camisa, fulguraban dos brillantes enormes. En la cabeza lisa y muy bien peinada todos los pelos ocupaban su puesto. El Señor de las Indiscreciones, todas las tardes, infaltablemente, hablaba de mil temas a las mujeres allí congregadas. Pero sobre todo era un Profesor de Amor y de Energía o ambas cosas al mismo tiempo.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Cuando estrechaba la mano de la última señora, una de ellas le preguntó:

—¿Y sobre qué va hoy a pontificar?

—Francamente no sé deciros, repuso, porque me gustaría hablaros del amor, pero me hallo muy sólo entre tantas bellas... Y el amor, señoras, es el hombre. Sí... Sí... no hay que revelarse contra la verdad: Apenas empieza una mujer a mirar el mundo ya ama, pero ¿qué es lo que ama? Ella no lo sabe: le inquieta un anhelo confuso, tiene un deseo dulce, una sed de ternura. Y sólo cuando el hombre asoma, se dá cuenta de que era el amor lo que la tenía emocionada, ojerosa y ansiosa de algo vago. Luego... Nosotros, yo... somos el amor.

—Para el hombre sería en cambio la mujer el amor, dijo una dama.

—No, contestó el Señor de las Indiscreciones. Es imposible sentar la hipótesis de que la mujer sea el amor, porque todavía ignoramos qué cosa es la mujer. Hay que empezar por el principio: ¿Qué es la mujer?

Y cada una dió su opinión:

—Un Casanova sin brida, dijo una señora obesa.

—Oh! divino lirio, arcilla ideal, verso de Musset, dijo una chiquilla de silueta *art nouveau*.

—La futura madre, dijo una bailarina.

—Alegría de la vida, dijo una suegra.

—La Eretomauía, dijo una de tantas.

—Bueno. Dejadme hablar sin interrumpirme, bellas amigas, concluyó el Señor de las Indiscreciones. En vano os exaltáis. Vais a dispensarme que sea crudo un momento: la Biblia dijo de la mujer «la eterna bestia impura». Pero no es así. La mujer cambia según los gustos de cada persona. Para los maridos, por ejemplo, tan sólo es la madre de sus hijos.....

El conversador encendió un cigarrillo *ke-dive* y continuó:

—Alguien ha afirmado que la mujer es una criatura que sólo se ocupa de charlar, de vestirse y sobre todo, de desnudarse. Juan V. de Breña tenía la idea de que una mujer era todo lo sabia que necesitaba ser si distinguía en una camisa el puño de la manga. Relativamente todas las opiniones y todas las definiciones tienen un fondo de verdad. Pero yo creo que la mujer. . . . No recuerdo en qué siglo se reunieron en el Concilio de Macou doscientos o trescientos insignes prelados y sacerdotes del alto clero para saber si las mujeres pueden y deben ser calificadas como criaturas humanas. Después de agitados, razonados y fogosos debates terminan por decidir que la mujer forma parte del género humano. Yo creo casi justa esta resolución tan galante, porque la mujer indudablemente debe pertenecer al género humano, ya que es la más preferida en el lecho de los hombres . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

—Cabalmente porque somos compañeras del hombre, es que no pertenecemos al género humano, vocifera una voz por allí.

—¡Silencio! A pesar de que yo me adhiero a las resoluciones del Concilio religioso de Macon veo que la castidad es mala consejera. Porque no tiene importancia alguna indudablemente saber si la mujer es esto o lo otro: lo único importante, lo único trascendental, es que la mujer cada día descubra nuevos encantos al sortilegio de su cuerpo y nuevos filtros de locura semejantes a los senos....

Las damas insinúan una breve sonrisa y una muchacha de quince años, con el más seductor de los mohínes, golpeándole con el abanico en la mejilla al Señor de las Indiscreciones, dice:

—Meloso!

—Gracias. En mis largos estudios sobre la mujer jamás he encontrado una buena definición como la que se da sobre ella.....

Las damas no pueden ocultar la alegría y sueltan una amplia carcajada.

—Señoras, concluye el caballero, mañana continuaremos esta importante conferencia. Por hoy basta: estoy tan solo!

Y empieza a despedirse de todas las damas. Al llegar a la más demasiadamente menos joven y bonita, murmura:

—Hasta después, encantadora rosa de cincuenta primaveras.

## Visiones pesimistas

---

ESTA tarde, este dos de noviembre gris y melancólico subía yo con un amigo, al Cementerio. En una esquina, nos detuvimos a mirar el rosario de gente que pasaba enlutada. Estábamos algo tristes y nuestros espíritus propicios a vagar por los dominios de una filosofía doliente y pesimista. Cuando giré la mirada, muy cerca de mí se destacó la silueta de una anciana haraposa. Era un alucinante «capricho» escapado de un lienzo de Goya. Tenía los ojos hundidos, opacos y acuosos en las cuencas profundas; la nariz afuada se encorvaba hacia la barba puntiaguda, formando algo así como una hoz. La boca sin dientes, cueva del mal aliento, parecía hundirse llevándose a los labios y daba la sensación de que después de poco quedaría tapada, al unirse la nariz y la quijada. Caminaba despacio, tem-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

blequeante, toda ella rugosa, cruzada de pliegues, con la cabeza descubierta, eumarañada, una cabeza que debía ser blanca, pero que tenía el color indefinible de las cosas por las cuales ha pasado el polvo, el viento y la tierra; era una cabeza de lana mal lavada. Sostenía en sus manos un tosco garrote, unas manos que parecían la garra de una alimaña feroz, manos rígidas, esqueléticas, como sarmientos quemados al sol. Y dentro de sus harapos, de sus pedazos de ropa, deshilachados, mugrientos, deshechos por los años, los ojos fácilmente reconstruían las formas de esta madona de Hospital. Formas nó: era un saco lleno de huesos, un pellejo flojo con el aditamento de dos bolsas pequeñas que alguna vez debieron ser los senos. Ah! nunca olvidaré la imagen de esta mujer que trajo en seguida a mi imaginación todo el pavor de los cuentos infantiles, repletos de brujas malditas, de aquelarres fantásticos, de hechiceras vampirescas, de fantasmas sabáticos, de filtros con mandrágoras, de insectos medrosos, de teas humeantes, de gatos tétricos, de cabras en celo. . . . .

Volvíme hacia mi amigo y le dije:—Vea usted la mujer, admire usted la belleza.

Se quedó lívido. Y sentimos en nuestros nervios el brutal sacudimiento de lo probable, el aletazo emocionante del pasado, la ráfaga tremenda de lo fugaz. Sí; esa carroña viva acaso fue una beldad tirana, talvez ese despojo repugnante fué una princesa azul. Quién pu-

diera descubrir su pasado: acaso túnicas bordadas de oro cubrieron la escultura impecable de su cuerpo; acaso sus divinas curvas se bañaron en aguas perfumadas con aromas de oriente; acaso en sus ojos claros y misteriosos se extinguieron mil quimeras y se desvanecieron dulces sueños de pasión; acaso cien gallardos caballeros murieron por ella de dolor; acaso en sus labios rojos bebió la dicha delirante el elegido; acaso perlas inmensas adornaron su cuello y brillantes enormes estallaron sobre los lóbulos de sus oídos: acaso sobre la liliblanca de sus manos finas fulgieron los rubíes, las esmeraldas y los topacios; acaso bajo su cabellera rubia como el champagne, macerada en flores y bajo las diademas fulgurantes, se adormecieron los poemas más bellos de la pasión y los entusiasmos más grandes del arte. ¿Fuiste Cleopatra, fuiste Reina de Saba, fuiste Salomé, qué fuiste, oh! inmunda mujer? . . . .

Y la gente seguía desfilando al Cementerio. Iban a llorar sobre sus amados muertos, a dejar una lágrima sobre tumbas olvidadas, a depositar una corona sobre sepulcros desolados. Es el día oficial de los muertos y hay que hacer gala de amor y de recuerdo, hay que derrochar ternura y desparramar tristeza. Nadie puede quedarse en este día municipal, sin hacer la ofrenda de un poco de corazón. Es lo necesario, es lo inevitable; para eso es dos de noviembre. Y aunque al salir de la necrópo-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

lis, el joven que fue a mirar la tumba de su amada, inicie un nuevo idilio con la bella que regresa cumpliendo la misma obligación, y aunque las parejas adustas y el cortejo de familias dolientes se reúnan en un salón, para en los acordes de un vals lento y en el abandono del baile, despojarse de la pesadumbre de la visita reciente, todos habrán cumplido sinceramente con su deber y se habrán estremecido de misterio y desesperación ante las losas funerarias.

Todos, como lo manda el día, habrán sufrido y habrán recordado....pero yo, pobre soñador, que tengo la tristeza de la incredulidad y que no siento la amargura de la fecha clásica e ironizo del dolor, idénticamente renovado cada año; pero yo, digo, con qué inmensa desolación, con qué infinito caudal de ternura, he deshecho la fuente de mis lágrimas ante la arpía que miré esta tarde, ante este miserable escombros humano, que sintetiza toda la vanidad de la humana comedia. Mi pobre chiquilla morena, mi dulce adorada de hoy, muérete joven.....

## Al margen de un libro de versos

---

**D**E Cuenca nos llegan frecuentemente bellas manifestaciones de arte. Oh! Dulce ciudad encantada que surge en mi imaginación cual un jardín de Akademos, en donde los poetas meditabundos fueran en largas erranzas recogiendo las doradas mieses de una exquisita poesía. Hoy nos llega un nuevo libro de versos. Su título: «De allá.....» Su poeta: J. R. Burbano V. Además, trae un prólogo del señor don Remigio Tamaríz Crespo, en el cual hace el elogio del poeta y analiza también el... modernismo!

¡A estas horas! Si fué sabrosa e intensa la impresión que me causara la lectura del bello poema del señor Burbano, en cambio cómo se han plegado mis labios en una sonrisa de

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

ironía al leer las páginas del señor Tamaríz Crespo. Porque yo pensaba sinceramente que en Cuenca se sabía desde antaño con qué cosa se comía el modernismo. Y resulta que es en el momento actual, cuando recién esta discutiéndose en esa tierra privilegiada la corriente lírica que murió hace años y que se conoció con el apelativo de «el modernismo». Al menos, así nos lo hace comprender el señor Tamaríz Crespo, cuando dice que «de algunos años a esta parte se *viene de notar* (¡qué giro tan elegante) cierta tendencia renovadora de las letras, en la poesía azuaya, particularmente». A continuación hace naturalmente las citas imprescindibles: Darío, Lugones, Díaz, Gutiérrez Nájera, Casal, Valencia, Mirón. Luego —también naturalmente— se resbala a tratar del *criollismo*, mostrándose ardiente partidario de esta corriente literaria. Explica la una escuela y analiza la otra, ve el más de la una y el menos de la otra y viciversa. Y todas sus opiniones y todas sus argumentaciones las va reforzando con amplias citas, en las que no falta—naturalmente,—el gran Rodó y el violento Blanco—Fombona. He tenido la sensación, al leer este prólogo, de que el modernismo y el criollismo fueran dos platos. El crítico se sienta ante la mesa. Extiende el papel y coloca la pluma en alto. Luego prueba del uno y en seguida del otro, después pica del primero y coge una taja del segundo. Como es muy justo, entre bocado y bocado, ingiere para no

atragantarse y que pasen las viandas fácilmente, un buen vino, es decir un libro de Rodó y una crítica de Fombona. Acabados los platos, sin moverse del puesto, para evitar que se le evapore el alimento, pone manos a la obra y escribe el prólogo para el poema «De Allá!...»

Y le ha resultado estupendo. Sobre todo por la novedad del tema, y por el descubrimiento que entraña la exposición de tales cuestiones. El señor Tamaríz Crespo nos ha dejado fríos con la sorpresa. ¿Con qué el modernismo, no?—Debemos admirarle por ser un verdadero vulgarizador de corrientes literarias desconocidas, pero que «de algún tiempo a esta parte empiezan a renovar las letras»....

Pero no hablemos del prólogo. Siempre el prólogo, con muy raras excepciones, es la parte secundaria de una obra. El prólogo, es un aditamento que bien puede ir como no ir. En el caso presente, sobre todo, no debió constar, porque es muy revolucionario y expone doctrinas que pueden echar abajo la grave columna de nuestra gloriosa literatura clásica ...

\*  
\* \*

¡«De allá...!»! El poeta torna los ojos al pasado para ponerse a cantar. Su alma se llena de melancolía al poblarse de recuerdos y sobre sus ojos descende la tristeza que le trae

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

las visiones lejanas. Es «De Allá» el poema que surge al conjuro de esa divina magia que es la evocación. Por eso es bello. Porque no hay artista más sutil, que todo lo transfigure y ennoblezca, como el Recuerdo. Siempre que volvemos las pupilas para contemplar amadas imágenes columbradas en horas ya muertas y resucitar viejos encantos extintos, lo hacemos con toda el alma. Y siempre vamos hacia el pasado con la íntegra ternura de que es capaz nuestro corazón, para así enaltecerlo y magnificarlo, llenándolo de poesía y de ensueño....

Un libro de versos que sea la resurrección amable de inolvidables días, siempre nos conmueve. Si le falta arte nunca le faltará en cambio un caudal intenso de sentimentalidad. Cada rima es el reflejo de un paisaje que amparara un amor, cada estrofa es el trasunto de un idilio que rompiera el destino ciego, cada soneto es la concreción de un estado de alma que tiene la infinita melancolía y la infinita belleza de lo que fué... de lo que ya no volverá a ser... ¡Cuántas veces zurcimos con lágrimas la evocación de horas plenamente felices! Y es que el recuerdo es un brujo siempre artista y siempre elegante, porque posee la divina belleza de la melancolía que hacía delirar a Leonardo. Y si la desesperación que nos produce el *never moore* amarga la dicha rediviva, embellece empero la obra que revienta del rosal lila del recuerdo....

Con exquisita complacencia he leído por eso este poema «De Allá»... , sencillo como su título, fáciles como sus recuerdos pueriles, lindo como un amor infantil. Aquí no vibran pasiones violentas ni el amor se contamina con los reflejos cárdenos de la carne enloquecida. Todo es tierno, eglógico y amable como un sueño de mañana de primavera. El poeta evoca dulcemente, con el alma llena de saudades y nostalgias, sus paisajes amigos y su jardín hermano. A todas las cosas amadas les dedica un verso. Canta a su limonero y añora las muertas melodías que Ella arrancaba al piano. Con irremediable tristeza exclama:

Un enjambre de ensueños me traía.

Ya el limonero no volverá a florecer como en los días en que el poeta acaso buscara su sombra para decirle sus cuitas a la adorada y ya las notas de la música querida sólo servirán para avivar el dolor de su ausencia. ¡Cuánta pena! Y el poeta empieza a errar a lo largo de los senderos frecuentados por su cariño. Recorre los viejos huertos y aspira el perfume de las flores que Ella aspiró un día y que guardan en el fondo de los cálices algo de su aroma tentador. A ratos, al llorar la lejanía de la amante, le vienen tan lúcidas las visiones pasadas, acuden tan suntuosas las emociones idas, que el poeta se exalta y la llama y la grita suplicante, llenando su alma de infinitas esperanzas de retorno. Son cantos a la ausencia y cantos de esperanza. Pero otros ratos, el su-

*LA ALCOBA DE LOS EXTASIS*

plicio del recuerdo le atormenta tan hondo y es la obsesión tan desolada, que anhela vaciar su alma del pasado y dotarle de una facultad de olvido.

Cuán bueno fuera que al correr la vida  
No nos quedase ni el recuerdo. . . . nada

¡El recuerdo! Qué sentimiento más dulce y más amargo, tan delicioso y tan doloroso!

La sinceridad del poeta está de relieve. Busca a veces un poder de recordar más fuerte y a veces anhela un ñltro divino que borre de su corazón las atormentadoras imágenes de un pasado alegre. . . .

«De Allá», está escrito en sonetos fáciles. Y la sencillez y la soltura campean en todo el poema tanto como las hermosas alegorías. El señor Burbano Vásquez ha hecho un bello libro. En verdad os digo que es un bello poema. . . .

## El soliloquio del desencantado

---

**M**E siento ante la cuartilla blanca. Voy a escribir una crónica. — Me rodea un montón de papeles, de periódicos, de revistas en el alborotado desorden de las mesas de redacción. Todo lo ha sido ojeado. En cada periódico palpita la impresión de una mirada errante, desdeñosa o apasionada del periodista.—En la actividad voraginosa de su vida, obligado a leer, saber y conocer lo que dicen los demás—como si no le bastara lo que él escribe—va de una página a otra, con inquieta rapidez, dedicando un fugitivo apasionamiento pueril a la lectura que difunde en su alma como un sedativo de consolaciones infinitas....

¡Consolaciones! Según la tristeza de la hora ansiamos el libro amado, nuestro dulce

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

libro de cabecera. Y según el tormento, la desilusión, las esperanzas y los temores buscamos el suave refugio sombrío de esas «casas de las ideas», que las denominó Darío.

¡Hermanos buenos, pobres libros!

Allí estáis consumidos por el afán vano que pusisteis en esquivar nuestras vidas del dolor de vivir. Ante nuestros ojos puros y atónitos levantasteis el telón que oculta el escenario del Mundo, con piadosa vehemencia, intentando que a nuestras almas no entre el desencanto. También nos trazasteis el camino que debíamos seguir para que luego no lloremos sobre un montón de ilusiones extinguidas toda la tristeza de la humana farándula. Pero a nuestra inexperiencia o a nuestra vanidad no le basta la fría enseñanza, la oscura palabra, el ejemplo doloroso.—Es necesario vivir. Y los pobres libros abandonados, solitarios, palpitante la pena gris de sus páginas por nuestra incredulidad innominada, torturados por su inutilidad, víctimas de una lúgubre desesperación, misericordiosamente tienen que aguardar nuestro retorno de Hijos Pródigos....

Más tarde, cuando ya a lo largo de esta feria titiritera y gazmoñera que es la vida, sabemos de las caricias que matan de placer, sufrimos de todas las melancolías de la carne mortal, saboreamos todos los besos del amor que pasa como «las naves, las nubes y las olas», cuando ya conocemos el desvarío frenético de las noches pobladas de gritos de voluptuosidad

y hemos vislumbrado el corazón del hombre tan envidioso, tan lleno de sí, tan mediocre, tan escandalosamente vano y más aún escandalosamente egoísta, entonces como último refugio, refugio de paz y de consuelo, buscamos la silenciosa ternura de los libros que nos dijeron la verdad que no aprendimos. Ah! Pero ya nuestra alma es una tumba de esperanzas!

Tristeza, tristeza de los libros que una más ama.....

¿Y mi crónica?—Ya la cuartilla no permanece blanca. La araña de mi pensamiento ha tejido la red sobre ella, obedeciendo a un extraño sortilegio. Es este sortilegio el que nos obliga a escribir cuando algo palpita dentro de nuestra alma. Es la vocación que luego se ha tornado en necesidad constante e invencible. Es la divina vocación espiritual, más o menos fecunda, pero que nos proporcionaría una sublime muerte florida, alogada en fragancias, si por una incomprensible locura, al errar por nuestro misterioso jardín interior, no recogiéramos lo que revienta a mano, lo que del corazón se desgarrar maduro...

Hay que abandonarnos, dar oídos a la voz del sortilegio. Surge el pensamiento vagoroso, luego se precisa y arraiga y toma cuerpo de líneas puras. Y esa luz cerebral acaba por ser una obsesión perenne que nos persigue como los ojos de una mujer amada. Viene entonces la obra pictural de la pluma. Palabras, párrafos es el material de esta noble arquitec-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

tura. Se empeña luego una lucha cruenta: es preciso dominar el estilo «como a un potro salvaje». Y el sentimiento goza y sufre con esta contienda entre la prosa rebelde por naturaleza a ser sonora, a ser musical, a ser bella, a ser artística y el anhelo hondo de fijar el pensamiento purificado y rotundo.

Y en tanto nuestra concepción la derretimos para echarla líquida en el férreo molde del estilo, de donde debe surgir a nuestro deseo y a nuestra pasión, en el mundo del cerebro irradian nuevas fulguraciones nacidas súbitamente al ser tocadas por la magia del recuerdo, por la fecundidad o la sugestión.

Y así pasa nuestra vida. Vida de belleza vasta, porque al final de todo, en el mismo atormentado martirio del pensamiento, porque en la misma inutilidad de las ideas que uno más ama, encontramos un refugio pasajero al cotidiano afanar, lleno de tedio y hastío, encontramos siquiera una sombra en mitad del camino lacinante....

Pero cuando hacemos este alto en la ruta interminable de la vida, bajo la dulce piedad del reposo, es que surge sin misericordia y terrible la eterna pregunta suplicante:—¿Qué soy?—¿Para qué vivo?

Desoladora interrogación que la ahogábamos, que nos negábamos a escucharla, pregunta para la cual teníamos ojos sin vista y oídos sin corazón... Pero hecha carne en el minuto del soliloquio, precisada y lanzada fatal e irre-

mediable ante nuestros labios que se cierran temblorosos, que callan ante el pavor de la respuesta, acaba por ser una visión fantástica y terrible, forjada para nuestro suplicio por algún dios sádico y burlón.....

Por un momento intentamos huir a este trágico rumor de nuestro propio corazón y deliramos extinguir la crueldad de la pregunta. Pero todo es vano y es necesario responder. Y la respuesta es la certidumbre desolada de nuestra miseria irreductible, de nuestro dolor inmensurable.....

Ah! Los seres que así sienten aparecen a mis ojos como pobres despojos humanos. Y no son otra cosa. Doblegados bajo profunda agonía, llena el alma devastada de una infinita angustia, con el horror del futuro en las pupilas, huérfanos en mitad del mundo que hierve y ríe, que apenas siente y no piensa, esas pobres almas solitarias son las almas más desgraciadas y locas. Y es que a pesar de sufrir el horror horrendo y la inutilidad evidente de vivir continúan por una cobardía irrazonada, por un no sé qué indecible y absurdo unidos al carro de la vida, y lo que es aún más terrible, siempre con la eterna pregunta suplicante en los labios;—Qué soy?—Para qué vivo?—Qué espero?

¡Esperar! Esperar siempre en una ignorada felicidad que no viene, esperar lo inesperado, esperar abrazos de mujer enamorada y besos vampirescos, que luego del momentáneo olvido,

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

de la loca borrachera de la carne, junto con el goce saciado, nos traiga la infinita tristeza de la sensualidad.....esperar y esperar siempre hasta que la tierra de la tumba apague la última luz de la esperanza.....porque la esperanza es el último y único aliento que debe infundirnos la vida. Y hay, no obstante, hombres que no tienen esperanzas.....!

¡Señor! ¿Para qué nos diste la vida, si todo es inútil, si todo es vano? ¡Señor! Y antes que la vida por qué nos diste el pensamiento y por qué el corazón?.....

## Canto la Ilusión Divina de Francia

---

**A** CASO en el Ecuador no se conoce en toda su grandeza a Santiago Argüello. Es un poeta de real extrirpe de esa tierra cáida de Nicaragua que tanto exaltó Darío. Mi alma ha cantado siempre de júbilo paseando por el adnar de este aeda maravilloso. Exquisito forjador de belleza, apasionado cultivador de jardines, donde florecen extraños crisantemos de rimas y raras orquídeas de versos, Argüello encanta con la magia de su Arte. Y porque culminó todos los secretos de la armonía, su audacia planta perennemente su bandera de poeta en las cumbres enhiestas que vislumbra su espíritu rebelde. Su clarín resuena siempre en las más altas eminencias líricas y su alma acostumbrada al ímpetu de los vuelos airosos, es la dulce hermana que tienen las nubes. Santiago Argüello nació con la estrella divina de la

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

poeta que apasiona, sugestiona y domina. Y un día que admiré su retrato, (ah! graciosa aberración de mujer) le admiré mucho más. Dos guías enormes de un bigote poblado le cubrían media cara. Sus ojos, como dice «todo el mundo», eran la ventana de su alma ardiente. El gesto duro y la actitud rotunda. Todo un mosquetero, todo un poeta de leyenda antigua que sabe hacer lindos versos, beber buen vino, emborracharse ruidosamente y arremangar a las mozas. . . .

No es posible exigir más prestigios a la gloria de un poeta. Por eso, en cuanto llegó a mis manos este admirable libro «Canto la misión divina de Francia» sentí la infinita complacencia que provocan las bellas perspectivas.

¡Las bellas perspectivas! ¿Podía, en efecto, haber alguna más fuerte que la promesa de leer el *hossanna* de un poeta a la victoria del Loto, la divina flor, la flor mística, la flor de verdad, la flor de Luz, la flor de Dios, en una palabra, que en la magnífica alegoría de Argüello, es la flor que, como un búcaro rojo, se abre en el corazón de Francia?

«Ese es el Loto, Francia, que la vara perfuma—de la ley; es el Loto que echa miel en la espuma—de las turbias resacas del vivir; es el Loto—que surge entre las grietas de todo terremoto,—que nace entre las tumbas de todo camposanto,—y junta a su rocío las lágrimas del llanto».

«Es el Loto, Francia, que en las trepidaciones—que derrumban los cetros y cuarteañaciones—alza sus siete pétalos como siete jaulones».

Ese es el Loto, Francia, que señala al viajero—por donde va el sendero;—el sendero que pasa—por el cubil o por el medio leve,—bajo cielos de brasa—o por cielos de nieve;—que deja al huerto en donde los gérmenes acaben;—que al gólgota se empina para buscar la cruz;—el sendero que miran, las pupilas que caben;—enhebrarse en la sombra como un hilo de luz».

«Ese es el Loto, Francia, que te anuncia el sendero,—que tu cruz te señala, que te da tu misión».

En el sufragio de adoraciones y alabanzas al heroico esfuerzo de Francia, en el gran plebiscito de admiración a su victoria, surge como una gema de milagro el elogio de este poeta que ha sabido encontrar las más encantadoras rimas para flordelizar el manto augusto, con que cubrió Francia su triunfo sonoro.

Porque si fue feliz el instante de la victoria, también lo fue el minuto en que Santiago Argüello concibió el plan de esta obra armoniosa, de esta exaltación a la sangre que se derramó exultante para que se eternicen en el mundo las cosas bellas: Ley, Derecho, Libertad, Paz.

Todo lo canta Argüello en este poema maravilloso. Desde el temblor de París cuan-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

do el principio de la invasión avasalladora, hasta lo que Francia significa en la actualidad para el Universo. Canta el agua bendita del Marne, que dijo: «Aquí». Si; de aquí no pasaréis, fieros invasores. . . . Canta las glorias de Francia, canta su herencia privilegiada de Nación representativa de viejas edades y viejos pueblos. Canta, en fin, la misión ya cumplida y la que tiene que cumplir en lo futuro esta Patria de las Patrias, bajo los pliegues de cuya bandera todos nos hemos sentido hermanos, realizando el bello ideal de la Patria Universal. . . .

Intensa emoción de arte, honda exacerbación patriótica le debemos a este libro de Santiago Argüello, que ha tenido el dón de fundir en un solo crisol todos nuestros nervios, todas nuestras facultades, todos nuestros sentimientos y todos nuestros sentidos para gozar y cantar al diapasón sentimental e ideológico del poeta. ¿Qué mejor tiempo? Porque sólo es bello, porque sólo destila poesía lo que nos conmueve muy hondo y sacude profundamente las más íntimas raíces de nuestra alma. Y esto es lo que alcanza y lo que puede Argüello. Para eso posee ese rico dón verbal, para eso es dueño del verso que ha logrado dominar «como a un potro salvaje». Y es que en este libro ha vertido toda su sabiduría de poeta. Con suntuosidad oriental derrocha ritmos y rimas, siembra inolvidables piedras preciosas y juega malabares con la música. Melodías fantásti-

cas, fugas admirables, melopeas extrañas, una magnífica orquestación de sinfonías que se compenetran, que brincan, que saltan, que se deslizan, que languidecen, que despiertan, que gritan, es el alma espléndida de este poema. Wagner haciéndose verso. Parece que el poeta hubiera querido darnos, con la soberana estructora de su canto, la imagen audaz de lo que cantaba. Y en verdad que ha triunfado en su objeto y ha realizado una obra palpitante, vibrante, viviente, que aleja del espíritu toda emoción, del oído todo sonido, del cerebro toda idea para embargarlos íntimamente con las sensaciones, la música y las ideas de un poema bello....

Tal es, en el receptáculo de mis inspiraciones, «Canto la ilusión divina de Francia». ¡Qué hora más intensa y divina de arte regala este libro!

## Los Barba Azul

---

CON harta frecuencia acaecen en Francia sucesos de índole tan fantástica y fabulosa, que la opinión universal converge con curiosidad apasionada a seguir el curso de los acontecimientos. Una onda atraviesa el planeta y el mundo entero sigue el curso de los procesos como si fueran asuntos que se relacionaran con su vida o el escándalo se hubiera realizado en el seno de la propia sociedad. No está muy lejana todavía la época en que el alarido de protesta de Dreyffus levantó una inmensa agitación hasta en estas pequeñas ciudades de América, que parecen aletargadas en plena vida, cual caídas en un remanso tranquilo, en medio del fragor tumultuoso de la civilización en marcha. Mientras en París, el asunto Dreyffus, transformado hasta cierto punto en lucha de razas, se dirimía a balazo limpio a lo largo de las ca-

lles, aquí también la opinión se dividía con igual frenesí y se formaban partidos dreyffusistas y antidreyffusistas. Vinieron más tarde las asonadas y en tanto el pobre prisionero inocente consumía sus dolores en la Isla del Diablo, las sociedades tornaban a ser agitadas por nuevos sucesos exóticos. Y aún, en medio de la terrible hecatombe europea, cuando el momento era para Francia de peligro y la victoria incierta, el mundo dejaba de mirar el curso de las batallas y la suerte de las armas, para atender con inusitada atención al desenvolvimiento de célebres procesos. Una tras otra, fueron surgiendo las figuras de Boló—Pachá, de La Mata—Hari, de Caillaux, acompañada cada cual de su escándalo respectivo. La opinión las siguió atrás formando un cortejo que vigilaba el menor gesto y el más pequeño ademán. Boló—Pachá llenó el mundo con el estruendo de su caída. Había subido a tan alto sitio, deslumbrando con su magnificencia, con su figura principesca, con su título asiático, con el oro de sus arcas, hasta el instante en que la fortuna le volvió las espaldas. . . . Fue un vértigo de grandeza que escaló la más alta cumbre para dar un salto mortal hasta el patíbulo. Y si Caillaux pudo escapar de las garras tenaces del Tigre fué porque su posición era incontrastablemente sólida. Jefe de un partido, ex—ministro de Hacienda, premier de un gabinete, financista soberbio, hombre de ideas, político de alto vuelo, buscó su rehabilitación

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

en las filas del ejército. Haciendo vida de «pelú», confraternizando con los «peludos», fué como pudo salvar su vida, aunque para los negocios públicos quedó de hecho guillotinado. Casi enseguida, la opinión volvía a conmoverse con el crimen de alta traición perpetrado por la celeberrima bailarina Mata Hari. Se le acusó de espía alemana y la bella mujer, que sembrara de adoradores su camino y que cruzara por la vida como una reina vencedora, marchó una mañana pluvial al cadalso. Ese cuerpo bellísimo y grácil que en la escena hacía vibrar de brama a los espectadores, ese cuerpo que era una música de líneas y de una armonía impecable, cayó atravesado de balazos. La divina escultura quedó abandonada, agujereada, como una carroña miserable bajo el cielo implacable....

Pero, en tanto, estos magníficos aventureros, iban hundiéndose sin remedio en el abismo, un chacal cometía en la sombra crímenes horrendos. Después de muchos años de impunidad, se ha logrado arrancar la máscara de su rostro impasible y se ha visto todo el horror inabarcable que escondía el misterio de su vida. En pleno siglo XX había resucitado el fulgurante y sanguinario Mariscal Gil de Rais en la persona burguesa y modesta de Landrú. Landrú ha acuchillado, ha matado, ha reducido a papilla a diez mujeres que logró seducir. No tuvo piedad para las infelices que sólo tuvieron el pecado de haberle entregado su amor. El

recuerdo de sus caricias no enterneció su corazón, las bellas horas de muertas ternezas no contuvo su cuchillo. Y las bellas cayeron acaso en la postrera convulsión del último espasmo amoroso, cuando los labios se dilataban talvez para estampar el más dulce beso. . . .

Landrú, considerado históricamente, es una caricatura grotesca, es un Barba Azul pequeño, es un Polichinela uxoricida. Gil de Rais es el gran matador de mujeres, que a través de los siglos no ha tenido rival. El formidable escritor J. K. Huysmans ha escrito una bellísima biografía de Gil Rais. Desgraciadamente no tengo a la mano ese libro encantador que se llama *La Bas* y escribo este artículo confiando únicamente en ese menguado recurso que es la memoria. Parece que Gil de Rais floreció en el siglo XIII y fue un guerrero valiente, de irresistible empuje. A los 23 años era Mariscal de Francia y poseía un castillo en Nantes. Le gustaba la vida en grande. Tenía una corte magnífica y derrochaba el oro sin tasa ni medida. Lo más costoso de la época, lo que más seducía, tenía Gil de Rais en sus salones. Sus gastos eran incalculables y un día se halló que estaba casi arruinado. Se dedicó entonces a la alquimia, tratando de buscar la piedra filosofal que le permita tornar los guijarros en oro. Para el efecto, reunió en su castillo a cuantos alquimistas famosos existían en Europa, dedicándose con ellos a realizar experimentos químicos. Todas sus tentativas

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

fracasaban y la piedra filosofal no aparecía en los crisoles. Los alquimistas, que al mismo tiempo eran espiritistas, pactadores con el diablo, cultivadores de la misa negra, le indicaron que jamás encontraría la codiciada piedra mientras no manchase sus manos con sangre. Unicamente de este modo podía conseguir el valioso apoyo del demonio. Gil de Rais mató entonces a su primera mujer, mató después a otra y luego a muchas. Hombre gallardo como era, con el prestigio de sus riquezas, rodeado de una bella aureola guerrera y, sobre todo, con el dulce encanto de la juventud, las mujeres se le rendían fácilmente. Llegó a hacer de su palacio un harem. Daba copiosos banquetes, en que los manjares más ricos alternaban con las frutas más exóticas. Pero al mismo tiempo, hacía preparar confites especiales, llenos de pimientas y especias devoradoras, manjares con perfumes fuertes y estimulantes aliños. Sus comidas eran una pura y continua excitación y cuando el vino y las cantáridas hacían su efecto, el Mariscal iba donde la víctima elegida para aquel día a consumir el sacrificio. Entre la música de la orgía y los gritos de placer se mezclaba en la noche el trágico alarido de las asesinadas. . . .

Mató cientos de mujeres. Y puesto ya en la carrera del crimen, nada le detuvo. Se volvió cruel y sanguinario, un chacal horrendo que hociqueaba en las heridas de sus víctimas y quebrantaba los huesos de las muertas.

Llegó un día en que las mujeres se acabaron y acudió entonces para reemplazarlas a los niños y las niñas. Toda la región de Nantes y sus alrededores quedaron asolados, en todos los hogares reinaban el duelo y el dolor. Las víctimas se multiplicaban bárbaramente.

Gil de Rais instaló en su palacio un descomunal horno crematorio en el cual se perdía todo rastro, en que de los niños raptados, violados y asesinados sólo quedaba un montón de cenizas. Porque el principal encanto de Gil de Rais estaba en la violación. Violaba y después mataba. Redactar en esta crónica los hechos inauditos que cometió sería para que me atraiga el anatema de los hipócritas que al pecado no quieren ni nombrarlo. Niños de once a doce años que caían en las manos del Mariscal eran gozados y luego sacrificados. Pero cansado de tanto crimen que juzgaba vulgar, quiso en su vesania innominada refinar su crueldad. Y tuvo una idea diabólica: no sólo quiso matar y ahogar sus pasiones en el vértigo de la sangre, sino también estafar el cariño de sus víctimas, robar la gratitud de los inocentes que encerraba en el palacio. Para el efecto, ordenaba a sus esbirros se les cuelgue en una horca y en el instante preciso en que la víctima estaba balanceándose, entraba Gil de Rais furioso y con acento terrible, indicaba se descienda al niño del aparato trágico. Le acogía entonces en sus brazos, lo colocaba en sus rodillas, lo acariciaba y cuando

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

el niño, lleno de gratitud, correspondía a sus halagos demostrándole su amor por haberle salvado, el monstruo, de un golpe brutal, le cortaba el cuello y entre oleadas de sangre realizaba la insensata posesión contra natura. El cadáver se agitaba en los últimos estremecimientos....

Nadie se atrevía a capturar a este poderoso señor. El rey se hacía de la vista gorda y dejaba que sigan en la impunidad tantos asesinatos, tantas violaciones, tantos crímenes sin nombre. Al fin, los deudos de los millares de víctimas sacrificadas, resolvieron capturar al Mariscal y así lo hicieron una tarde en que el autócrata vagaba por el campo buscando nuevas personas en donde aplacar el fuego inextinguible que le consumía. Un tribunal especial conoció la causa y fue condenado a muerte.

Así terminó su carrera el gran Mariscal Gil de Rais. Más tarde, el escritor Perrault recogía esta leyenda y escribía un cuento precioso intitulado «El Barba Azul» que se ha popularizado y se ha hecho inmortal.

\* \* \*

Nunca han faltado locos, desequilibrados sangrientos que revivan la memoria de este libidinoso inimitable. Uno de ellos fue en el si-

glo XVIII el terrible Bichel, que así mismo, atraía a las mujeres a su casa, con cualquier pretexto, y allí las despedazaba sin piedad. Más tarde aterraba Dumolliard, con sus fabulosos asesinatos y Londres se sobrecogía de terror al contemplar cada mañana en los periódicos los espeluznantes relatos que se hacían de los degüellos cometidos por Jack el Destripador. Innumerables ejemplos pudieran presentar a este respecto, pues los crímenes de esta naturaleza no han escaseado jamás y son los que más han llamado la atención de los criminalistas de nota. Griffins, en un libro ameno sobre las organizaciones de la policía en el mundo, habla detenidamente acerca de los feroces enfermos que han acuchillado mujeres.

A esta estirpe horrible y pavorosa pertenece, sin disputa, el terrible Landrú que ha conmovido últimamente a la Francia. Diez mujeres fueron sus amantes y diez infelices fueron, por lo mismo sus víctimas. La policía le descubrió y ha pagado en el patíbulo sus crímenes. Con una gota de sangre ha tratado de ahogarse el terrible clamor de los torrentes de sangre vertidos por el hombre de la larga barba...

## El ruiñeñor suicida

---

**H**ONDAMENTE hemos llorado ante la tumba de ese dulce ruiñeñor que fue Medardo Angel Silva. Su alma de sensitiva delicada, roida infinitamente por el péndulo de su vida que oscilaba entre el dolor y el tedio, había descubierto que el supremo remedio residía en la Muerte. Y en el día de la desesperación magnífica, se abrazó a la tiniebla como a un refugio de paz y de olvido. Cuán parecida su alma a la de ese espíritu curioso, insaciable viajero de cosas ignoradas que se llamó en vida J. K. Huysmans. Todo le había fatigado, y el cansancio absoluto que entenebrecía su corazón, le impulsaba a buscar nuevas emociones y desconocidas ventanas por las cuales asomarse a los profundos abismos del misterio. Por eso fue resbalando a lo largo de los duros eslabo-

nes de la inquietud, hasta dar con el Satanismo y las Misas Negras, los Incubos y Sucubos, que finalmente le llevaron a un convento de oblatos silenciosos. Este fue el final; pero antes, Barbey d' Aurevilly, le había predicho:

—A usted, después de poco, sólo le quedarán dos caminos: el vestido de un monje o la boca de un cañón.

El tiempo tornó real el vaticinio. Ocho años más tarde, Huysmans se recogía en un convento. A Medardo Angel Silva pudo habersele anunciado la frase augural del Condestable de las Letras Francesas. Su juventud y el medio no le permitían llegar hasta la conversión mística, pero en cambio el cañón del revólver fulgía en su horizonte con siniestra luz ...

Y partió el maravilloso poeta que en una florecencia exquisita de genialidad dejara en la plenitud de los veinte años una obra copiosa y armoniosa cual nadie le ha dejado en el fervor de una primavera lúcida. Fue un predestinado: su destino era cantar, cantar, poblar de armonías, alfombrar de rosas, regar perfumes y delirios en el sendero doliente de su vida, hasta que llegue la hora trágica de la definitiva redención. La hora vino demasiado pronto y el horror de la tragedia, el aletazo inenarrable de la muerte embargó de dolor las almas fraternas, las almas gemelas, en la adoración a la belleza y al arte del poeta suicida..

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Y su tumba estará siempre fresca y perpetuamente humedecida por el incomparable dolor de sus hermanos. Como en el responso a Verlaine del liróforo Rubén Darío, el hocico de la fiera se humedecerá en llanto cuando pase junto a este sepulcro que ocultará para siempre un misterio infinito:— el alma del poeta, muerto en plena juventud y que jamás podremos calcular hasta donde podía sorprendernos con la mágica creación de bellezas y armonías.

Medardo Angel Silva se suicidó. El áspid de la inquietud ya no morderá su pecho, el estilete del anhelo inexplicable ya no sangrará en su corazón que después de un intenso batir de alas se plegó súbitamente. . . . El sosiego y la paz, el silencio y la suprema tranquilidad quizá encuentre en el esquife del lago misterioso.

## La conversión de Lavedan

---

DE vez en cuando, es necesario echar una mirada por el Mundo. No crean por eso que voy a escribir sobre la Liga de las Naciones, tópico que apasiona al Universo en el instante actual. No. Voy sencillamente a comentar un asunto no menos profundo dentro de su levedad, no menos grave dentro de su puerilidad. Se trata de la conversión de Lavedan. Sí, Lavedan, el exquisito dramaturgo, el sutil y hondo cronista parisiense se ha pasado con armas, bagajes y pluma al catolicismo. ¡Cuándo lo hubiéramos soñado! Porque hubo época en Lutecia en que el literato que dejaba de ser leído se convertía inmediatamente. Era una novedad que iba haciéndose vulgar; pero que servía de estímulo poderoso para los grandes éxitos de librería. Y así vimos a los Retté y a los Morice y a las señoras Adam, arrodillarse ante los

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

crucifijos de lívido marfil, para hacerles la ofrenda de sus almas que los hombres no querían recibir encerradas en volúmenes de doscientas páginas, al precio de cincuenta céntimos.....

Pero en Lavedan, un escritor tan leído y tan admirado, su actitud resulta un tanto inexplicable. ¿Inexplicable? La formidable guerra europea que acaba de extinguirse, después de sacudir frenéticamente las más recónditas raíces de la existencia humana, dando nuevas e inesperadas orientaciones a la vida de los hombres, ha obrado también sobre los sentimientos íntimos del gran escritor. Y la guerra europea —parece mentira— es la única fuerza para que Lavedan haya entrado a formar en los ejércitos del Gran Arquitecto. Si no lo estuviéramos viendo, de creer que se trata de una broma de mal gusto. Porque si es un tanto inexplicable la conversión de Lavedan, más inexplicable preséntase el hecho de que a última hora resulte Dios el más fraternal aliado de la cruenta y sangrienta epopeya de allende.

He aquí el romántico auto de fé del glorioso dramaturgo:

«Yo, dice Lavedan, fuí enemigo acérrimo de la fé y al burlarme de ella me consideraba sabio. Mas, luego al ver a Francia llorar con lágrimas de sangre, esa sonrisa se heló en mis labios. Colocado al borde del camino contemplaba yo a los soldados que desfilaban alegres y serenos, y al verlos correr sonrientes a la muerte, me pregunté a mí mismo: ¿Quién los

mantiene tranquilos? y hallé la respuesta en sus labios, al pasar ante mí murmuraban sus plegarias «Creo en Dios».

Yo conté las víctimas que iban a sacrificarse por nuestro pueblo y ví a las esposas y a las madres ofrecerlas ante el ara de la Patria, orando con fervor.

Comprendí entonces el consuelo que trae al corazón el creer en otra patria, en esa patria eterna, impregnada de caridad, mientras la patria terrena arde presa del odio más cruel. Esa fe es ciencia, ciencia de los niños, y ya no lo soy . . . . ¡Cómo me avergüenzo de ser tan pequeño a su lado!

Al lado del río de sangre que inunda a Francia, yo contemplo el agua sagrada de las lágrimas. Yo me desesperaba. Pero una vezuela de la Bretaña, cuyos hijos murieron destrozados por la metralla, bañada en llanto, reza su Avemaría ante la imagen de la Virgen Dolorosa y sonrío . . . sonrío resignada. ¡Cuánto me humilla el verme tan pequeño ante esa mujer!

Me engañé a mí mismo y os engañé a vosotros que leístes mis libros y entonásteis mis cantos. Fue una locura, un delirio, un sueño vano.

¡Francia, Francia, torna a la fe de tus gloriosos tiempos! Dejar a Dios es declararse perdido.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

No sé si aún viviré mañana: por eso hoy quiero decirles a mis amigos: Lavedan no se arriesga a morir como un ateo.

Me oprime una idea: Hay un Dios y tú andas lejos de él. Alégrate, oh alma mía, pues ya sonó la hora en que postrada de hinojos tú también puedes repetir: Yo creo en Dios ¡creo!....¡creo! ....Hermosas palabras que son el canto matutino de la humanidad; infeliz el que no las conozca, pues le aguardan las tinieblas más negras».

\* \* \*

¿Qué os parece? La suntuosa visión del heroísmo de Francia, el esplendor sagrado de la inmensa tragedia, el reflejo pavoroso de la sangre y la alegría inenarrable del triunfo final, han conmovido el corazón del ilustre pecador. La emoción le ha llegado muy hondo y el dedo divino de las plegarias ha abierto en su pecho una ancha herida por la cual han penetrado a su alma todas sus creencias dulces, todos los amables consuelos, todas las infinitas bienaventuranzas que proporciona la fé. Alma exquisita de poeta que tan intensamente sintió el «dolor que eternamente dura», no pudo resistirse a las amables ternuras religiosas. E hizo que su corazón se refugiara en el misticismo como en una fuente sin contaminaciones de las

tristes pasiones humanas. Allí encontraría la suprema piedad para favorecer al mutilado, la suprema esperanza para aguardar la hora postrera de la gloria, la suprema fé para las esperas resignadas y las muertas tranquilas.....

¡Lavedan se ha convertido! ¡Pobre Lavedan! Porque cuando se apacigüen los estímulos delirantes del momento, cuando se borren las visiones exacerbadas del instante, su pensamiento sufrirá la amargura de las ideas que desterrara en la hora del fervor. Acaso ahora mismo exclame como el doloroso Rimbaud: «El culto a María, la ternura por el crucificado, se despiertan en mi entre mil profanas *haderías*». Las *haderías* en este caso vienen a ser las fuertes ideas que alentara antaño y los hondos principios que sacudieran su acción y las blasfemias que estallaran en su boca. Esta sentimentalidad no puede perdurar mucho tiempo como un programa de vida y la tenaz ansia de creer de que embargara su espíritu el espectáculo de la guerra, es únicamente un diletantismo hermoso, pero fugaz; un gesto bello, pero efímero.....

Y en definitiva esta conversión resulta encantadora comparada con la de otros colegas del autor de «Su Majestad». Porque desde Verlaine, el célebre convertido de los últimos tiempos, hasta el más humilde creyente de la Providencia, todos han cambiado de bandera por causas fútiles. La fatiga del pecado y el abuso del «amor infatigables» ha puesto en

LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

oración a los espíritus y les ha llenado de la «ternura por María», sintiendo no obstante la tentación alucinante de «mil profanas *haderías*». Bajo la cruz han hallado exquisitos consuelos y en la dulce plegaria un baño lustral para despojarse de los remordimientos oscuros y de las hondas penas del amor saciado y del pecado repetido y perenne.....

Ah! Si yo pudiera tener la dicha de que el buen Cristo baje hasta mi corazón en oleadas de luz y me alumbre el camino y me haga odiar la carne, ya que de los tres enemigos del cuerpo, el demonio y el mundo me importan muy poco.....

## Elogio de las niñas feas

---

**P**OR qué las niñas feas no han de merecer alguna vez siquiera el elogio de un periodista ardiente?—es la pregunta que repetidas veces me he hecho. A las guapas, a las chiquillas encantadoras, a las hembras de triunfales bellezas, siempre alabadas y siempre adoradas, ya debe fastidiarles el canto que hacen perpetuamente de sus encantos todos los hombres en privado y públicamente, desde el más alto poeta hasta el más infeliz de los repórteres.

Y ello no es justo. Las feas, señores, también son mujeres. Sí, también son mujeres aquellas pobres niñas que todas las mañanas lloran frente al espejo y todas las tardes miran caer las horas tras de las vidrieras.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

También son mujeres esas figuras desgarbadas, lamentablemente tristes, de grandes ojeras violáceas, que jamás sintieron latir la llama de un amor correspondido dentro del pecho. También son mujeres esas desoladas siluetas que a pesar de sus veinte años, en una reunión, nadie las invita a bailar. También son de mujeres esos ojos pequeñuelos y sin gracia que brillan con una ansia loca de amor, sin que nadie en ellos repare. Todas, todas las feas son también casi mujeres. ¡Pobres muchachas pálidas y feas! Jamás lograrán el placer infinito de verse en la fuente de otros ojos amados, jamás sentirán el estrecho abrazo que se enlaza como liana cuando el beso estalla en las bocas hambrientas; jamás sentirán en el frenesí de un idilio la sensación de que la vida se escapa y las pupilas se quedan en éxtasis.....

Ah! cómo las compadezco y con qué ternura las amo! Porque no es racional que haya mujeres feas ni es razonable que existan chiquillas que se vean obligadas a guardar eternamente lo que a otras les roban a la fuerza, cómo las envidiarán.....

Tengo una vehemente curiosidad de saber lo que piensan de sus destinos las niñas feas, de averiguar lo que sufren en sus noches insomnes y en sus días grises. ¿Se darán cuenta de su tragedia? Por muy vanidosas que sean, la indiferencia de los hombres debe dolerlas como un bofetón. Y yo creo que las pobrecillas hasta nos odian cordialmente.

Tienen razón, ya que por piedad siquiera deberíamos recoger de ellas lo que naturalmente tienen afán de entregar y que las bonitas esquivan con remilgos, haciéndonos creer en inexistentes tesoros!

¡Pobres muchachas pálidas y feas! Nunca las he visto «amarillas y con ojeras», nunca las he visto «pelar la pava» y siempre en cambio—¡cuán triste!—las he mirado con los ojos ardientes, tras de las vidrieras, atisbando el pasear romántico de algún Don Juan hortera que requiere de amores a una costurerilla garbosa y juncal, amorosa y sensual.

¿Estáis contentas de mí, pobres muchachas pálidas y feas?.....

## Los sueños quiméricos

---

LA vida! . . . . El tema de siempre, tan viejo como la vida! —clamó Arnaldo, exquisito autor de un libro sobre la expresión de las emociones— ¡La vida! Pon atención, mucha atención, tú, divina rubia de los ojos verdes:— la vida es para gozar, para gozarla, para gozada; ella es una humorada que termina de súbito; aprendamos a no tomarla en serio; hay que «complacernos», que «hacernos felices» a nosotros mismos. . . . Y el peso de esta humorada hay que alivianarlo, depurándole de todos los dolores, obstinándonos en el placer denso y eterno. . . . ¿Que soy egoísta al decir «que me

quiero» y que solo «quiero gozar», lo más que me sea dable, sin devolverla nada?... ¡Claro! La vida es fugaz como un suspiro, falaz como unos ojos de mujer, y si vamos a preocuparnos de los demás, ¿cuándo gozamos nosotros?...

—Sí, venerables damas en el amor, interrumpió el general de la nevada cabeza—Sí, no creáis que soy tan anciano como revela mi semblante.... Dame una copa, Judith, que tengo secos los labios de tanto complacer a Concha que se ha mostrado esta noche insaciable de mis besos....

Judith, la melancólica Judith, sirvióle un ajenjo:

—Por tí, Juchita, exclamó el General, vaciando ávido la copa. Arellenándose y después de un momento de contemplar plácidamente las volutas de humo que partían de su cigarrillo y que en espirales se retorcían ante sus ojos insaciables y sensuales de fauno enternecido, haciéndole evocar divinas formas extintas y lindas curvas vaborosas, continuó:

—...Yo, en mis tiempos de virilidad y mocedad, fuí un don Juan....

—Tristes recuerdos de placeres que nadie ha visto—interrumpióle Cecilia, quitándose una rosa de la herida de su boca—porque tú, querido amigo, debes sólo esperar ya el lazo de la tumba y no las «dulces cadenas del amor» ...

El viejo fauno insinuó una sourisa y prosiguió:

## LA ALCOVA DE LOS EXTASIS

—Sí; cómo me oís; fui un Don Juan de capa y espada. Y supe, además, adorar a las mujeres, pobres muñequillas nerviosas, nacidas solo para amar, porque ¿qué puede hacer una bella sino dedicarse al amor?... Y gocé. La vejez vino pronto ¿me importa acaso?... ¡gocé! Y ahora me queda como postrer placer—suave y grato placer—el de no haber «perdido mis días», como dijo el imbécil de Tito....

—Calla, viejo amoral e inmoral, vete a dormir—gritó Margot ...

Arturo, poeta bello como Lucio Vero, con una copa de dorado champaña en la mano, cubierta la melena ondulante de pétalos de rosa, que su amada, la histérica Clara, había deshojado en su cabeza, murmuró:

—Vedme: parezco un Anacreonte ... y que lo soy, sin ser ni tan viejo ni tan borracho como ese bardo admirable. Mi ingenua ha deshojado con sus manos felinas, finas y divinas, las flores prendidas en su pecho sobre mi cabeza de poeta... vedme vosotros ¡oh, necios! que discutís de la vida—como si la vida mereciera una discusión. Más cuestan los labios rojos y las sonrisas que insinúan esperanzas... ¿A qué hablar de la vida en esta reunión, en estos momentos, fantasmas de nuestros sueños, en estos minutos que se imponen a la realidad augusta y fatal de la vida... de ese ídolo triste y doliente que se llama así; pero que es necesario derribarlo con el placer... Oh! Lutzumas perversas, no entristezcáis la vida pensándola.

Pasad por ella triunfantes, mirándola a través de gafas azules que os la convierta azul.... Tened el esfuerzo de imponeros y seguir por el camino que el propio corazón os dicte... ..Pero gozad, que la tierra es infierno y nuestros deseos fuentes inexhaustas de agua alucinante y enloquecedora.... Y no os preocupéis de las cosas, que nada es verdad, salvo el amor de las almas y la bien entendida vida de los seres.... Esperad, esperad, no os apuréis: ya termino....

—Basta, basta....

La concurrencia bailaba una zarabanda diabólica de embriaguez y de lujuria ...

## La muerte de un raro

---

PARA relatar la vida y obras de ese gran espíritu extraño que hasta hace poco se llamó en vida Prudencio Iglesias Hermida, sería necesario poseer la pluma fantástica de Prudencio Iglesias Hermida. Compañeros, ha muerto este raro, en plena juventud, cuando su vida era una caja de sorpresas que a cada instante nos maravillaba con una actitud inesperada o con la publicación de un libro loco. Parece mentira que Iglesias Hermida haya muerto. Si pertenecía a esa estirpe gigantesca de hombres que producen la sensación exquisita de que la Desnarigada caerá vencida a los pies de la coraza invencible de su corpulen-

cia y de su salud! Iglesias Hernida era alto, hercúleo: tenía la cabeza rapada y unos biceps que garantizaban la irrefutabilidad de sus convicciones. Siempre que yo veía un retrato suyo, me decía íntimamente: Prudencio Iglesias no morirá jamás.

Helas! El formidable luchador ha caído también para ser pasto de los gusanos como cualquier poeta raquíptico y mediocre. Y lo más triste, lo infinitamente doloroso, es que su muerte ha sido una negación de su vida, una muerte bufa, una muerte ridícula que jamás soñamos sus admiradores ni él la presintió seguramente en sus días cárdenos de admonición y de combate. Compañeros, Prudencio Iglesias ha muerto en la cama! Se acostó una noche, con escoriaciones en la nariz y dolores en el pecho. Y ya no se levantó más. Una muerte bella vale por toda una vida, decían los griegos, que eran artífices supremos en su vida como en sus obras. Pero apenas podrá haber una cosa más inestética y risible que el espectáculo que presenta un joven, dueño de todas sus potencias y de todas sus virilidades, exhalando el último suspiro y estirando la pata, perfectamente acondicionado entre los almohadones del «lecho del dolor», Muertes semejantes tan sólo son buenas para los conservadores tranquilos que se despiden del mundo besando el marfil de un Cristo y emborrachándose de zahumerio.....

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

El admirable autor de «Gente Extraña» cuánto habrá sufrido en sus momentos finales ante la certidumbre abominable de que iba a morir... en su cama, sosegadamente, como una «buena alma de Dios». Y es que Prudencio fue perennemente un soberbio espíritu altivo. Jamás conoció las contempORIZACIONES sociales y lo que todos dicen al oído y con voz apagada, él lo soltaba en pleno rostro y en público. Su pluma pulverizaba y los periódicos que escribía echaban fuego. Así, por ejemplo, decía:

—¿Cuál es el escritor más cretino?

—Fulano de Tal (y escribía el nombre con todas sus letras).

—Hombre! Ese no es un escritor. Es un caballo.

Este modo de decir verdades, le atrajo una lluvia de odios e innumerables duelos. No le importaba. Jamás cambió una opinión y si el atacado protestaba, Prudencio batía su gran bastón, que en su diestra tomaba los relieves de un monolito. O si el caso era más apurado, de un puñetazo ponía fuera de combate al enemigo. Sus pensamientos y sentires estaban muy bien respaldados. Por eso, en su vida de periodista dijo muchas cosas y dio muchos puñetazos que fueron siempre incontestables.

En España fue el verdugo de la literatura contemporánea, tal como fue León Bloy en Francia. Y deja muchos libros preciosos y de una fantasía verdaderamente maravillosa. ¿No

habéis leído «La Última Noche del Pirata Barbarroja», «Gente Extraña» «De caballista a matador de toros» y otros igualmente fabulosos y raros?

Y este hombre hercúleo y de cabeza rapada, tenía no obstante exquisiteces de maternal ternura. Una vez, nós refiere Ventura García Calderón, que se hallaba un grupo de amigos, charlando animadamente en la Puerta del Sol. El que más vociferaba, relatando irreales aventuras, era Prudencio Iglesias, De pronto calla y separándose rápidamente del corro, se acerca donde una anciana ciega, la coge delicadamente del brazo y la hace cruzar la vereda. Este era el hércules periodista, a cuya muerte mucha gente habrá respirado con un «gracias a Dios».

El mismo «gracias a Dios» con que recibieron innumerables ecuatorianos la muerte de Ernesto Mora. Oh! casta admirable de hombres!.....

## Las amadas desconocidas

---

LA otra tarde, de una manera sorpresiva, oí que una chiquilla decía a una amiga suya: —Ahí viene el de las cinco.

El «de las cinco» era un mozalbete más o menos elegante, presumido y simpático, que al cruzar por la calle, sin detenerse, quedó mirando a las dos muchachas por varios segundos. Como el joven de las cinco, en la vida de las niñas que han entrado en la época de coquetear, hay varios que tienen su apelativo en una hora cotidiana. Uno es el de las once, otro es el de las ocho y un tercero es el de las dos. . . .

Acaso las chiquillas ignorau sus nombres, no conocen nada de sus existencias ni de sus familias, pero esos jovenzuelos influyen de un modo trascendental en el desfilar de los sueños femeniles. Ya es conocida la hora que pasa por la calle, talvez es un vecino, y las chiquillas le aguardan. El mozo también las conoce e indiferentemente las mira. Quizás alguna vez se atreve a saludarlas, pero en la constancia de verlas no pasa por su magín la idea de entablar un amorío. . . . .

Estas son las amadas desconocidas. Todos tenemos una o muchas. Y siempre pasamos ante ellas sin preocuparnos de su hermosura, mientras ellas nos sonríen levemente y aguardan la venida del novio. En el misterio de los destinos, acaso alguna de ellas es la llamada a brindarnos la felicidad, pero no las adivinamos, y seguimos nuestra senda como si ellas no existieran para nuestro corazón. Son las perpetuas extranjeras a nuestras almas . . . . .

Ah! las amadas desconocidas! Un buen día, la chiquilla exclama:

—Ahora no ha asomado el de las tres.

Y en los días subsiguientes tampoco aparece el hombre de esa hora. ¿Qué ha sucedido? Seguramente se ha mudado de casa o los menesteres de la vida le han obligado a cambiar el itinerario de los días. Pero cualquier incidente, por pequeño que sea, dificulta el verse con la «amada desconocida». Y ella, la ya acostumbra a mirar el paso del mozo de las tres,

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

siente que algo falta en su vida, experimenta un ligero vacío en el corazón. Tal vez los primeros días un poco de dolor le atormenta como si algo hubiera muerto dentro de su pecho. Desde luego, la angustia no durará largo. Muy pronto la chiquilla le sustituirá con otro, que será el de las seis o el de las doce. ....

Rubia, roja o pálida, ¿cuántas «amadas desconocidas» esperarán la hora que voy a almorzar para mirarme un segundo? Porque el momento de ir a acostarme estoy seguro que constituiría una vana espera. ....

## Los desplantes de Pío Baroja

---

**C**ONOCEN Uds. a Pío Baroja? Ya sé la contestación que darán muchos a esta pregunta. Dirán:—Sí, es un gran escritor. Pero yo respondería con la seriedad que me caracteriza:—Ya lo creo, es un escritor español. Y en esta frase breve habré resumido para los espíritus dilectos, toda una montaña de desdén y de verdad. Porque yo creo que en España tiene el arte un resurgimiento maravilloso, pero tan sólo en la pintura. No admiro ni siento el arte de sus demás artes. Después de cuatro o cinco nombres que llevan en el alma la estrella de los privilegiados, que nacieron elegidos para que el misterio les diga su secreto, los demás se anegan en un vacío de infinitas desolaciones. Pero esos cuatro o cin-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

co nombres son demasiado geniales para ser de España. Mucho oigo hablar de sus pensadores, de sus novelistas, de sus poetas. En mi fuero interno siempre me he preguntado: ¿Dónde están y cuántos son? Y por no escuchar el fracaso de amables deseos que quisiera fuesen efectivos, he preferido que la interrogación pase a la categoría de enigma.....

Una urgencia de mi espíritu es la sinceridad. Avido curioso, he peregrinado a través de toda la literatura española contemporánea, sorprendiéndome cada vez más hondo el desencanto de tristes realidades. Las miradas inquisidoras de mis ojos derrumbaron las sólidas columnas que sostenían a los «astros de primera magnitud», y ellas al caer—cuánta pena—torcieron el cuello, dentro de mi corazón, a un tumulto de ilusiones doradas.... Porque en mis liminares anhelos, soñaba ingenuamente en la grandeza intelectual de España. Pero tras una dulce Inquisición me había acechado cruel el desencanto. Y jamás hallé una explicación racional a la fama esparcida por bombos y clarines del ingenio de una mayoría de los escritores de allende. Sin duda con la literatura sucede lo que con la moda. Tal las mujeres se ponen un vestido grotesco porque la orquídea de la moda, la más exigente de las tiranas, lo manda, los literatos, o los que intentan sufrir de este «exquisito mal», aceptan en silencio y admiran en alta voz, las pavorosas crinolinas ideológicas de un pensador apó-

crifo o la falda pantalón de un falso artista que hace arabescos a la luna. Son los consagrados, los gloriosos, los victoriosos los que pasan «en autoridad de cosa juzgada». Y son también los que crean siquiera por un momento la dinastía de los nuevos prejuicios, de los funestos prejuicios artísticos, porque corrompen el arte puro, la idea pura.....

Yo, con otros «foragidos de melena», en un recontar sin término de impresiones hemos extraído el oro del acerbo de escoria. Pero sería inoportuno y odioso que en una ligera crónica como ésta, me pusiera a citar nombres y acumular mis visiones, mis sensaciones, mis emociones para comprobar y fortalecer a esta desnuda y dolorosa realidad. Además, mi objetivo en estas breves frases es diferente. Mi objetivo es poner de relieve el sentimiento ingrato y desdeñoso que alientan los «españoles de España», como se califican allá cuando no necesitan de los «españoles de América». Melosidad de cocodrilos.....

Ya no me extraña la exhuberancia de su ignorancia ni la pedantesca altivez que cobran los escritores hispanos cuando van a ocuparse de asuntos literarios del Nuevo Mundo. Un erudito escritor español, seguramente de frágil memoria para las cosas modernas, pues que tiene el afán maniático de revivir la prosa arcaica del siglo de oro, aseguraba, con datos incontrovertibles, que Montalvo había nacido en el Uruguay. Y como Pedro de Répide, que así se

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

llama, existen innumerables literatos españoles que dicen que Olmedo era yanqui, que Herrera y Reissig era panameño, que Rodó era nicaragüense, que Rubén Darío era de la Cochinchina... ..

Ante estos *lapsus calami* de la ilustración española es más fácil reír que llorar, como aconsejaba Gil Blas. Pero mientras los escritores no pasaban de un desconocimiento absoluto del servicio que debe darse a los mapas de las naciones, todo era tolerable y hasta pintoresco. Y como ya se ha dicho que la patria es una casualidad geográfica, siendo en nuestro caso una calamidad, la ignorancia de los Pedro de Répide resultaba en nuestro favor.....

Ese aspecto de Polichinelas graves que toman los españoles para América es justificable. Es el cortejo de egoísmos que reacciona ante la imposición de nuestra superioridad. Jorge Ohnet debió alimentar sin duda el mismo sentimiento frente a la prócera figura de Víctor Hugo, el poeta de las barbas patriarcales. No puede negarse la influencia maga que América ha tenido y tiene para España. Al ritmo de un nombre brujo las muchedumbres que sentían en el alma un ruiseñor cautivo, se agruparon en éxtasis de maravilla. Y después le siguieron alucinadas, igual que si el poeta hubiera tenido el poder de unos ojos magos de Oriente que encantaran con el sortilegio de una mirada... y el chorotega Rubén Darío, de manos de marqués, señaló en España los troqueles

ignorado de las nuevas sinfonías y arrojó en los espíritus el diamante de la inquietud.

Nadie puede negar esta verdad, nadie puede desconocer que ese magnífico de las «Prosas Profanas» fue la iluminación súbita en la sombra. Nadie, pero Pío Baroja sí. Oíd lo que dice: «Paralelamente, sucede que, a veces, en un pueblo nuevo se reúne toda la torpeza provinciana con la estupidez mundial, la sequedad y la incomprensión del terruño con los detritus de la moda y las majaderías de las cinco partes del mundo. Entonces brota un tipo petulante, huero, sin una virtud, sin una condición fuerte. Este es el tipo del americano».

Pío Baroja, en cambio, es el prototipo del español: dulce, lógico, razonable, amante de los toros, chulesco y autor de varios libros en una prosa desgarbada. Además es germanófilo y hoy, como se ve, ha sentado plaza de *herr* profesor y aplastándose la nariz con la punta del dedo índice, después de seria meditación, murmura con gravedad: «América es por excelencia el continente estúpido».

Colmado de acierto se encuentra este libro «Juventud, Egotría», que acaba de publicar el manso sociólogo Pío Baroja. Se ha puesto a repetir el caso del señor Kant en una esfera muy baja, desde luego, pues sólo el hecho de insinuar la comparación resulta grotesca. El filósofo creador de la teoría del imperio de la razón pura escribió, seguramente

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

para llevar a la práctica su doctrina, un libro de costumbres sociales, después de largo viaje... al rededor de su cuarto. ¡Os imagináis lo que será tal producto libresco! Pío Baroja, a su vez, zurce un panfleto, sin conocer América, sin tratar a los americanos e ignorante del valor cerebral de sus hombres representativos, la obra de su cultura y la influencia que para sus compatriotas, el «hermano español» ha tenido el genio del hombre del nuevo mundo.

De Pascal se afirma que jamás conoció una mujer, que ignoró hasta la tumba el frenesí que despierta una caricia, que nunca sintió el espasmo delirante que crea. Don Pío Baroja, además de ser español, que ya es demasiado, sin conocer la dulzura violenta de las comuniones sexuales ni la ansiedad inextinguible de besar, intenta describir con riqueza de detalles la sensación de una noche de prodigias batallas de amor.—Y, naturalmente, resulta admirable como pintor de cuadros de erección cerebral para complacencia de otros españoles eunucos.

¡España y América! Si analizamos sinceramente, desapasionadamente, la influencia de América en España, se reconoce en seguida que la ruta de Hernán Cortez se cambió desde antaño. De la virgen América fueron los hombres a poner en evidencia a la «heroica y gloriosa» Península. En vez del fiero guerrillero que vino a América se fue allende el Hombre de letras que llevaba, como en la leyenda

oriental, el pájaro que canta, la fuente que da oro y el árbol que habla. Rubén Darío abrió los nuevos rumbos, y después de él toda una caravana de bardos y escritores sellaron la gloria de América y España. La segunda se apropió de lo que no le pertenecía y ahora, si fuésemos a hacer un estudio comparativo entre las mentalidades de América y España, veríamos la triste penuria de una patria de Píos Barojas. En efecto, dónde están los Rodó, los Darío, los Valencia, los García Calderón, los Gómez Carrillo, los Herrera Reissig, los Amado Nervo, los Gutiérrez González, los Riva Agüero, los Larreta....?

## La Paradoja del amor

---

LA vida es un espectáculo triste visto por un espectador regocijado. Esta luminosa definición de la vida se me ha ocurrido al analizar una paradoja de mi mundo interior. Es el caso que el doctor Kendal, el eminente astrólogo, leyó en mis manos muchas verdades. Entre otras me dijo:

—Tú tienes mucha suerte con el sexo contrario. ¿Sabes? Las mujeres te aman a tí con facilidad. Y no es por tu talento ni por tu cara, no; es porque tienes un efluvio secreto, emanas un magnetismo interior que las bellas se te rinden gratuitamente. ¿No es cierto?....

No serían éstas precisamente las palabras que usó el sabio quiromántico; pero en el fon-

do fueron las mismas. Y la verdad, sobre todo la profunda verdad de estas palabras, me dejó frío. En efecto, tengo una suerte loca con las mujeres....

Este año que ya termina, he rendido o me han rendido treinta, no estoy bien seguro, excluyendo una legión de flirteos.

Emilia, una morena de labios sensuales, se abrazó de mí después de bailar un *one step*, en que no la dije nada, fingiendo un desmayo, para decirme que prefería morir antes que olvidarme. Rosaura encontró delicioso un pastel que yo había mordido y olvidado en el cabezal de la banca de un jardín, mientras atendía a Fanny que me averiguaba cómo podía mantener la blancura de mis dientes siendo un tenorio.

De todo esto no me vanaglorio, porque como me dijo el astrólogo, el fuego interior es contagioso y a ello debo mis éxitos, como deben los suyos otros tantos.

Así debe ser, porque Lorenzo Rizal, mi amigo, el filósofo sentimental, que trabaja su amor con el corazón en la mano, pierde siempre sus partidas cuando está a punto de ganarlas, mientras que yo, que pongo mi sentimentalidad en las yemas de mis dedos, las gano infaliblemente....

La conclusión a que he llegado es de que las mujeres son seres esencialmente táctiles y voluptuosas como las hembras y los gatos, y que aquellos que levanten el estandarte de

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

la conquista femeniua con flores y galanteos, se aplastarán con sus elegías y madrigales.

Yo os aconsejaría, amigos queridos, que cuando os lancéis al amor, pongáis cuidadosamente vuestro pensamiento, vuestro deseo, vuestra alma y, en fin, todas las fuerzas que concurren a hacer espiritual y humano el amor, en una sola parte: en vuestra epidermis. . .

Y no obstante, yo declaro que la mujer es un mito. Todas las reglas fallan, todos los cálculos se derrumban cuando nos topamos con una mujer. Es de una simplicidad tan complicada como la tela de araña, que lo único que sabemos de ella, en definitiva, es que sirve para atrapar moscas.

Rizal, el amigo trágico, se pasó seis meses escribiendo deliciosas y sentidas cartas a su amada, cartas que eran para crear mundos de ilusiones, y al término de ese tiempo, su «anhelo», como él la llamaba, le contestó que se explique porque no le entendía. Entonces Rizal, sospechando cómo entendería el amor, sin decirle una sola frase, la estrechó frenéticamente entre sus brazos y la besó. De allí en adelante se amaron. . . .

Ya veis, entonces, cómo sienten y cómo comprenden las mujeres el amor, y porque no hacemos siempre lo mismo, nos llaman crueles, ingratos, perversos. . . .

Esto es lo que he querido llamar la paradoja del amor. Ignoro si esté bien el calificativo. Pero lo cierto es que, a pesar de mi

buena estrella para con el bello sexo que ya lo había palpado y que hasta leyó en mis manos el doctor Kendal, no puedo sacar todo el partido que debiera. ¿Por qué? La razón es muy fácil: se necesita tener una sicología de una sola pieza. Es necesario amar espiritualmente y rendir a las mujeres por el amor profundo como el famoso Don Juan o en su lugar, es preciso alcanzarlas, sólo por la fuerza del deseo y el ardor de los sentidos como Casanova. Los tipos que, como yo, unos días tenemos romanticismos donjuanescos y creemos que el amor es dulzura, ternura e idealidad y otros días amanecemos como Casanova y pensamos que el amor lo es puramente la mujer, nadamos siempre entre dos aguas y como no atinamos por cuál salir a la playa, preferimos quedarnos inmóviles, sin hacer el amor a nadie. Así, además, no corremos el peligro de que una mujer a la cual amamos como Casanova nos corresponda como a donjuanes y viceversa, produciéndose la mutua incomprensión y la necesaria ruptura, que trae ineludiblemente la mala fama de los hombres, pues nos acusan las mujeres de no saber querer.

Y este es el terrible equívoco que amarga la vida. Pues por estas razones, no obstante mi buena suerte con el inquietante bello sexo, no gozo del amor como es justo, ni saco de la mujer el partido que naturalmente debiera....



---

---

# Frivolidades Femeninas

POR IRMA LEAL

*Por la Copia.— DILETTANTE*

---

---



## Confidencia de ingenua

---

**T**ODOS los domingos quiero conversar un momento con vosotras, desde las columnas de este periódico, que tan galantemente se me ha ofrecido. ¿Sobre qué temas charlaremos? Sobre los mismos de siempre, aquellos motivos deliciosos y brujos que llenan nuestra vida: discartaremos sobre el amor, volveremos por pasiva los adjetivos que usan los hombres para calificarnos: les diremos pérfidos, mendaces, inconstantes, locos de atar. . . . Hablaremos de problemas graves como son nuestros sueños y nuestras quimeras. Murmuraremos de modas, de trajes, de flores, de perfumes y de otras cosas igualmente trascendentales y necesarias. Alguna vez también nos preocuparemos de las varias ideas que atormentan a las feministas de allende. Hay que hacerlo, aunque tengamos arraigada la convicción de que más inte-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

resante es saber la última clase de peinado que se usa en París, que el reciente motín encauzado por nuestra regeneradora, la amable señora Pankhurst, calificada impunemente por los hombres de «terrible»....

Yo, como todas vosotras, creo que soy un manojito de nervios palpitantes dentro del pecho. Me he mirado en el espejo de marco dorado de mi *boudoir*, y me he visto, ¿qué? ... Luego de extasiarme largo rato en la contemplación de mi rostro—con el santo deseo de no envidiar la belleza de ninguna íntima amiga mía—he venido a confesarme que merezco el sufragio unánime de quienes me rodean. Dispensad la egolatría, ya que vosotras rendís el mismo culto, el más mago y el más desinteresado de los cultos. Porque al alcanzar la plena conciencia de nuestra belleza, podemos entonces lucir la armonía de nuestras líneas a todos los sedientos de un ritmo, a todos los ávidos de una rima, a todos los que sienten la divina emoción que prodiga el sonreír de dos ojos en una cara.... que sepa sonreír.

Ya os dije: el espejo, con su voz fina y amorosa, que llega tan hondo, me murmuró lentamente al oído: «Tú eres bonita». Y verdaderamente mis ojos alucinadores merecen el madrigal de un poeta, mi boca ha nacido—¡qué sé con cuántos siglos de atraso!—pues es digna del sutil pincel del divino Eufusión, cuyo arte lo puso al servicio de pintar labios femeninos. Si los trovadores lunáticos y apasionados no

hubieran vulgarizado la imagen, dijera que la curva de mi cuello alabastrino se afina para la guillotina. El perfume de mis senos (¡senos, copas de locura, flores de pecado—he oído decir) es embriagador, violento y dulce como un idilio de amor, bajo la luna. ¿Para qué describiros la línea pura de mis cejas, el lóbulo nervioso de mi oído, la blancura lívida de mis manos—cinco lirios exangües? . . . Los detalles responden al éxito ruidoso del conjunto.

Amando los detalles, odiar el Universo  
Sacrificar un mundo para pulir un verso.

Pero sobre todo irradia y luce mi cabellera, esta cabellera que brilla al sol con reflejos de oro antiguo, esta cabellera que parece mi bermeja cancerbera, la defendedora eterna de las amables locuras que finge desrazonar mi cabeza . . . La mata de mis cabellos es la bandera que flamea mi locura, tras de ella se oculta mi instinto y con ella de por sí se defienden mis desvaríos. Cuántas veces me han dicho palmoteándome en las mejillas: «Chiquilla locuela, cabecita loca» . . .

Y aquí me tenéis, buenas amigas, todavía en el prelude de mi crónica y sin embargo escritas innúmeras cuartillas. Por eso, haciendo gala ahora de esa encantadora virtud de la imprudencia, de ese exquisito defecto de la curiosidad, váis a preguntarme: ¿A qué ha venido esa minuciosa relación de vuestra belleza, ese amor de descripción de vuestra sirena beldad?

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Voy a contestaros. Todo este largo «pórtico», viene para deciros que no deseo hablar de modas. Y como precisamente las últimas innovaciones, las renovaciones del vestido son las materias importantes que siempre nos interesan con febril ansiedad y en lo que ponemos todos los sentidos—el sexto y los que nos faltan en otras cosas—he puesto en práctica nuestra usada manera de alargar el minuto de la llegada al hecho final.....

Vosotras sabéis más que yo que la indumentaria debe cuadrar a la esbeltez del cuerpo, que el color de la tela debe armonizar con el matiz y frescura de la cara, que el corpiño debe procurar la animación del rostro, que el peinado debe completar la armonía lineal de la faz, que el sombrero debe echar sombras o luces, como convenga, al fulgor de las piedras preciosas de nuestras pupilas. Por esto, ante vuestros ojos he analizado los componentes de mi belleza: ¿Cómo, pues, me vestiríais a mí?....

Ahora bien: he esquivado hablaros de modas, porque soy enemiga de las inoportunidades. Y el tiempo que hace ahora es una paradoja cruel para charlar de vestidos con las elegantes. De mi ventana, apenas si veo cruzar dos mujeres bien vestidas en el día. ¡Cualquiera nos atreveríamos con esta lluvia!.... De lo contrario, ya os habría explicado las medias que actualmente hacen *furor* en París.—Son de color «gris desnudo»—así las han bautizado en la *rue de la Paix*, por leves, por

transparentes, por impalpables, por delicadas. Os diré además que deben su nombre a su finura y al color, son tan finas y tan bien coloreadas, que en las piernas de la mujer parecen que no existieran. ¡Medias irreales, medias fingidoras del bruñido de la piel! . . . . .

Sobre estas y otras cosas más, os conversaría. Pero es tarde ya y la lluvia, la enemiga de la elegancia como un marido avaro, sigue cayendo con su melancolía. Además, escribo estas líneas en la décima quartilla y conozco nuestra encantadora manera de ser: a lo mejor, dejamos aquello en que con más ahinco pusimos nuestra ilusión (¿qué dirán ellos?) y si esta primera crónica me resulta larga, corro el peligro de que ni el título jamás volváis a leerlo. Pero os ofrezco, pese a las murmuraciones de que me haréis golosina y en las que seguramente tomaré parte, seguir desde hoy con estas frágiles y espumantes charlas femeninas. . . . .

\* \* \*

Para terminar, encantadoras amigas—D<sup>ra</sup> Anunzio nos llamó la Enemiga—espero vuestras indicaciones, vuestras revelaciones, vuestras quimeras, vuestras nostalgias, vuestros anhelos, vuestros amores, vuestros dolores, vuestros sueños, vuestros misterios. Todo me será precioso e infundirá alma a estas locas crónicas volanderas. . . . .



## El poeta de las mujeres

---

**E**L poeta de las mujeres! ¿Cuál será nuestro poeta? Ah! Es tan difícil decirlo y es tan profunda, múltiple y complicada nuestra alma que no siempre un cantor puede tocar nos en la herida. Nos han comparado siempre los hombres a la ola y a la nube para indicar que nuestra alma padece de las edificantes virtudes llamadas inconstancia, volubilidad, perfidia. Nosotras no podemos esquivarnos a que así nos caractericen, pero si aclararemos que en las reconditeces de nuestro sér nos ignoramos, no nos encontramos, no nos hallamos a nosotras mismas. Algún día, a la hora de las castas confesiones, quizás podamos hablar de los crepúsculos de nuestras almas, de las medias tintas de nuestros corazones, de todas nuestras melancolías, de las alegrías que nos

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

hacen llorar, de las tristezas que nos hacen reír, de los amores profundos y eternos que nos causan fastidio y de los leves amoríos que tornan nuestra vida en un incansable suspirar de pesar . . . Con esta encantadora manera de ser, justo es que no siempre estemos prontas a las emociones fáciles ni que se agite nuestro pecho merced a una tirada de versos. No por esto voy a cometer una vez más el ingenuo pecado de la indiscreción declarando que no han existido poetas femeninos, poetas que hayan entrado en nosotras todo lo entrable, poetas que no hayan sido entera y de nuestra exclusiva propiedad (¿verdad, Safo?)

Pero ellos son tan pocos, que acaso se les puede contar en los dedos. Soy enemiga de hacer gala de erudita, por el temor de que me tachen de vanidosa, pero hay ocasiones en que es imprescindible tomar el monopolio de este amable adjetivo. Mi poeta predilecto es . . . son varios. Todos ellos han sido fervientes amantes, trovadores lunáticos, almas en pena, torturados malditos, apasionados delirantes. Sobre sus frentes ha irradiado la estrella del genio y siempre tuvieron

«Los pies en lodo y la cabeza en llamas».

Para todos ellos mi corazón ha sido pródigo en sueños. Y para cada uno, con qué infinita ternura no me habría convertido en una desolada Verónica, enjugadora de los dolores que las otras mujeres vertían sobre sus penas. Hablo este momento con entusiasmo de musa,

por lo cual no estoy segura de que en vez del bello poeta y brunmeliano Byron yo acaso hubiera adorado a ese divino e insolente Brummel.

... A lo largo de mis noches de vigilia, de lectura y de quimeras, repetidamente me he preguntado ¿cuál es el poeta que más me gusta? ¡Todos! ¡todos! Amo el lirismo férvido y doliente y la dispersa vida de Musset, el poeta hermoso, borracho trashumante, amante burlado, tenaz en su cariño y en su dolor. Amo las extravagantes inquietudes de Baudelaire, el esclavo condenado a adorar perpetuamente a aquella «Venus de ébano» que le condujo a la ribera de la muerte. Amo a Verlaine, el obsidiano peregrino de los cafés, que pedía con idéntico ardor ajento o muñecas de carne. Amo las sollozantes quejas de Heine, «el ruiseñor que posó su nido en la peluca enpolvada de Voltaire». Amo a Gutierre de Cetina que hizo surgir de una mirada—como de una crisálida en eclosión—un madrigal cincelado en mármol. Amo al cínico y glorioso Campoamor, amargo y disolvente como una dolora. Amo a Bécquer, el poeta que más hondo nos ha tocado y que tiene por ello la predilección unánime de todas nosotras. Amo al Petrarca, (dispensa, Laura) incansable, constante, apasionado y tierno. Amo a Santa Teresa de Jesús, la más erótica, la más febril, la más amorosa, la más ardiente de las mujeres. Amo a Kempis, autor de esa dulce «Imitación de Cristo», el más acabado breviario del amor sensual

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

que conozco. Amo y lloro aún por Delmira Agustini, ingenua y voluptuosa, que tuvo el gesto de suicidarse:—gesto vano, porque la muerte, a semejanza de la vida, no merece ninguna resolución definitiva. Amo a D'Anunzio, enfermo de la «tristeza atroz» que produce las romerías inolvidables de erotismo, hechas carne en los libros de la granada, a lo largo de los cuales corre aullando y frenético el amor como picado por diez mil flechas lanzadas por el sublime niño sagitario. Amo a Rubén, el lírofóro sagrado que rugía en sus noches oscuras.

Hacia las fuentes de muerte y olvido (Francisca Sánchez, acompañame).

Y muchos más podría—vanidosa—citar. Me he colmado de toda la lírica que principia con Ovidio, Safo y Anacreonte y sigue a través de los siglos a parar en Gabriela Mistral, una admirable poeta de Chile, una linda Corina rediviva que hizo versos tan magos como sus ojos. Pero ¿para qué? De la innumerable cantidad de poetas quizás el uno por mil nos conmueve, nos inquieta, nos ocupa y nos preocupa y nos llega al corazón. Los demás, son la música de un soneto en el vacío.....

¿Qué opináis a esta disertación hermanas mías? En América—actualmente no hay un poeta que «me deje fría», como decimos. Ninguno remueve un estado crepuscular de mi alma. Ninguno escribe el verso que haga florecer en mis labios el agradecimiento: «Este

amor es el amor mío». Habrá poetas grandes, armoniosos, artistas, pero no hay poetas de mujeres....

Y una pueril pretensión sería decir que en el Ecuador los ha habido. No, nadie. Todos han sido exhuberantes y épicos, con clamor de tambores y resonar de descargas. El joven rimador de pizicatos a *sotto voce*, el autor de poemas lánguidos como rayos de luna, el que debió decirnos el «verso azul y la canción profana», el que debió enseñarnos la trova que se entrecorta de besos, el que debió musitar a nuestro oído una queja enexistente y sutil, el que por nada debió llorar ante nuestros ojos el peso de la vida, ese no ha venido aún.—Arturo Borja que se perdió camino de sus quimeras, torciéndole el cuello al Cisne, empezaba a balbucir su amargura con el ritmo de los poetas predestinados. ¡Qué inmenso mundo interior!, ¡que vastas perspectivas, nos hubiera hecho columbrar desde el mirador de su torre de marfil este niño curioso!. Porque no fue más que un niño, ávido y cansado de la vida al mismo tiempo, que se quemó como una llama, elevándose.....

## La mujer y el bigote

---

**S**OBRE qué pensáis que voy a escribir ahora? Mi espíritu que hoy ha amanecido triste, casi «con la luna», se halla incapaz de hacer piruetas y revoloteos sobre cuestiones frágiles y pueriles como las alas de una mariposa. Quiero ocuparme, pues, de cosas graves como la muerte y el amor. Y he escogido un tema que rima a maravilla con el estado de mi corazón y que si no es completamente simpático es en cambio sustancialmente importante. Vamos a discurrir, queridas mías, sobre el bigote.

Soy enemiga de usar lugares comunes y la delicadeza de mi alma se niega a citar los refranes de que se sirve todo el mundo para ocultar su falta absoluta de sentido común.—Pero aho-

ra viene de perlas aquello de que en gustos no hay disputas. Y es así, en efecto, tratándose de este inquietante problema.

A unas nos enloquece un mostacho gallardo y bien rizado; a otras encanta el bigotillo recortado que sigue la curva del labio; a muchas les apasiona el bozo rubio comparable a la pelucilla que florece en las manzanas y otras frutas que invitan al mordisco como frutas carnosas. Hay mujeres que gustan de las luegas barbas asirias, las hay que se mueren por las recortadas a lo caudado, las hay que se privan por las que flotan como dos alas al viento, las hay que se cautivan por las patillas rectas como las que gustaba el Mariscal Sucre. Las hay que aman las barbas en forma de signos de interrogación y las hay que pierden el seso por las barbas que tienen forma de barbiquejo. Y las hay finalmente que adoran a los barbilampiños, sin gota de barba, y lo que es peor, sin huellas ni esperanzas de tenerla...

No creías, hermanas mías, que por lo dicho sea fuerte en bigotes. No. Tan sólo he querido probar que hay mujeres, como ya dije, para todos los gustos y para todas las edades. Y pasa con esta particularidad del bigote lo que en general sucede con los hombres. El más feo tiene quien le quiera. Hay que descartar, desde luego, esa falsa aseveración que nos han acomodado los tontains buen mozos, de que el «hombre más hermoso es el más oso». Unas amamos a los bermejós.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

otras a los morenos, otras a los altos, otras a los escasos de cuerpo y otras, y muchas de nosotras, amamos a todos al mismo tiempo. Porque la vida es larga y el amor es fugaz....

La otra tarde preguntaba a una hermosísima amiga mía:

—¿Cuáles son los hombres que más te gustan?

—Los lampiños, me contestó, porque los bigotes me fastidian y me pican los labios. Son horrorosos.

Yo que tengo gustos contrarios, me puse en seguida a discutirla. Pero fue en vano y por poco pierdo a esta hermana.

La hice ver lo justo que era amar los bigotes, puesto que ellos eran casi el único distintivo entre nosotras y ellos. ¿Cuándo se ha visto una niñera con largos mostachos? Yo sería incapaz de tornarme en una Dalila y mutilar a mi amado, de un rato a otro, convirtiéndole en un imberbe Vulcano. Mientras a mi amiga le molesta el beso que pica, yo desdeño el que estalla en una boca en que nunca hubiera crecido el bigote. Debe parecerse al beso que nos damos dos amigas al encontrarnos en una visita....

Habéis visto ya la diversidad de predilecciones que tenemos, casi imposible de prestarlas armonía. Pero se me ocurre ahora una pregunta: ¿cuál será el gusto más generalizado y dominante? A quienes amaremos más fre-

néticamente ¿a los hombres de barbas o a los barbilampiños?

Unámonos en plebiscito para decirlo con la franqueza y la elocuencia que nos caracteriza. Resolvamos de una vez para siempre esta importante cuestión social. Para el efecto, amigas mías, abro una «encuesta» con la siguiente pregunta:

—¿Es el señor de barbas o el que carece de ellas, el objeto de nuestras más dulces miradas?

Aguardo, hermanas queridas, vuestras contestaciones.

## El encanto del flirt

---

**I**RMA Leal reaparece, Irma no ha escrito estos domingos, no por incostancia, como podéis juzgar, sino porque he estado enferma. Si, muy enfermita ha estado esta amiga vuestra. Pero ahora, gracias al médico y a Dios, me hallo perfectamente, capaz de escribir un poco y desrazonar otro tanto. . . .

Al levantarme del «lecho del dolor», como dicen los poetas cursis, he tenido la sorpresa de encontrarme con una nueva escritora, que ha reemplazado mi ausencia. Lidia Salles, que así se llama mi colega, tiene en su primera crónica frases sumamente elogiosas para mí. Gracias, hermana querida, pero cuídese de que la conozca. Porque soy un poco egoísta y no

me agrada que la admiración unánime que puede acarrearne mi labor, sea dividida por otra mujer. Ahora ya le admirarán a Ud. también, encantadora Lidia, y a mí sólo me tocará una parte, igual a la suya.....Pero no me importa: si alguna vez se pone Ud. a mi alcance, ya le soltaré unas cuantas ironías para ver cómo me responde....Y por sus elogios, nuevamente gracias.

No obstante, tengo que reconocer que Lidia Salles, es una personita delicada y apasionada. En su última producción (¿cuánto tiempo se habrá tardado en escribir?) en su última producción toca un tema que nos interesa profundamente. Nos habla sobre el galanteo, sobre los piropos, sobre las flores vanas de amor, que deben deshojar los hombres a nuestro paso por las calles. Sin disputa alguna, todo caballero galante y que sepa descubrir la belleza de una mujer en el segundo del cruce de miradas, debiera tener una palabra de admiración y de cariño. ¿Por qué nó? Ello probaría que se siente de un modo irresistible la sugestión de las caras hermosas, revelaría que se conocen los libros sagrados de la galantería, que se han estudiado los dulces breviarios del amorío....

Las mamás, hermanas mías, no tienen derecho para oponerse a que un joven nos diga al oído, al rozarnos en un portal, una frase

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

cualquiera de simpatía. No se hace con ello mal a nadie, ni se corre peligro alguno. En cambio, de esta manera han halagado nuestra belleza y nos han repetido lo que por billonésima vez nos ha dicho el espejo. El torneo de galanterías callejeras es un placer para nosotras y también para ellos. Es el *flirt* de un segundo y la mujer que más piropos ha recibido en un día, puede considerar que no ha perdido el día....

Pero ¡oh!, tristeza! He notado con inmensa pena que en esta «muy noble y muy leal» ciudad de Quito, los mozos son unos bárbaros comparables a un seco sabio alemán. Cuando pasa una de nosotras junto a un grupo de «quiteños», todos nos quedan mirando con unos ojos....pero no nos dicen nada. Alguno, el más audaz, se contenta con regresarse hacia sus amigos, para decirles:

—Guapa chiquilla ¿verdad?

Y esto no es la galantería, no es la intensa vida del amor que debe derramarse por todas partes, por calles y plazas. En Lima, donde estuve algunos días, de paso en viaje para el sur, pude saborear la delicia profusa de los requiebros. Era un amable ambiente de galantería. De todas partes me llegaban los más graciosos requiebros, sin que jamás haya escuchado una palabra disonante, un adjetivo dudoso....

Así es como deben ser los hombres. En Quito no conocemos el *flirt* ni el amorío que puede durar tanto un minuto como el tiempo inconmensurable de un día.... Los mozos parecen un producto de las lluvias, pertenecientes a la familia de las nieves.... La vida aquí, pobres de nosotras, no ofrece halagos de ninguna especie. La única diversión es el cine, pero fatiga la vista y opaca la claridad de la mirada. Además, a mí me molesta, porque ya es sabido el proceso de un gran *film* de arte. Una pareja de novios que se ve precisada a separarse porque la familia se opone a su unión. El se aleja y ella se queda llorando. Pasan los años: el novio ha tenido mil aventuras, se ha hecho rico y vuelve un buen día a encontrarse con su amada de antaño. Como no se han olvidado, naturalmente se abrazan y se besan con un beso frenético y largo, ya conocido con el nombre de beso de cine. Desde este momento han labrado su felicidad y ya no se separarán jamás. Las luces se encienden, la película ha terminado y las «bodas hemos de comer mañana»....

Habrá más linda manera de fastidiarse? Y fuera del cine ¿qué nos queda? El dormir y el soñar, sobre todo el soñar, pero la vida, dulces hermanas, no es sueño, diga lo que mejor le parezca el señor Calderón de la Barca. Yo, por lo menos, creo así y al soñar prefiero, sobre todo en algunas horas, la verdadera, la dolorosa, la desnuda realidad.....

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Ahora bien; si salimos a la calle, es para regresar cansadas y molestas sin que nada de nuevo nos haya pasado. No hemos flirtado ni hemos recibido piropos. ¿Qué haremos para aligerar un poco la vida, para fastidiarnos un poco menos, nada más que un poco? . . .

Amor! . . . . . Amor! . . . .

## Ideales femeninos

---

**A**PESAR de la castidad de ciertos periodistas que claman por el descastamiento de las costumbres, de las «malas costumbres» que invaden la sociedad, a mí me encanta hacer todo eso que sin motivo precisamente denigran. ¿Qué entenderán esos señores por costumbres estragadas? Dicen que la sociedad camina hacia el abismo porque las mujeres vamos a los bares, nos acusan de graves pecados porque nos hacemos retratar con un brazo desnudo, nos maldicen porque tenemos la gracia de cada veinte minutos, como dispone la Marquesa de Diezfuegos mirarnos en el espejo. . . .

Nunca he podido comprender el motivo de estas acusaciones, no obstante los crueles aná-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

lisis a que he sometido mi espíritu. Tampoco he podido forjarme el tipo de mujer que ellos aman. A veces he creído que se debe ser así, respondiendo a su ideal de pudor y de belleza: una hembra regordeta y más pequeña que alta, de ojos entristecidos por el dolor y la amargura de la vida, de labios sensuales pero lívidos, de frente blanca pero rugosa, de mejillas pálidas pero sin afeites, con un mismo peinado eternamente y con un traje follonesco perpetuamente negro....

Y este os parece a vosotras, dulces hermanas mías, el arquetipo de la mujer siglo XX? No, nunca. Nosotras no debemos luchar por la conquista de los derechos políticos que tienen los hombres; sino por las prerrogativas sociales de que ellos gozan. En efecto, yo siempre he creído que la adquisición por parte nuestra de aquellos derechos, operaría una revolución fatal en nuestra manera de ser y en los deliciosos encantos que poseemos. Si algún día triunfaran los ideales de Mistres Pantkurs, tendríamos que dedicarnos al trabajo con el mismo tesón que los hombres, iríamos también a las urnas electorales a depositar un voto inútil, nos veríamos en la precisión de abandonar todos nuestros encantadores ocios para entregarnos en cuerpo y alma a dirigir los pueblos desde los pupitres ministeriales. ¡Cosa horrible! ...

Y como consecuencia de estas meditaciones, de las agitaciones de esta vida, de los tra-

bajos diarios, toda nuestra belleza vendría a perderse.

Por nuestras pupilas que ahora se humedecen de ternura, que brillan plenas de amor, pasaría entonces el delirio febril de los asuntos gubernamentales, nuestras almas que ahora sufren por el novio, se inquietarían por los destinos de la Nación, nuestras manos liliales, como flores cincopétalas se afejarían por el constante trasigar de papeles; nuestros pies que hoy vuelan por no llegar tarde a una cita, sólo servirían para llevarnos a un húmedo despacho . . .

¿Queréis porvenir más odioso? Actualmente estamos mucho mejor con lo que somos y debemos aspirar tan sólo a conseguir los mismos privilegios sociales de ellos. Nadie debe oponerse a que un tumulto de chiquillas alegres y retozonas vayamos a un *bar* elegante, a tomar una copa y burlarnos un poco de los demás. Con ello no hacemos mal a nadie ni nos exponemos a nada.—cosa que jamás sucede sino cuando una lo quiere. Además, cuando nosotras visitemos asiduamente esos lugares: los hombres saldrán ganando en todo sentido, les daremos el placer infinito de que nos vean y a veces sonrían en correspondencia a una dulce mirada insinuante. . . .

También se cuidarán de no excederse ni en la bebida ni en las palabras dudosas. . . . .  
Hermanas mías, seamos siempre mujeres, es decir unas personitas muy femeninas y muy

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

delicadas. Los poetas nos han llamado «divinas flores de carne» y no debemos desmentir esta verdad. Nuestros sueños, como siempre, deben constituir las cosas bellas: los perfumes, las flores, los afeites, las gasas, las sedas, los encajes y los polvos. Nuestro gran amor debe ser el problema trascendental de conservar cada día más radiosa nuestra belleza. El espejo debe ser nuestro culto más delirante. Los vestidos deben ser nuestro férvido delirio. Nuestra *toilette*, la obra diaria más grande y más portentosa que pueda producir un artista. Solo así podremos llevar sin sonrojarnos nuestro nombre de mujeres.

La vida es un sueño fugitivo, es una «furtiva lágrima suspendida en las pupilas de la muerte». Somos viajeras ignorantes del propio ser y del espectáculo del mundo. Ser y no saber nada, que dijo el bardo, ¿por qué preocuparnos, pues, del mañana? Mis buenas amigas, es necesario tan sólo vivir el instante que pasa, con toda la intensidad de nuestras almas. El futuro no existe y nuestra vejez será dulce si tenemos un recuerdo poblado de gratos recuerdos inolvidables. Las mujeres poseemos la mágica virtud de embellecer cuanto cruza a nuestro lado, transfiguramos todas las cosas y, como los poetas, somos los únicos seres capaces de calmar la angustia humana, de conceder el olvido y aplacar la sed del corazón. Por esto, seamos bellas sobre todo, contra todo y a pesar de todo. Aspiremos

C A R L O S     H.     E N D A R A

a ser finas y seductoras eternamente, que la gracia invencible de Cleopatra nos rinda vasallaje, que las armonías de toda la música, que el ritmo de todos los versos, que la línea de todas las danzas, se cristalice, palpite, se alargue y afine en nuestros cuerpos y en nuestras almas. Mientras vivamos seamos mujeres, nada más que mujeres. . . .

## La causerie y la danza

---

Y A hemos murmurado largamente de los bailes verificados en el Club «Pichincha», ya hemos cambiado nuestras mutuas impresiones, entre sorbo y sorbo, a la hora deliciosa del *five o'clock tea*, de los días sucesivos. Nuestras querellas, nuestros disgustos y nuestras ansias nos hemos confesado con encantadora ingenuidad. Inútil parece, pues, que vuelva sobre el asunto. Pero no es así, porque muchas queridas amigas no han ido al baile y tampoco se han hallado presentes en el momento trascendental de las murmuraciones: Para ellas—esquivas o Cenicientas—va esta crónica.

Nos acusan sin motivo de que las mujeres mentimos hasta cuando hablamos la verdad; de que somos como el eterno canto fascinante de

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

las sirenas en el mar,—¿será así, no lo será?—pero ahora creo que no me desmentirán, si digo que estuvimos magas de seducción, brujas de belleza y de gracia; aquellas dos noches de danza y de champaña.....

Esplendorosas y gentiles estuvimos. Y toda la elegancia de nuestros vestidos, toda la fragancia de nuestros perfumes, toda la errancia de nuestros ojos que, como piedras de hechicería, vagaban de un lado a otro, inquietos y ávidos, todo se perdió en «el infinito negro donde nuestra voz no alcanza»

No alcanza, porque no nos comprenden. El rebaño de hombres,—ese infinito negro de fracs heridos por la puñalada blanca de las pecheras,—¿qué emociones, qué palpitaciones, qué sensaciones, qué vibraciones nos dió esa noche? Seamos sinceras y hablemos la verdad: cuando yo la otra tarde os trasmitía mis recuerdos del baile, todas estuvisteis conmigo—«Así es—dijisteis—lo mismo nos ha pasado a nosotras. Si. Igualmente en todo». Voy ahora a repetir de nuevo mis impresiones y espero que vosotras mantengáis también el unánime asentimiento anterior.

Muy de acuerdo estuvimos, sobre todo en aquello de que los hombres no saben conversar. Ah! Lo que ha pasado por mí: yo que siempre soy tau charlatana, que reconozco que mi lengua está siempre «suelta de huesos», cuan lamentablemente me fastidio cuando no tengo con quien comunicarme. En seguida me ataca

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

el mal del *tedium vitae* y me pongo a bostezar. Y las noches del baile ¡qué repetidamente lo hice! Pero me valió este manifiesto aburrimiento, porque un joven a quien no conocía, y que durante dos horas se hallaba sentado a mi lado, sin decir una palabra, se atrevió con esta galantería: «Señorita: ya le comprendo, usted bosteza de adrede, para lucir la maravilla perlina de sus dientes». Qué se habrá figurado el muy simple! . . . . .

Nuestros hombres no conocen ni por el forro lo que los franceses llaman la *causerie*. Bailan acaso bien, pero eso no basta. Además durante la danza permanecen singularmente serios como los maniqués que lucen los fracs a las puertas de las sastrerías. ¿A qué horas el «flirt», la exquisita sal de las frases con comillas y las palabras sueltas, a qué horas la mirada que finge ser furtiva y se espanta al ser sorprendida? . . .

Si, vosotras os fijasteis, hermanas mías, en los numerosos corros de hombres que conversaban vivamente de carreras, de jokeys, de caballos, de puras sangres, de política y de otros breviaros de la galantería. . . . Otros, los mozos simpáticos, los amables y agradables, se habían constituido en el «buffet» y allí charlaban y hasta recitaban versos. Mientras tanto, nosotras ¿qué hacíamos? Bailar y bailar, ser víctimas de aquellos que no conversan—que no ofrecen este encanto, el más dulce de todos—pero que tienen la manía de danzar sin fatiga

y sin descanso. O lo que es peor, sufrir la lata ininteligible de cualquier diputado—todos son iguales—como aquel que me invitó a bailar envuelta la mano en un pañuelo de color morado. *Risum teneatis?* . . .

En uno de esos ratos oí a lado mío la frase muy simpática que un joven decía a una amiga: No acepte, le suplicaba, las invitaciones a bailar, porque eso todo el mundo lo sabe, mientras que conversar sólo sabemos nosotros. ¡Feliz ella! En vez de girar o resbalar serpentina o suavemente, con qué delicia colmada de placer no hubiera aceptado yo la invitación. No por ello hay que figurarse que el baile me disguste. Ah, no! El baile, los bailes son mi delirio. Adoro el baile porque comprendo que es la Línea y es el Ritmo. Mediante el baile pueden crearse armonías de un arte supremo, iniciar figuras de emocionadora actitud. El baile es un placer de amor y de estética. En el instante en que se unifica la sinfonía de los violines y el movimiento de los brazos y de las piernas, la danzante hace de su cuerpo una obra de arte, estatuaria por ser bella y más viva por ser de carne. Pero no es el momento de hablar sobre lo que yo creo que es el baile. Basta con decir que le rindo vasallaje. Pero también me agradan muchas otras cosas y todas al mismo tiempo. Amo el vértigo artístico del baile y el flirtar con labios sabios; me gusta también la embriaguez leve del champá-

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

ña y también la charla dulce... y también insinuar promesas vagas con ojos vanos ...

En el momento en que a mi amiga le requerían para esa charla amena, un señor me invitaba a tomar una copa. En el camino me dijo:

—Le gusta a Ud. el champaña?

—Naturalmente. Es el divino licor.

Y él me repuso:

—A mí no. Más es la fama, yo no le encuentro ninguna gracia.

—Entonces, sentémonos, le contesté, altiva y desdenosa.

¡No gustarle el champaña! Está bien, que no les guste, pero que no lo digan. Es un crimen de lesa refinamiento, de lesa gusto, de lesa elegancia. El champaña que burbujea con rumor de besos en una boca enamorada, el champaña que canta en el fondo de la copa la canción de la embriaguez más leve, más frágil, más pasajera, más alegre; el champaña eterno y dorado es el «nectar de los dioses», imbebible para algunos hombres.

\*  
\* \*

Ah! Si no guardara de esas noches una rosada rosa en el libro de mis devociones!...

# El amor Inmuneráble

---

---

## DOS HOJAS DE UN DIARIO

---

---

Abril 10.

**C**UAN intensamente nos hemos amado esta noche! Una hora nuestro delirio romantizó a lo largo de una alameda alforjada de luna. Nuestros corazones se confundían cada vez que se estrechaban nuestras manos crispadas. Nuestros labios deshojaron los besos frenéticos y extraños que traducen la pasión acongojada que sufre por todo y ama más allá del amor. ¡Cómo se colmaron de ternura nuestras almas esta noche tímida que era un ópalo inmenso despertando ensueños! . . . .

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Luego, ¿qué fué? ¡La locura, la locura! Un beso, el más casto beso que se posara sobre boca alguna—¡oh alegría infinita!, ¡oh tristeza atroz!—incendió la brama dormida de nuestros deseos. Y en un rincón dormido de la alameda blanca, bajo la fantástica iluminación de la luciérnaga, nuestros deliquios se tornaron carne, y en nuestros cuerpos hundió profundamente el Placer su espina implacable. Pero en este instante fugaz en que las almas se asoman a ese infinito oscuro de la muerte y del olvido, nuestros corazones rompieron el vaso de su ternura y el hondo encanto de lo inmune, de lo intocado, de lo desconocido. . . . . Oh! menguada dicha de un minuto que acaba para siempre con muchas transfiguraciones celestes!

Cuando nos separamos, una imprecisa melancolía, una molicie ténue flotaba sobre nuestros seres, y al dirigirme él la postrer mirada, mis ojos húmedos y temerosos buscaron refugio bajo la cortina de los párpados. . . . .

A pesar de todo, estoy feliz. Le he adorado, le adoro, y él ha correspondido a mi desvarío, su alma es mía porque su cuerpo ha vibrado a mis caricias. Nuestra pasión ha sido todo: fué sueño, fué exaltación, fué romanticismo bajo la luna, . . . fué olvido. . . fué locura y fué. . . . .

¿A qué aspiro más? Soy perfectamente dichosa. De su cariño estoy segura y he palpitado con todos los sacudimientos del amor.

Vivo embriagada de recuerdo, el presente y el porvenir se me presentan como una dulce alegoría en que Dafnis y Cloé ignoraran cada aurora lo que hicieron el día anterior y cada vez vólvieran a comenzar con la conciencia pura que precede a la catástrofe de la inmensa revelación. . . . Y como creo que aquí reside el secreto del amor eterno, no me inquieta lo que pueda suceder y veo como un imposible los alejamientos, los olvidos, los engaños que tanto hacen llorar a las otras mujeres . . . . .

Abril, 15.

El amor es una cosa terrible e incomprendible. Domingo. Esta mañana he ido a un paseo. Irradiaba el sol como una alegría. Por todas partes, hombres, hombres, hombres . . . ¿Dónde estará él? me he preguntado varias veces. . . . Mi amor se puso a buscarlo con desesperación, con la doliente avidez del alma que siente la gran soledad del Vacío.

Los hombres seguían cruzando frente a mis miradas lejanas a su paseo, perdidas en el mundo de mi esperanza. De pronto, un mozo gallardo, de perfil nazareno, pasó a mi lado lentamente, dejando en el aire un fuerte olor a tabaco turco. Y mientras él se alejaba indiferente, qué hondo y cruel anhelo conturbó mi alma. Tuve un deseo urgente de sentirme otra vez amada y la figura de ese desconocido rubio tomó para mí los relieves de un enigma.

## LA ALCOBA DE LOS EXTASIS

Sí, cada hombre que se presenta es un misterio, una cosa que yo desearía desentrañar; es un jeroglífico que evoca leyendas y mundos muertos, que alucina como los secretos y despierta ese indefinible anhelo de saber y de conocer, a igual de esas noches en que mirando el cielo cuajado de astros, sentimos el dolor de la ignorancia y el ansia de desgarrar las nubes para coger con las manos las estrellas. . . .

El hombre de perfil nazareno se había perdido en la curva de una senda y mi amado no asomaba. Me iba a entristecer, pero en vez de ello, ¡qué curioso!, la pirueta de una sonrisa afloró a mis labios. Un pensamiento acababa de surgir: ¿Acaso era él el único hombre en la vida a quien irremediablemente debía yo pertenecer?

Y sentí un afán doloroso por amar y porque me amen todos aquellos innumerables desconocidos que pasaban indistintamente. Tal vez estaba desviado mi corazón, y no era él, sino este moreno demasiado varonil, aquel chico de rostro doliente, ese joven alto de ojos nostálgicos. . . . ¿Cuál de estos o aquellos era, en fin, el amante predestinado para apaciguar la triste oleada de mi inquietud?

¡Todos, todos! En ese instante aspiraba al amor unánime y hubiera sido vano cualquier consuelo. Mi corazón iba tras cada uno y a todos se hubiera rendido sinceramente. ¿Por qué amarle a él, sólo a él? ¿Por qué sentirme perfectamente dichosa con el amor de él tan

sólo, cuando al rededor de mí los hombres iban y venían? ¿Y acaso estoy cierta de que él es la otra Alma, el alma que debo guardar, el alma hermana que para cruzar la vida nos brinda el Destino?

Y el más doloroso de los suplicios me ha atormentado en el hondo anhelo de saber cual sería ese hombre y en la triste incertidumbre de que talvez ninguno de ellos sería capaz de amarme.

Y tuve celos, y sentí un odio frenético contra todas mis pobres hermanas, contra todas las mujeres que al cruzar junto a mí, lucían bajo sus ojos la sublime revelación seductora de unas profundas ojeras lilas. . . .



# INDICE

---

	<u>págs.</u>
<b>Prólogo</b> .....	<b>I-VII</b>
El Perfume del Pasado.....	I
El suplicio del Recuerdo.....	13
La Extraña.....	17
La Virgen pálida.....	34
La gata bruna.....	40
El sueño de una noche romántica.....	45
Arturo Borja.....	47
Sueños de poeta.....	50
Edmond Rostand.....	53
Su corbata y yo.....	60
La suprema tiranía de la Moda.....	62
Un poeta político.....	68
La balada del amor imposible.....	72
Francisco Andrade Marín.....	76
De la Inmodestia.....	81
Evocación de Gustavo Flaubert.....	86
La piedad de la locura.....	92
La divagación del periodista.....	94

Roura de Oxandaberro .....	98
Novelas de amor .....	114
El Señor de las indiscreciones .....	117
Visiones pesimistas .....	121
Al margen de un libro de versos .....	125
El soliloquio del desencantado .....	131
Canto la Ilusión Divina de Francia .....	137
Los Barba Azul .....	142
El ruiseñor suicida .....	150
La Conversión de Lavedán .....	153
Elogio de las niñas feas .....	159
Los sueños quiméricos .....	162
La muerte de un raro .....	166
Las amadas desconocidas .....	170
Los desplantes de Pío Baroja .....	173
La paradoja del Amor .....	180

#### **Frivolidades femeninas por Irma Leal**

Confidencia de ingenua .....	184
El poeta de las mujeres .....	189
La mujer y el bigote .....	194
El encanto del flirt .....	198
Ideales femeninos .....	203
La Causerie y la danza .....	208
El amor innumerable .....	213



